

9

**LUIS ROGELIO NOGUERAS Y
GUILLERMO RODRIGUEZ RIVERA**

**EL CUARTO
CIRCULO**



EL CUARTO CIRCULO



COLECCION RADAR 9


DIAL
CUBANAS
ID. DE
HA. CUBA,
60

**LUIS ROGELIO NOGUERAS Y
GUILLERMO RODRIGUEZ RIVERA**

**EL CUARTO
CIRCULO**

Es **El cuarto círculo** una novela policíaca que nos mantendrá vivo el interés de principio a fin, y en la que sus autores han sabido manejar todos los recursos del suspenso dentro de un acabado balance estilístico, logrando así que la obra cumpla a cabalidad los objetivos de tener un carácter didáctico y ser, a la vez, estímulo a la prevención y vigilancia de todas las actividades antisociales o contra el poder del pueblo. En una fábrica dan muerte al sereno y al fiel perro que siempre lo acompañaba; se inicia la investigación y las sospechas recaen en varios empleados, y así estalla el enigma al insinuarse el avance de varios círculos incógnitos. Sucesivamente van despejándose (y complicándose) las preguntas, y el interés se mantiene mediante una tensa distribución de efectos. Un profesor —cederista activo— habla de que el asesino vuelve al lugar del crimen y el equipo, que encabeza el teniente Héctor Román, apoyado en las organizaciones de masas, y mediante métodos científicos, llega finalmente al cuarto círculo, probando los móviles, y atrapando a los culpables...

COLECCIÓN: RADAR 9



Luis Rogelio Noguerras y Guillermo Rodríguez Rivera

EL CUARTO CÍRCULO



ePub r1.0
ePub2.0
ePub Base r2.1

Título original: *El cuarto círculo*

Edición: Pilar Fuente

Cubierta: Luis Vega

© Luis Rogelio Noguera
y Guillermo Rodríguez Rivera, 1979

© Sobre la presente edición:
Editorial Letras Cubanas, 1979

Impreso en la Empresa Gráfica “Alfredo López”, del Ministerio de Cultura, en el mes de enero de 1980, “Año del Segundo Congreso”

EDITORIAL LETRAS CUBANAS
Calle G. No. 505, El Vedado,
Ciudad de La Habana, Cuba.





—ewya_#018(07)—

EWYA es un proyecto sin ánimo de lucro, orientado a la difusión digital de obras literarias de autores cubanos...

WeaR&WaZ®
©RiverDry - 05.12.2021

NOTA ACLARATORIA

La versión digital del libro impreso que estamos poniendo a disposición de ustedes, amigos lectores, corresponde a la Colección Radar, de la Editorial Letras Cubanas, edición de 1979; edición que no incluyó prólogo. A la presente propuesta se le ha añadido el prólogo, de la versión que, en formato PDF, se puede encontrar en INTERNET. El prólogo, escrito por Noel Navarro (miembro del jurado de la quinta edición del Concurso Aniversario del Triunfo de la Revolución, auspiciado por el Ministerio del Interior, y donde fuera premiada esta novela policial), corresponde al libro en formato papel, impreso en 1976 por la Editorial Arte y Literatura, perteneciente a la Colección Dragón. (Nota de WeaR&WaZ, Editor Digital del Proyecto EWYA)

Índice de contenido

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Sobre los autores

A José Antonio Portuondo, compañero

¿Quién está en el primer círculo?
El que lleva las alas.

¿Quién está en el segundo círculo?
El que lleva el carcaj.

¿Quién está en el tercer círculo?
El que tiende el arco.

¿Quién está en el cuarto círculo?
¡El Innombrable! ¡El Innombrable!

PRÓLOGO

Con la convocatoria y adjudicación de los premios del I Concurso Aniversario del Triunfo de la Revolución, el Ministerio del Interior abrió caminos insospechados a un género que, pese a su constante proliferación y a la creciente atención de millones de lectores en todo el mundo, parecía condenado a flagrante reiteración, a una pobreza de perspectivas obligada por las características, persistentes y fijas, que lo configuraban como un universo cerrado en sí mismo, de círculos concéntricos, elíptico. El hecho mismo de que el género fuera comúnmente limitado al mundo decadente del capitalismo —dentro del cual, cronológicamente, deben inscribirse sus connotaciones más específicas— lo convertían en algo tabú e intratable en el nuevo contexto histórico-social de nuestro país desde 1959. Pero el empeño se vio coronado con aceptables frutos a partir de la primera convocatoria, en 1972. Al cabo de cuatro años el género policial va encontrando entre nosotros su camino, conjuntamente con un público ávido que espera sus resultados.

Ya no tenemos que lamentarnos de una ausencia que no es tal, porque existe la novela o el cuento policial cubano, situados en una esfera social diferente y en busca de elementos novedosos y revolucionarios. El cuarto círculo —la obra premiada este año en el V Concurso MININT y coincidiendo con la celebración del décimo aniversario de la creación del organismo— es testimonio sobresaliente de lo que decimos. ¿Quiere esto significar que sus autores —Luis Rogelio Noguerras y Guillermo Rodríguez Rivera— han solventado definitivamente la deuda literaria con el rotundo mentís del logro sin mácula? De ninguna manera. Pero «es más fácil hacer las reglas sobre la obra, que la obra sobre las reglas»; esta frase de un escritor del pasado siglo contiene una verdad indiscutible. Para explicarlo, empecemos diciendo —o reiterando— que en nuestro país no existía una tradición del género (déficit escasamente superado incluso en Latinoamérica) y nos valíamos casuísticamente de la «herencia» foránea, de las fórmulas después

decantadas con las narraciones anglo-norteamericanas modernas, a partir de la densidad de la novela de aventuras (con Sue y du Terrail a la cabeza) pasando por las variantes de rigor —Poe, Collins, Conan Doyle...— hasta desembocar en la Christie o Simenon y todavía otros más cercanos como Fleming o Forsyth, para mencionar solo algunos de los principales y más discutidos exponentes.

Lo cierto es que la avalancha de esta literatura —avalada o no por el encomio o el rechazo— desactivo editorialmente la obstinación de los depredadores del género; desde la creación del Detection Club hasta el costoso y productivo aparato comercial que el capitalismo fue perfeccionando hasta sus límites, la narración policial cautivo y conquistó un público cuyos *sumandos* siempre aumentaban en proporción a los *dividendos* que, en manos de casas editoriales y monopolios de la publicidad, lo menos que tenían en cuenta era la calidad intrínseca de las obras, aunque sus miras estuvieran puestas, también, en la proyección de innumerables productos; esto es, en su forma ideológica. De ahí que de simple entretenimiento, de una literatura que al principio se cuidaba de conservar el revestimiento del frío razonamiento, de presentarnos una fisiología del crimen cuya gama iba desde el homicidio común hasta la inducción lógica, el procedimiento analítico y los elementos científicos o alucinantes se proyectara en el *suspense*, la intriga internacional y el espionaje, para convertirse en un arma cuantitativamente poderosa de penetración de los intereses ideológicos y programáticos del imperialismo: series a lo James Bond, por ejemplo.

Desde el aspecto formal esta aceptación no obedecía a la pura casualidad, sino al análisis de su realidad esencial. La novela «de detectives» tradicional conservó sus propias leyes, por fu común inalterables, con variantes o introducciones que no lastraban su estado original. Estructuralmente, sostiene su andamiaje en la «coordinación de hechos» que persigue un objetivo único: la solución de un enigma. El juego se produce a la manera de una ecuación Matemática —el ajedrez y las matemáticas mismas han servido a estos fines en los clásicos, sin dejar de incluir la inocente charada, como ha apuntado en su ensayo sobre la novela policial, Alfonso Reyes— pero como algo que, deliberadamente, se le escamotea al lector, que incluye o excluye a sospechosos o culpables en potencia y cuyas conclusiones esporádicas se

cierran sobre si mismas como en un círculo envolvente. Tal desarrollo genérico no admite accesorios; es cierto que ha introducido infinidad de elementos tales como el de la caracterización en criminales e investigadores: el disfraz o el enmascaramiento como rasgo disuasivo o posibilitador del desenlace. Pero el género requiere gran movilidad y, paradójicamente, una constante estratificación que excluye toda asociación extraña a su mismo epicentro temático.

Entre las prerrogativas del relato policial esta normado el procedimiento verbal directo, donde se describe un hecho puro de principio a fin; se trata de la reconstrucción del suceso en el que sobran los retratos realistas paralelos, las «muestras de la vida» o las pasiones del alma. Aquí para nada cuentan el detalle caracterológico de los personajes a no ser que ello pueda ser útil en justificación del desenlace previsto. La narración policial difiere en este sentido de lo trágico; toda tragedia, según el entendimiento burgués, está basada en el carácter destructivo de las pasiones. Pero ocurre que el objetivo principal del creador del género no es extraer el dato sensible de la realidad social bruta; en su descarga, esto podría ser considerado como artificial.

Es innegable que sobre el género se han cernido, de manera irrevocable dos peligros: su carácter documental y el problema del elemento moralizante. La solución del enigma lleva, tradicionalmente, a la condenación, de hecho y de derecho, del ente delictivo. Pero el fin de la obra no es «moralizar»; no se trata de adherirse al entusiasmo del lector a través de la apoteosis del triunfo del bien sobre el mal. El maniqueísmo, pues, no es el factor determinante, incluso para la «gran literatura». Balzac es reputado de exacto y positivo porque su Rastignac (símbolo adecuado y correspondiente a la etapa burguesa de *La comedia humana*) no es castigado. ¿Sería oportuno citar una vez más a Engels en su carta a Minna Kautsky: «...siempre es malo que el poeta exalte a sus propios héroes»...?

Por otro lado, la sanción moralizante espera que la acción sea el reflejo del pensamiento y toma a la gente por lo que hace y no por lo que piensa, confundiendo la conducta objetiva con el sentimiento. Pero el hacer y el sentir no son conjugaciones de un mismo verbo dentro del mundo de las concepciones burguesas. El camino tomado por Dostoievski no es, en general, el camino de la narración policial. En el caso de «la novela»,

pongamos por caso, no pueden existir las reglas eternas ni los cauces irreversibles; pero la novela policial tiene efectivamente las suyas y en cierto modo en esto estriba, acaso, paradójicamente, su mantenida frescura, lo que la hace asequible y aceptada.

«Tal vez —ha dicho Roger Caillois— no obedezca a mero azar que el desarrollo creciente de la novela en el siglo XIX coincidiera con el rechazo progresivo de las reglas que determinan la forma y el contenido de los géneros literarios [...] En contradicción con esa tendencia general a la anarquía, la novela policial se distingue por inventarse cada vez más reglas propias.» De acuerdo al propio autor, la novela policial no sigue «el orden de los acontecimientos» sino que es «una película proyectada al revés» porque en ella «el relato sigue el orden del descubrimiento». Incluso el género no crece con el progreso de los métodos de investigación modernos, porque la imaginación ha ido más allá. Nada hay que la vincule al derecho criminal o a las funciones jurídicas ni tampoco incide en el papel del estado mental del delincuente. El originario «detective privado» y más tarde los «colaboradores» al estilo de Holmes o Dupin, fueron en cierto modo el «escape» a la pesquisa oficial, al estorbo de las instancias «reglamentarias», el *leit motiv* de la iniciativa y de lo renovado.

En El cuarto círculo se reflejan, rechazan, descubren y conservan rasgos de esta narración «clásica»; su lectura es muestra de la asimilación de los valores perdurables de «la otra» literatura en tanto que se abre, eficazmente, a un contexto distinto y opuesto, actual. Los autores de la novela han avanzado con mano segura, pese a sembrar en terreno cuasi virgen, superando la discusión entre la narrativa literaria y la información objetiva. La armonía entre los distintos componentes verídicos o susceptibles de veracidad y lo meramente literario, dan constancia de realidad a la obra.

«La novela policial aprovecha muchos elementos reales, pero es literatura al fin y al cabo», expresa un personaje de esta novela, el doctor del Pino.

Significativamente la conversación entre el sargento Cabada —miembro del MININT y encargado, conjuntamente con el teniente Román, de la investigación del caso— y el doctor del Pino, ofrece claves preciosas para el esclarecimiento del crimen cometido en la persona de Erasmo Zuaznábar, sereno de una unidad de carga por camiones de Bejucal, la noche del 19 de

diciembre de 1973. Todavía sin evidenciar el posible móvil del asesinato, el robo de veinte mil pesos en la oficina de la base, el doctor del Pino ofrece al oficial del MININT, que ha ido en busca de datos sobre un sospechoso que vive en la cuadra, un indicio, sirviéndose de un viejo apotegma: «el criminal siempre regresa al lugar del crimen». Los asesinatos o muertes de otros personajes (Teo, Millito Duquesne, Veinte Pesos) hacen fluctuar la trama en una o varias soluciones posibles en tanto los hechos se suceden. Siguiendo el procedimiento ordinario, los sospechosos son interrogados y la conjunción de datos va arrojando la luz, pero, también, a la manera clásica, el desenlace se oculta al lector hasta el último momento.

El doctor del Pino, ese «tipo formidable», como expresa el sargento Cabada, le espetta a este, sentenciosa y socarronamente, una frase que el otro acoge animosamente: «Lo cierto es, sargento, que la novela policial no existiría si no existiera el crimen.» Pero el teniente Román piensa en otra cosa; su objetivo es bien concreto y así lo dice: «descubrir o no la verdad; poner o no, en manos de la justicia, a un criminal sin escrúpulos».

En el transcurso de la trama se abren paréntesis que son como advertencias al lector. A través de una acertada distribución de efectos con un estilo contenido donde nada parece faltar o sobrar, se mantiene el suspenso hasta el final mismo de la novela.

El cuarto círculo reúne, en fin, las condiciones exigidas en las bases del concurso, de «tener un carácter didáctico y ser un estímulo a la prevención y vigilancia de todas las actividades antisociales o contra el poder del pueblo», además de ser agradable y ágil lectura para todas.

NOEL NAVARRO

El martes 19 de diciembre de 1973

2:18 a.m.

—La línea está ocupada —dijo la operadora—; ¿va a esperar o repite la llamada?

Pero él no respondió.

Colgó lentamente el receptor en el gancho.

Se quedó algunos segundos con la vista fija en el teléfono; y de pronto sus ojos comenzaron a ver la calle Infanta, casi desierta a esa hora de la madrugada. Fueron pasando ante su retina portales en penumbra, autos aparcados; oía el ruido de unos pasos: eran sus pasos.

Había caminado casi una cuadra sin darse cuenta. Cruzó la calle. Tenía el rostro empapado por la llovizna fría, persistente, que caía hacia ya mucho rato. Bajó los ojos y vio sus zapatos, sucios de barro, que caminaban por el pavimento húmedo, en el que se reflejaban las luces de los postes.

Caminó con la vista baja todavía unos metros más, hasta que reconoció el pedazo de acera rota que había frente al edificio. Comenzó a subir lentamente los peldaños de mármol. Eran treintainueve escalones, lo sabía perfectamente; treintainueve escalones hasta el segundo piso. Veía sus pies ascender lentamente, y de pronto, dejó de verlos a partir de un recodo entre el primer piso y el segundo ya no había luz. Siguió subiendo, en penumbras, oyendo el ruido de sus pasos.

Llegó frente a la puerta de su apartamento y se buscó la llave en el bolsillo del pantalón húmedo, sus dedos tocaron la superficie fría y lisa, la apretaron y, a pesar de la oscuridad, lograron introducirla en la cerradura casi al primer intento.

La casa estaba también a oscuras. Él cerró la puerta, pasó el pestillo y se fue a su cuarto. Cuando encendió la luz, una mueca de desaliento contrajo su rostro un instante, y desapareció. Se asomó a la ventana; pero afuera no había nada que ver: la calle seguía desierta. Se apartó de la ventana y comenzó a pasearse por la habitación. Encima de una mesita de noche había un reloj y algunos libros: un espejo, un pequeño armario y una cama completaban el mobiliario.

Se tendió en la cama, cruzó las manos bajo la nuca y tembló ligeramente. Sentía frío y estaba agotado por la falta de sueño. Una hora atrás, había intentado dormir, pero una fuerza ciega, irresistible, lo había obligado a vestirse de nuevo y salir a la calle, bajo la lluvia, a hacer aquella llamada.

Miró el reloj: eran casi las tres; a las cinco debía ponerse camino del trabajo. Tenía miedo de dormirse y, a la vez, estaba tan cansado y le dolían tanto los músculos, que ni siquiera podía cerrar los ojos. Extendió un brazo para coger una caja de cigarrillos de la mesita. La abrió: estaba vacía. Dejó caer nuevamente la mano sobre la cama y aspiró el aire frío y acre que llenaba el cuarto. Entonces, creyó oír un débil silbido en la calle.

Se levantó de un salto y se asomó a la ventana; pero en la calle todo continuaba como antes. En alguna parte, probablemente en la casa de los altos, empezó a llorar un niño.

Él se volvió a acostar. Su mirada vagó por la habitación, y se detuvo por fin en sus zapatos de puntera fina, manchados de un barro rojizo y casi seco. Se levantó con esfuerzo y se los quitó; se dejó caer nuevamente en la cama. Se volvió bocabajo y hundió la cara en la almohada.

Así permaneció mucho rato, tratando de no oír el llanto del niño, tratando de no pensar, luchando para no dormirse. Se repitió que debía mantenerse despierto, tomar café, coger aire, mucho aire, parado en la ventana; no oír más aquella voz.

Así permaneció mucho rato. Pero poco a poco sus músculos, tensos, rígidos, se fueron relajando, y su respiración agitada se fue haciendo más regular. Cerró los ojos y comenzó a oír el llanto del niño cada vez más lejano, confundiendo con aquella voz que le gritaba; comenzó a escuchar un llanto y una voz que le gritaban; un llanto y una voz lejanos, lejanos, muy lejanos, que le gritaban.

Que le gritaban algo ya incomprendible.

3:10 a.m.

El pesado camión GAZ entró lentamente en el parqueo y se detuvo a unos metros de la caseta de madera del sereno, en la que había luz, pero donde no se veía a nadie.

Caía una llovizna obstinada, como las que acompañan siempre la entrada de los nortes. El chofer salió de la cabina, se metió las manos en los bolsillos del jacket de cuero y echó a andar hacia la caseta.

«Erasmus», llamó; y otra vez: «Erasmus».

El viento arrastraba algunos papeles por el: parqueo en penumbras. El chofer entró en la caseta del sereno. No había nadie, pero se alegró de ver sobre la mesita, junto a unos papeles calzados con el teléfono, un termo de café. Se sirvió un poco en la misma tapa, y se lo bebió a sorbos lentos; luego ajustó nuevamente la tapa en la embocadura del termo. Entonces, reparó en que el teléfono estaba descolgado. Levantó el auricular y murmuró: «Oigo.» No hubo respuesta. Golpeó suavemente el *cradle*; pero la comunicación estaba cortada. Colgó.

Encendió un cigarro salió de nuevo al parqueo y, cuando apenas había franqueado la puerta, sintió un ruido detrás de sí. Se detuvo sobresaltado y se volvió rápidamente. Le costó unos segundos descubrir que lo que sonaba era la punta de un cartel que había sido desprendido por el viento, y que golpeaba contra la pared de tablas de la caseta. Suspiró y volvió a gritar: «Erasmus», ahora más fuerte, pero nadie respondió tampoco esta vez. Se subió el cuello del jacket y caminó apresuradamente hacia el camión, abrió la puerta y se sentó a medias ante el timón. Tocó el claxon.

En el silencio de la madrugada, el claxon resonó en el parqueo con un eco sordo.

El chofer tomó su linterna, descendió del camión y, vacilando un momento, echó a andar, por fin entre las hileras de vehículos. El haz de luz iba barriendo las sombras del pavimento húmedo.

Se detuvo de pronto frente a otra caseta, bastante mayor que la que servía de oficina al sereno. Era el almacén, y la puerta, abierta de par en par, se

mecía suavemente movida por el aire.

Entonces, en alguna parte, oyó el rumor de algo que se arrastraba. Volvió rápidamente la linterna y vio un bulto escurrirse debajo de uno de los camiones. Lo enfocó: era un perro, un perro herido que gruñía acurrucado, casi agonizando. Estaba cubierto de sangre, apenas si podía moverse, y miraba al chofer con ojos fosforescentes y rojizos.

El chofer volvió sobre sus pasos, temblando un poco, y caminó hacia el almacén. Se paró en el umbral de la nave oscura. Bajo el chorro de luz de la linterna empezaron a aparecer los estantes de piezas, las gomas de camiones apiladas, los bidones de aceite. Sintió un fuerte olor a gasolina o kerosene, no podía precisar bien. Comenzó a avanzar lentamente, iluminando con la linterna todos los rincones.

Se quedó de pronto engarrotado de miedo; una sensación de vacío le atenazó el vientre y de su garganta escapó una especie de gruñido; junto a uno de los bidones de aceite estaba el sereno, Erasmo Zuaznábar.

Tendido en el piso. Muerto.

5:30 a.m.

A la media luz del amanecer, el VW del teniente Héctor Román entró en el parqueo de la unidad de carga por camiones de Bejucal. EL auto se detuvo junto a una ambulancia y dos Alfas de la P.N.R., cuyas lámparas de techo estaban encendidas y lanzaban en derredor azulosos destellos.

Varios miembros del DTI iban y venían entre la caseta del sereno y el almacén ahora iluminado. Un grupo de choferes, que habían llegado a buscar sus camiones curioseaban a cierta distancia fumando y hablando en voz baja.

El teniente Román descendió del VW y miró al cielo, que estaba grisáceo y amenazaba mantenerse así todo el día.

El sargento Miguel Sierra se le acercó.

—¿Dónde es? —preguntó Román.

—Ahí —respondió Sierra, señalando con la barbilla el almacén.

En silencio entraron a la nave. Había tres técnicos que sacaban fotos y registraban el lugar. Pasando con cuidado por encima de unas latas, Román y Sierra se acercaron al cuerpo del sereno.

El sargento Sierra se agachó. Román permaneció de pie, mirando en silencio. El sereno era un mulato fornido, de anchas espaldas, y un cuello corto y grueso; tendría unos cincuenta años, pero a simple vista se conocía que debió haber tenido la agilidad y la fuerza de un hombre más joven. Yacía bocabajo, con la cara apoyada sobre un montón de estopa empapada en una sangre espesa y casi negra. Tenía hundida una porción del cráneo en la parte posterior de la cabeza y, allí mismo, una profunda herida impregnada de sangre seca.

Sierra volvió a cubrir el cuerpo. Se puso de pie sacudiéndose las manos, y dijo:

—Le dieron uno o dos golpes con un objeto duro: una cabilla quizá, o un tubo. Dice el forense que esta misma mañana tendrá los resultados de la autopsia.

Sierra aspiró dos veces seguidas, haciendo sonar su nariz y arrugándola:

—¿No huele, teniente? —dijo—. Abrieron las llaves de dos tanques de gasolina y otro de luz brillante; también hay estopa regada por todo el almacén; tal vez pensaban quemarlo. Pudiera ser sabotaje, pienso yo. Además, le robaron el revólver al sereno. Algunos choferes creen que era un 38 largo. De todas formas, ya Cabada tiene instrucciones de averiguar qué tipo de arma había inscrito. Se llamaba Erasmo Zuaznábar.

—¿No hay señales de robo? —preguntó Román, que miraba las estanterías del almacén.

—Parece que no —respondió Sierra rascándose la cabeza por debajo de la gorra verdeolivo—; el jefe de personal echó una ojeada y dice que parece no faltar nada importante. De todos modos, hay que esperar a que llegue el director de la unidad; ya lo fueron a buscar.

Hizo una pausa y dijo:

—Allá en la caseta están el jefe de personal y el chofer que encontró el asunto.

Salieron del almacén rumbo a la caseta. Un policía uniformado vino a su encuentro.

—Teniente —dijo dirigiéndose a Román—. preguntan los choferes que si ya pueden sacar los camiones.

Román tardó unos segundos en responder; se mordió los nudillos, disgustado. Caminaron los tres algunos pasos hasta llegar a la puerta de la caseta.

—Diles que esperen —contestó por fin Román.

Román y Sierra entraron en la caseta. Al verlos, los dos hombres que estaban allí se pusieron de pie. El sargento señaló al que estaba más próximo y le dijo al teniente:

—Éste es el compañero Labrada, jefe de personal de la unidad.

Román esbozó una sonrisa y le dio la mano al hombre, que sonrió a su vez y murmuró: «Mucho gusto, teniente.»

—Y éste —agregó Sierra— es el compañero que encontró el cadáver: Elpidio Abreu chofer de la unidad.

El chofer, con el rostro pálido y un poco desencajado, le tendió la mano a Román; entonces se volvió hacia el sargento y le dijo:

—Ve con el compañero de personal y que él vuelva a mirar a ver si nota la ausencia de algo importante en el almacén, Sierra.

«Okey», murmuró Sierra, y salió con Labrada de la caseta.

Cuando estuvieron solos, Román se sentó en el buró y le indicó una silla al chofer.

—Siéntese, compañero.

El chofer se sentó. Román sacó del bolsillo una caja de Populares y le ofreció uno.

—Cuénteme cómo sucedió.

Abreu encendió su cigarro y empezó a hablar. Le refirió palabra por palabra lo que ya le había dicho al sargento. Román lo escuchó atentamente y lo interrumpió sólo un par de veces: una, para preguntarle si estaba seguro de que el perro estaba vivo cuando él lo vio, y la otra, para precisar la hora en que había salido a pedir ayuda.

—Tenemos entonces lo siguiente —dijo Román puntualizando—: alrededor de las tres de la mañana usted llegó y encontró la puerta del parqueo abierta, lo cual le extrañó, pues no era usual que se quedara así; pensó que tal vez acababa de salir o de entrar algún otro camión y que el sereno no había tenido tiempo todavía de cerrarla. Detuve su camión a unos cuantos metros de la caseta y allí no había nadie. Salió, llamó repetidas veces

al sereno, tocó el claxon; pasarían en estos unos diez minutos, ¿eh?; al no obtener respuesta, tomó su linterna, se desmontó y comenzó a registrar entre los camiones; lo hizo porque no encontraba a Zuaznábar y porque tuvo el presentimiento de que algo había ocurrido. Es entonces que ve al perro herido. Se da cuenta de que la puerta del almacén está abierta, entra y encuentra al sereno. Serán en ese momento las tres y cuarto, ¿ok? Sale corriendo y llama a voces, hasta que viene la guardia de recorrido del CDR que estaba a una cuadra o cuadra y media de la puerta del parqueo. Los dos compañeros del CDR entraron, uno de ellos primero, ¿ok?, que fue el que llamó a la policía desde la propia caseta, o sea, desde aquí, y luego el otro.

«Sí, así»; murmuró el chofer.

Román miró su reloj y vio que eran ya casi las siete. Se puso de pie.

—Si hay alguna otra cosa le avisaremos —le dijo al chofer, que se había puesto de pie también.

Los dos hombres salieron de la caseta. Elpidio Abreu se reunió con algunos de sus compañeros, que se aproximaban a la ambulancia para ver cómo dos enfermeros montaban el cadáver de Zuaznábar. Román fue en busca de Sierra y Labrada.

—¿Falta algún trabajador? —le preguntó al jefe de personal.

—Hasta ahora, cinco, teniente —respondió Labrada.

—¿Quiere hablar con el cederista que llamó a la patrulla? —dijo Sierra.

Román asintió. Sierra se alejó hacia la ambulancia, habló brevemente con uno de los hombres que estaban parados junto al carro, y regresó con él.

—Éste es el compañero.

Román le dio la mano, lo tomó por un brazo y se alejó unos pasos en dirección a la puerta del parqueo. Juan Santana era un hombre de respuestas rápidas, y muy locuaz. Tendría unos cuarenta años y era más bien bajito y delgado. Debajo de sus gruesos espejuelos de carey, miraba a Román de hito en hito, mientras caminaban lentamente hacia la puerta. Había encontrado al chofer, Elpidio Abreu, intensamente pálido y agitado, y éste le había dicho que habían matado al sereno de la unidad. Ambos habían corrido hacia el almacén y el chofer le había mostrado el cadáver. En ese instante llegaba el otro compañero de guardia. Él le preguntó al chofer si había algún teléfono y el chofer le había indicado que en la caseta había uno. El chofer y el otro

compañero se habían quedado en el almacén y él había corrido hasta la caseta y había llamado a la Central, que lo había comunicado con la policía de Bejucal. Contó lo ocurrido al oficial de guardia, y a los diez minutos aproximadamente llegó un carro patrullero.

Regresaron junto a Sierra. Román le dijo a Santana que le dejara su número de teléfono o su dirección, por si se le necesitaba otra vez. Anotó el número que le dijo el hombre en una pequeña libreta y, volviéndose hacia Sierra le dijo:

—Bien, ¿dónde está el perro?

—Allí —dijo el sargento— y echó a andar hacia uno de los camiones. Llegaron casi enfrente a la nave del almacén. Junto a una de las gomas del vehículo había una hoja de periódico extendida. Sierra la levantó y le mostró el cuerpo inerte del animal. Román se agachó.

—Le dieron con algo pesado, igual que al sereno —dijo Sierra.

—¿Seguro que era de él? —preguntó Román incorporándose.

—Seguro —respondió el sargento—; dicen que siempre venía a hacer su guardia con el perro; vivía cerca de la base: aquí tengo su dirección.

Sierra se había incorporado también.

—Ve al Comité de su cuadra e indaga sobre él —dijo Román pasándose los dedos por la frente; pon a tres hombres a hacer un rastrillo minucioso por el parqueo a ver si encuentran la cabilla o el tubo o lo que sea; pide los perros y... espérate.

Román entrecerró los ojos, hizo una mueca con la boca y dijo, al cabo de algunos segundos:

—Nada de sabotaje, Sierra. Para eso dejaron abiertas las llaves de gasolina y luz brillante, ¿te das cuenta?

—Para los perros, ¿no? —respondió Sierra, como esperando a que Román hablara.

—Me atrevería a asegurarlo, Sierra —dijo el teniente—. Y aunque no es el mejor procedimiento, eso es cosa de gatos viejos.

—Sí, parece que sí —respondió Sierra inseguro.

—Bueno —dijo Román—, que hagan el rastrillo. ¿Hay vecinos cerca? Tal vez alguno haya oído algo. Que Egoscue se ocupe de eso, Sierra. No

dejes mover los camiones, hasta después del rastrillo, claro —y subrayó el claro sonriendo, como si se disculpara por haber dicho una cosa tan obvia.

Los dos hombres echaron a andar en silencio por la pista mojada del parqueo.

—Hay muchas cosas que hacer —dijo por fin Román mirando a Sierra—; tenemos que levantar un croquis de la manzana: necesito saber a qué distancia está todo de todo, en fin, tener bien claras las características del lugar. Pero tenemos que conocer con absoluta seguridad si se robaron algo, Sierra; insisto en eso. ¿Qué te dijo Labrada?

—Volvió a mirar otra vez y dice que no parece faltar nada, teniente; en cuanto llegue el responsable del almacén se hará un inventario.

Román se quitó la gorra y se alisó los negros cabellos, entre los que ya asomaban algunas canas:

—¿Qué dijo el forense? ¿Pudo determinar la hora en que murió el sereno?

—Dijo que aproximadamente entre las doce de la noche y la una y media de la madrugada —respondió Sierra.

Llegaron junto al VW de Román. El teniente abrió la puerta y se dejó caer en el asiento; encendió el motor, cerró la puerta y comenzó a salir en marcha atrás muy lentamente.

—Dile al director —le gritó a Sierra asomando un poco la cabeza por la ventanilla— que a las diez en punto estoy en su despacho. Y luego nos vemos tú y yo en la oficina; a eso de las once y media o las doce.

Sierra le hizo un saludo militar que era a la vez un gesto de amigo.

Ya había amanecido, pero el cielo continuaba igual: gris, sucio, amenazando lluvia.

6:30 a.m.

Cuando su madre entró y encendió la luz, él despertó sonriendo. Pero en el mismo instante se extinguió la sonrisa y su boca se contrajo violentamente; con un movimiento brusco se incorporó en la cama y miró el reloj.

—Se te ha hecho tarde —murmuró la madre.

Él se dio cuenta, mientras iba y venía por el cuarto, de que no podía salir con aquella ropa estrujada con la que se había quedado dormido. La madre

salió de la habitación y él sacó al azar un pantalón de caqui y una camisa limpia del armario; rápidamente, pero con torpeza, comenzó a quitarse la ropa ajada, que fue tirando en la cama.

Se había quedado dormido.

Mientras se abotonaba la camisa, miraba con ojos angustiados el reloj.

Terminó, se alisó un poco el pelo revuelto con las manos y salió del cuarto. La salita de la casa olía a pan; sentada ante la mesa, la madre bebía café con leche. Él pasó por su lado y fue a buscar un poco de café a la cocina.

—¿No vas a desayunar? —le dijo la madre, que lo había seguido con la vista.

Él no contestó. Bebió de un tirón su café. Cruzó de tres pasos la sala y, cuando había abierto la puerta de la calle, alcanzó a oír a su madre que le decía:

—Pero ¡cómo te vas a ir así, sin comer nada!

Sin darse cuenta exacta de lo que hacía, respondió dos segundos después, cuando ya bajaba de tres en tres los escalones del edificio: «No puedo, mamá, se me hace tarde.»

Cuando estuvo en la calle, la sensación de angustia se le hizo más opresiva. Ya era de día, y la calle estaba llena de gente que iba y venía, de guaguas que subían trabajosamente por Infanta, o que bajaban a toda velocidad, envueltas en densas nubes de humo. Pensó por unos segundos que debía irse en un carro de alquiler, pero mientras corría hacia la parada desechó la idea. Sudaba y estaba pálido; sin embargo, hacía frío, un frío húmedo, molesto.

El viaje en guagua debía demorar casi una hora, de modo que llegaría a las ocho pasadas, más de una hora después de la hora de entrada. Sintió que el temor le atenazaba el corazón. Se lo habían dicho, que no podía faltar aquel día.

Y él se había quedado dormido el único día de su vida en que no habría podido hacerlo.

De pronto, sintió un estremecimiento de ira y el sudor se heló en su frente. Empezó a temblar.

Vio venir la guagua.

10:00 a.m.

Faltaban tres minutos para las diez cuando el teniente Román entró en la oficina del director. Nicolás Carbonell estaba esperándolo, de pie, junto a su buró. Era muy joven, alto, delgado. Junto a él estaba el jefe de personal, Labrada —al que Román, al acercarse, saludó con una ligera inclinación de cabeza—, y otro hombre, bajo, grueso, de unos cincuenta años, que llevaba una camisa gris de trabajo y al que Román había visto por la mañana en el parqueo.

—¿Teniente Román? —dijo, más que pregunto el director.

—A sus órdenes —dijo Román extendiéndole una mano.

—A Labrada ya lo conoce —dijo Carbonell, y señaló al otro hombre—; éste es el compañero Carlos Catalá, jefe de transporte de la unidad. Pero siéntese, teniente.

Se advertía claramente que Carbonell estaba impresionado por los acontecimientos de la víspera. Sus gestos eran tensos, y sus labios estaban secos y levemente contraídos. Román se sentó en un butacón de vinil rojo, cruzó las piernas y encendió un cigarro.

—¿Tiene usted idea de lo que se robaron? —preguntó Román sin más preámbulos, casi al mismo tiempo en que los otros tres hombres se sentaban.

—El compañero responsable del almacén está haciendo un inventario —respondió el director—: pero puedo asegurarle que nada importante ha sido sustraído, teniente. Claro, el almacén está un poco desordenado y...

—¿Nada sustraído? —dijo Román, más pensando en voz alta que haciendo una pregunta.

El director hizo silencio y miró con suma atención al oficial investigador. Román volvió a hablar.

—¿No había allí piezas valiosas, cosas que podían haber sido robadas y vendidas?

—Por supuesto que sí teniente —dijo Carbonell—; pero es que, además, en la oficina, aquí al lado mismo, estaba el dinero del pago de este mes; más de veinte mil pesos. Y están ahí, íntegros.

El director hizo una pausa para encender un cigarro.

—Pero es que, además, la caja de caudales nuestra está rota desde hace tres meses. Tenemos que guardar el dinero en el archivo. Después de haber matado a Zuaznábar, era facilísimo forzar una puerta o una ventana, romper el archivo y llevarse el dinero.

Hizo un gesto de contrariedad:

—Un montón de veces le hemos dicho a los compañeros de la empresa que es peligroso tener esos miles de pesos ahí, pero hasta ahora no se ha resuelto el problema.

Román anotó en su *block*.

—¿Y eso se sabía? —le preguntó a Carbonell sin levantar la vista del *block*.

Carbonell se rascó la cabeza, inquieto.

—Mire, teniente —dijo por fin—, nosotros no se lo decíamos a nadie, como es natural, pero yo no dudo que la gente se enterara. Si había alguien que quería averiguarlo pudo enterarse perfectamente, porque el pago se hacía en la oficina, y había que manipular el dinero del archivo. Pero ya usted ve, tampoco de ahí se han llevado nada.

—Bien —dijo Román levantando la vista de la hoja del *block*, que había cubierto casi por completo con su pequeña letra, y fijándola en Labrada, el jefe de personal—. ¿Qué hubo de esa lista de los que faltaron hoy?

—Aquí está todo, teniente.

El jefe de personal se incorporó a medias en su silla y le tendió a Román una hoja membretada y cuidadosamente escrita a máquina.

—Son los nombres y direcciones. Como verá, el primero en la lista es Idelfonso Castelló, mecánico, que vive aquí mismo en Bejucal, en la calle seis.

Labrada hablaba sin mirar a Román, pero el teniente lo observaba ahora detenidamente. Ciro Labrada tendría unos treintaicinco años, y llevaba más de diez en aquella unidad. Su rostro afilado no se acababa de apresar bien por los espejuelos oscuros que usaba. Tenía una nariz aguileña y un bigotico fino, cuidado, y el rostro impecablemente afeitado. Vestía con gusto, y se notaba que atendía meticulosamente cada detalle de su atuendo. Su aspecto contrastaba con el de los hombres sentados junto a él. Su manera de hablar no

era agradable, y así lo sintió Román inmediatamente: aquel hombre tenía la peculiar habilidad de ser solícito y despectivo a la vez.

—¿Qué clase de hombre es Castelló? —preguntó el teniente.

—Un buen hombre —respondió Labrada con un tono que Román sintió perdonavidas—; puede decirse que un buen hombre. Tiene integración política y una actitud correcta ante el trabajo. Según tengo entendido, ayer se fue temprano a su casa quejándose de un estado gripal muy fuerte.

—¿Y este Cárdenas?

—Sí —se apuró a decir Labrada, con un dejo irónico—. Ése es Rafael Cárdenas conocido por Felo aquí, y me imagino que en otros lugares también.

Román lo miraba fijamente. El jefe de personal, haciendo un gesto con la mano, agregó:

—Es un ausentista reincidente. Aquí hemos tenido que llevarlo en varias ocasiones al Consejo de Trabajo. Dos veces ha sido sancionado; pero, como usted ve, sigue faltando. A mi modo de ver, se trata de un caso perdido.

Labrada hizo de nuevo una breve pausa.

—Además...

Dejó la frase en suspenso algunos segundos, mientras encendía con gestos precisos un cigarro; dejó escapar el humo lentamente, y dijo:

—Este individuo fue sancionado por sustracción de materiales en su anterior centro de trabajo; de esto hace unos cuatro años. Creo que estuvo varios meses en una granja.

—¿Cree o está seguro? —preguntó Román, seco.

—Bueno, estoy seguro —respondió un poco cortado Labrada—; tengo los datos.

Román creyó advertir un mal disimulado tono de satisfacción en el jefe de personal mientras daba los datos de Cárdenas. Sí, definitivamente había algo en este hombre que Román repelía instintivamente.

—El tercero —dijo.

—Teodoro Gómez Puente, que entró a trabajar aquí hace cinco meses —dijo Labrada hurgando entre sus papeles—sí, en julio exactamente. No tiene mucha integración, pero cumple con su deber y es serio. Aquí no hay quejas

de él a pesar de que no parece tener mucha experiencia de trabajo. Bueno, nada más tiene veintitrés años.

Román examinaba la hoja mecanografiada que le había pasado Labrada.

—¿Y qué hicieron ayer? Me refiero a Cárdenas y a Teodoro Gómez; aquí dice que son choferes. ¿A qué hora guardaron los camiones?

Labrada movió afirmativamente la cabeza; los finos aros plateados de sus espejuelos oscuros destellaron ligeramente:

—Cárdenas entregó el camión a la hora de siempre, es decir, sobre las cinco de la tarde. Pero Teodoro debió entregarlo más tarde. Fíjese, teniente, yo hablé con Jorge Roque, un mecánico de la unidad que estuvo ayer de guardia.

—¿Y a qué hora fue esa guardia? —preguntó Román.

—Bueno, nosotros tenemos guardia de lunes a viernes de cinco de la tarde a diez de la noche, hasta que llegaba Zuaznábar. También los sábados y domingos; pero me imagino que le interesa la de ayer, ¿no?

—Sí, claro —respondió Román.

Labrada consultó otro papel.

—Yo hablé con Roque hace un rato —dijo—; me explicó que mientras él estuvo de guardia, Teodoro Gómez no vino a guardar su camión.

Román anotó algo sobre la hoja que le había entregado Labrada.

—Forzosamente tuvo que venir estando ya el sereno de guardia, porque el camión amaneció en la base —intervino Catalá.

—Sí, seguro —confirmó Labrada—. Pero Roque me dijo además que esa noche, cuando él se fue, había un mecánico trabajando con los camiones.

—¿Quién era? —preguntó Román levantando la cabeza.

—Roque no lo vio —dijo Labrada apartando los ojos de los de Román—; quiero decir, que no sabe quién era.

—¿Que no sabe? —dijo Román arrugando el entrecejo.

—Eso mismo dice —murmuró Labrada con un tono casi de disculpa—; parece que el mecánico salió del taller de mantenimiento y se puso a arreglar un camión, pero Roque no lo vio pasar. Me dijo que sintió el trasteo de los instrumentos y se asomó para mirar: vio a un hombre metido debajo de un camión, bastante distante de él. No le dio importancia; ni se preocupó siquiera por saber quién era.

—¿Dónde está Roque? —preguntó Román.

—Bueno, teniente —dijo Catalá—; salió de viaje para el Mariel. Vuelve mañana... Pero yo no sabía nada de eso. Le di órdenes de salir, pero... —se volvió hacia Labrada—. Si tú me hubieras dicho eso no lo mando, Labrada.

El jefe de personal hizo un gesto de contrariedad.

—Mira, Catalá, yo no sabía que tenía un viaje señalado para hoy.

Miró a Román:

—Eso me lo contó Roque esta mañana, después que usted se fue, teniente; pero en medio de la baraúnda que había aquí me olvidé de hablar con Catalá. De todos modos, pienso que mañana...

Román no le quitaba los ojos a Labrada:

—¿Se ocupó usted de preguntarle a qué hora más o menos vio al hombre trabajando entre los camiones?

—Sí, se lo pregunté —respondió Labrada con una sonrisa forzada—; me pareció importante preguntárselo.

Hizo una pausa. Se quitó a medias los espejuelos y se frotó suavemente los lagrimales con los dedos:

—Me dijo que debían ser entonces más de las ocho y media —continuó—. Él se fue tres cuartos de hora después, a las nueve y cuarto aproximadamente. Zuaznábar llegó temprano, como siempre, y le dijo que si quería podía irse. Cuando salió dice que oyó todavía el ruido del martillo del hombre que trabajaba debajo del camión.

Labrada se volvió a colocar con sumo cuidado los espejuelos oscuros. Román se viró hacia Carbonell:

—¿Qué puede usted decirme de Zuaznábar? —le preguntó.

El director se sintió sorprendido por la pregunta. Le sostuvo la mirada a Román unos segundos y enseguida miró al jefe de personal.

—Bueno... yo no lo conocía mucho —dijo por fin—; creo que era un buen trabajador, aunque...

Las palabras de Carbonell sonaron inseguras. Miraba a Labrada como pidiéndole apoyo.

—Sí, fíjese, teniente —intervino el jefe de personal—, yo lo conocía bastante más que el compañero director. Llevo aquí mucho tiempo, mucho más tiempo que él, y, además, eso entra dentro de mis funciones.

Román sintió una contenida vibración de disgusto en la voz de Labrada, como si le molestara que se le hubiera preguntado a Carbonell y no a él. El jefe de personal hizo una brevísima pausa, como buscando las palabras adecuadas para decir lo que iba a decir.

—Zuaznábar era un buen trabajador, sí, pero...

—¿No era revolucionario? —lo interrumpió Román.

—Sí, sí, lo era —respondió evasivo Labrada—; lo era: si no, no hubiéramos permitido que fuera el sereno de la unidad. Usted sabe... la cosa era su carácter, teniente; sus prontos, diría yo, Zuaznábar era un hombre hosco, de pocos amigos...

Titubeó de nuevo y volvió a decir:

—Sí, hosco; cómo le diría... en fin, no tenía las mejores relaciones humanas con los trabajadores de la unidad.

—Mira, Labrada, yo no estoy de acuerdo con eso.

Román se volvió y vio a Catalá, tenso, contraído; no era un hombre de palabra fácil, y hablaba haciendo grandes pausas. Abrió los labios y los cerró un par de veces antes de proseguir:

—Zuaznábar tenía su carácter, es verdad... pero, cómo se llama, aquí habíamos mucha gente que lo apreciábamos y lo respetábamos.

—Bueno, bueno —dijo Labrada haciendo un gesto que parecía de disculpa, pero que era en realidad displicente—; tal vez usé mal la frase; de acuerdo, no es que tuviera malas relaciones con los trabajadores, pero tú sabes perfectamente, Catalá, que había muchos aquí que no tragaban a Zuaznábar precisamente por su carácter, por su manera de ser.

El jefe de transporte, Catalá, no dijo nada más; pareció, de pronto, haber perdido el interés en todo lo que estaba diciendo Labrada.

—Entonces usted piensa —intervino Román mirando directamente a Labrada— que el móvil del crimen pudo haber sido el odio secreto de alguien. Tal vez una venganza.

—No, no, de ningún modo —se apresuró a decir Labrada—; yo no quiero decir semejante cosa. Usted me preguntó por Zuaznábar y yo le estoy tratando de dar una visión lo más objetiva posible sobre él, compañero.

—Usted, Labrada, ¿sabe de algún trabajador de la unidad que lo odiara de forma especial? —preguntó Román.

—Mire, teniente, esa es una pregunta muy delicada. En los problemas estrictamente personales de los trabajadores yo no me meto. Aunque, bueno por poner un ejemplo, y entiéndalo así, Felo Cárdenas ese mismo Felo Cárdenas del que hablábamos hace un rato, tuvo una discusión de padre y muy señor mío con Zuaznábar.

Román arrugó las cejas.

—¿Por qué? —preguntó.

Labrada respondió sin devolverle la mirada a Román:

—Bueno, en ese caso Erasmo tenía la razón, ¿sabe usted? La cosa fue que Felo vino de madrugada a sacar su camión para hacer el traslado de unas cosas; un asunto particular. Erasmo se negó. Felo se puso impertinente y por poco se van a la mano.

Catalá se echó hacia adelante en su silla.

—Teniente —dijo—, cuando Zuaznábar tenía un problema aquí, generalmente era por cosas de ese tipo.

Labrada volvió el rostro para mirar al jefe de transporte. Los labios de aquel hombre eran totalmente inexpresivos. Román hubiera dado cualquier cosa por ver el brillo de sus ojos debajo de los espejuelos oscuros.

—¿Zuaznábar le contó eso a usted? —inquirió Román.

—¿La discusión con Felo?

—Sí —respondió Román.

—No, realmente no. Yo me enteré por trasmano, porque Felo se lo contó a un chofer y la cosa se corrió. Llamé a Erasmo para llevar a Felo a un consejo de trabajo, pero él se negó a acusarlo. Me dijo que no había pasado nada. Yo insistí, pero qué va. Así era Zuaznábar: cuando se cerraba, había que matarlo.

Labrada casi se tragó sus últimas palabras, porque advirtió el siniestro sentido que cobraba ahora la frase hecha. Román lo miró fijamente unos segundos, y le dijo:

—Siga, siga.

—Eso era nada más, teniente —respondió Labrada—. Erasmo Zuaznábar era un hombre difícil, de muy malas pulgas. Tenía poco tacto para tratar a la gente y eso, a mi modo de ver, lo hacía antipático a los ojos de muchos compañeros.

Labrada miró a Catalá y agregó:

—Por lo demás, era un buen trabajador. Serio, responsable; eso no se puede negar.

En aquel momento Román pensó que a Ciro Labrada le hubiera gustado poder negarlo. Con toda seguridad, él mismo figuraba entre esos que sentían antipatía por el sereno.

—¿Usted consideraba a Zuaznábar capaz de cometer un acto de negligencia que hubiera facilitado al criminal o a los criminales entrar en la base y matarlo? —le preguntó Román mientras encendía un cigarro—; digamos, dejar la puerta abierta, dormirse o algo por el estilo.

Fue Catalá el que respondió —como apurándose, como adelantándose a cualquier otra respuesta:

—Qué va, teniente. De eso ni hablar. Mire, yo llevo aquí cinco años; cuando llegué ya Erasmo era el sereno; pues bien, nunca le he conocido ninguna falla de ese tipo, ni una. Era muy responsable en todo lo que se refería a su trabajo.

Román guardó su *block* y se puso de pie.

—Bien —puntualizó—, va a quedar una guardia permanente aquí en la unidad. Sigán su trabajo; no vamos a molestarlos por el momento, aunque es probable que necesite verlos de nuevo. En tal caso, volveré por aquí. Éste es mi teléfono, por si hay cualquier cosa que informar.

Le tendió a Carbonell una pequeña hoja de *block*, Los tres hombres se pusieron de pie.

—Cuenta con nuestra ayuda —dijo Carbonell—; estamos aquí para colaborar con usted en todo lo que podamos.

Román le estrechó la mano a los tres y atravesó el portal del edificio donde estaban las oficinas de la unidad. Salió por la puerta lateral de la base, justo enfrente a la entrada del edificio que comunicaba directamente con la calle.

Subió a su VW, lo puso en marcha y, a velocidad moderada, llegó a la esquina. Miró unos segundos la nave vacía que estaba frente a la entrada del parqueo. Torció a la derecha y, al llegar a la puerta de la cerca Peerless, detuvo un momento su auto.

El patio de la unidad estaba casi desierto a esa hora de la mañana. Sólo quedaban unos pocos camiones, y entre ellos, los dos cuyos choferes no habían ido a trabajar esa mañana, Teodoro Gómez y Felo Cárdenas. Al fondo, con sus estrechas tablas verdes húmedas bajo la fina llovizna que empezaba a caer nuevamente, estaba la caseta en la que durante casi diez años había estado, noche a noche, Erasmo Zuaznábar.

Vacía.

11:25 a.m.

El sargento Miguel Sierra estaba revisando unos papeles cuando Román entró en la oficina.

—Ya tenemos varias cosas —dijo poniéndose de pie.

Román atravesó el pequeño cubículo y se dejó caer en la silla giratoria de su buró. Sacó el paquete de Populares y encendió uno.

—Va a ser un caso difícil, Sierra —dijo en voz alta, dejando escapar el humo por la nariz y los labios.

El sargento lo miró con suma atención.

Miguel Sierra tenía veintiséis años. Era un hombre de estatura media, cabellos castaños y unos ojos pequeños y muy vivos. Hacía ya más de un año que trabajaba en la Sección de Homicidios, con Román, y había aprendido a admirarlo. A admirarlo vivamente. Sabía que Héctor Román provenía de una familia humilde y que había hecho todos los trabajos imaginables para sostener, casi desde niño, a su madre viuda; sabía que había luchado contra la tiranía, y que cuando ingresó, años atrás en el Ministerio, no tenía ni por asomo, los conocimientos que debía tener un investigador. Pero Román había adquirido plenamente esos conocimientos. Había avanzado a saltos, estudiando sin descanso. Sierra lo había visto resolver trabajos muy complicados a golpes de valor y de inteligencia. Sabía también que su jefe no presumía, y que cada palabra que salía de su boca había sido ya profundamente meditada.

—¿Por qué lo dice? —preguntó Sierra.

—Dime qué tienes ahí primero; después te lo explico —dijo Román.

—Bueno —respondió Sierra—: aquí está el informe del médico forense que confirma que el sereno murió a consecuencia de un fuerte golpe en la región occipital; fue un solo golpe, extremadamente violento. En efecto, Erasmo Zuaznábar murió entre las doce de la noche y la una y media de la madrugada. Es seguro que fue golpeado frente a la caseta, y ya muerto, o moribundo, fue arrastrado hasta el almacén donde lo encontró el chofer ese, Abreu. Los técnicos encontraron un rastro de sangre desde la caseta al almacén. Me imagino que lo arrastraron hasta el almacén para quitarlo de un lugar perfectamente visible desde la calle.

—Sí, es de suponer —aprobó Román—. ¿Y el almacén, por fin, estaba abierto?

—Forzaron la puerta, evidentemente —dijo Sierra—; podría pensarse que para robar, y que luego aprovecharon el lugar para dejar el cadáver; pero parece que no hay robo.

Román se echó hacia atrás en su silla. Fumaba mirando un punto impreciso entre la pared y el techo, o acaso más allá, como si quisiera abrirse paso entre un montón de sombras.

—No hay robo, Sierra —dijo por fin—. Y no es sólo el almacén abierto. En la oficina había poco más de veinte mil pesos en un archivo. La caja de caudales está rota y ahí guardan el dinero para el pago desde hace tres meses. Y no hay robo; no falta ni un centavo.

—¿Una venganza personal quizá? —dijo Sierra.

—Qué sé yo —murmuró Román aplastando con fuerza su cigarro a medio consumir sobre el cenicero.

Sierra guardó silencio. Román se puso de pie y caminó hasta la ventana con las manos en la espalda. El pedazo de cielo gris que se veía a través de los cristales llenó a Román, de pronto, de una sensación indefinida de desconcierto; pero enseguida bajó la vista y vio allá abajo la calle, animada a pesar de la lluvia; hombres y mujeres que iban y venían frente al edificio del Ministerio envueltos en capas o protegidos con sombrillas; en alguna parte de la ciudad, el asesino de Erasmo Zuaznábar andaría así también: caminando bajo el agua, libre.

Román apretó los puños que tenía cruzados detrás, a la altura de la cintura.

—¿Investigaste en el comité de defensa de Zuaznábar? —dijo por fin, sin volverse.

—Sí, Cabada fue allí —respondió Sierra—. Le dijeron que Zuaznábar era un hombre tranquilo, silencioso, que no se relacionaba con mucha gente, aunque tampoco tenía problemas con nadie. Su mujer murió hace varios años, y no tenían hijos. Una vecina le dijo a Cabada que Erasmo tenía una hermana en La Habana, y unos sobrinos, pero que apenas si los veía. Vivía solo con su perro. Todos lo tenían por un tipo introvertido, solitario, pero buena persona. Era revolucionario.

Román se volvió hacia Sierra.

—¿Qué hubo del rastrillo? —preguntó.

Sierra echó mano a un gran sobre de manila que tenía sobre su buró.

—Del arma, nada —dijo—; esto es todo lo que encontramos.

Puso sobre la mesa dos cajas de fósforos y un cabo de tabaco.

Román tomó entre sus dedos una de las cajitas. Tenía una L trazada con tinta azul de bolígrafo; una L sinuosa, abigarrada, llena de rectas y curvas. Abrió la caja y vio que dentro no había fósforos, sólo dos pastillas blancas. Dos aspirinas, probablemente.

Román le entregó la caja a Sierra, que la volvió a guardar en un sobre, con la otra caja, que río tenía ninguna señal, y el trozo de tabaco.

—¿Qué piensas del robo del revólver del sereno? —dijo Román sentándose de nuevo en su silla giratoria y apoyándose con los codos en el buró.

—Bueno, eso tiene tela por donde cortar —dijo Sierra al fin, después de rascarse la barbilla unos segundos—. En fin, quizá contrarrevolución, ¿no?

Román hizo un gesto negativo con la cabeza.

—No, no pensaba en eso —dijo—. Fíjate bien.

—¿Qué entonces? —preguntó Sierra.

Román miró hacia su escritorio; miró durante un fugacísimo instante la foto de su hija Mónica, al cumplir los tres años, que estaba debajo del grueso cristal. Levantó enseguida la vista y la fijó en los ojos claros de Sierra:

—Fíjate bien. Ocurre que estarnos manejando seriamente la posibilidad de que el móvil del crimen sea una venganza, un problema personal, una

vieja deuda, ¿ok?; pero el robo de un arma no se ajusta mucho que digamos a ese cuadro, ¿no?

Sierra hizo un gesto con los hombros y con la boca, de afirmación e incertidumbre.

—Bien —continuó Román—, por otra parte, no falta nada, ni en el almacén, ni en la oficina, en cuyos archivos había más de veinte mil pesos...

—Pero tal vez no lo sabía... o sabían; en fin; quizá...

—Pongamos que no lo sabían. Bien; pero si venían a robar, al menos se hubieran llevado alguna pieza; qué sé yo; son objetos que tienen un valor en el mercado negro: aros, calzos de motor. Pero bueno, no se llevan nada. He aquí tres hechos que parecen no tener una conexión lógica entre sí: de una parte, un hombre asesinado; si lo hicieron para robar, ¿por qué diablos se llevaron entonces nada?; si, por el contrario, se trataba de una venganza personal, ¿por qué se llevaron el revólver? Bien, antes de que me lo digas lo voy a decir yo: pudo ocurrir que el que fuera, o los que fueran, se llevaran el revólver, *a*, para despistar, para confundir, justamente para hacer creer en un hecho contrarrevolucionario, o *b*, porque en ese instante no pensaron en las consecuencias y se llevaron el revólver, se procuraron de paso un arma para otra fechoría, o *c*, y esto es, a mi juicio, lo más improbable, porque el móvil del robo fue justamente el revólver. Bien, tenemos esos hechos, concretos, incontrovertibles. Pero tampoco podemos descartar una última posibilidad; tampoco podemos desechar la idea del robo. ¿Sólo porque no falta nada vamos a pensar que el móvil no fue el robo? ¿Y si, por alguna razón, no pudieron hacerlo, o no tuvieron tiempo de hacerlo? Como ves, es un caso complicado, Sierra, como te decía cuando llegué.

Sierra escuchaba atentamente a Román; de vez en vez movía afirmativamente la cabeza, o negaba, según el hilo lógico de los razonamientos del teniente se fuera inclinando hacia un hecho positivo, incontrovertible, o hacia un hecho improbable o poco probable.

—Pero bien. Vamos a partir de un hecho —continuó Román—; vamos a partir de una suposición: no se trata de un acto de la contrarrevolución, ¿ok? Tengo mis razones para pensar así. Entonces, nos quedan dos posibilidades: *a*, una venganza personal, y *b*, un robo... digamos frustrado; porque tampoco

creo que un simple revólver haya sido el móvil. Vamos a investigar en esos dos sentidos.

—De acuerdo —dijo Sierra.

—Bien. Ahora dime una cosa, ¿te has puesto a pensar de qué manera los asesinos entraron en la base?

Sierra señaló a Román con el dedo índice y dijo, levantando las cejas y con una semisonrisa dibujada en los labios:

—Por lo que veo usted cree que fueron varios. ¿Me equivoco? Habla desde hace rato de los asesinos. ¿Por qué?

—Sí, eso creo, y te voy a explicar por qué; pero primero responde a mi pregunta.

—En fin —dijo Sierra recostándose hacia atrás en su silla giratoria y cruzando los brazos sobre el pecho—; el chofer que encontró el cadáver dijo que había visto la puerta del parqueo abierta cuando llegó. Tal vez entraron por ahí; aunque también pudieron saltar la cerca y entrar. Aunque... no, eso no pudo haber sido. ¿Y el perro? Los habría descubierto. No; tuvieron que entrar por la puerta principal.

—Claro que fue por la puerta principal —dijo Román—; si hubieran saltado la cerca, el sereno tal vez pudiera no haberlos oído, pero el perro sí. No, nadie pudo saltar esa cerca sin que el perro pusiera en guardia a Erasmo Zuaznábar, que, además, estaba armado y no era un hombre que se asustara fácilmente.

—Entonces pudo ocurrir que se quedara abierta la puerta.

Román negó con la cabeza varias veces antes de decir:

—No, eso no. Parece que Erasmo Zuaznábar era un hombre extremadamente cuidadoso. Nunca se le sorprendió en una negligencia de esa índole. Claro, al mejor cazador se le va una liebre; pero sería una casualidad demasiado increíble que se le hubiera ido la liebre justamente la noche en que habían decidido matarlo.

Hizo una pausa y volvió a hablar:

—Creo, por el contrario, que los criminales contaban con la eficacia del sereno.

Sierra se quedó pensativo.

—¿Ya levantaron el plano de la base? —preguntó Román.

—Sí; lo hizo Mayito; me lo trajo Cabada un poco antes de que usted llegara.

Sierra se puso de pie y fue hasta un archivo de dos gavetas que había en una esquina de la habitación, junto a la ventana en cuyos cristales había comenzado a rebotar el agua con fuerza.

—Otra vez lloviendo —dijo Sierra mientras sacaba una cartulina enrollada del archivo.

Regresó junto a Román y le entregó la cartulina.

El teniente extendió el plano sobre su buró sujetándolo por los extremos, tratando de que no volviera a enrollarse; pero Sierra puso la palma de su mano sobre una de las puntas, para que el teniente tuviera libre su mano derecha.

—Mira, Sierra —dijo Román señalando con el dedo—; aquí está la puerta de hierro, justo enfrente a la caseta del sereno: y esa puerta sólo se puede abrir desde dentro, con la llave. Por esa puerta no pudo haber entrado nadie a quien Zuaznábar no le abriese.

—Y, por cierto —dijo el sargento—: la llave no aparece. No está en el tablero de llaves que hay en la caseta ni tampoco la llevaba Zuaznábar encima.

Un brillo de animación se reflejó en la mirada de Román:

—Por supuesto que no aparece. ¿No te imaginas por qué?

Pero Román no espero a que Sierra hablara.

—Zuaznábar le abrió la puerta a los criminales, y la volvió a cerrar —dijo—. Por eso necesitaron la llave: para abrir la puerta, que estaba cerrada cuando iban a salir

—Entonces, usted piensa...

Sierra miraba fijamente a Román.

—Se cae de la mata, Sierra. Zuaznábar les abrió porque los conocía; porque seguramente eran de la unidad.

Sierra hizo un gesto de asentimiento, y preguntó:

—¿Usted cree?

Román separó las manos del plano, que se enrolló bruscamente. Se reclinó hacia atrás en su silla; se inclinó de nuevo hacia adelante, tomó un

lápiz de encima de su buró y volvió a reclinarsse hacia atrás; comenzó a darse pequeños golpecitos con el lápiz en la uña del dedo pulgar.

—Estoy casi seguro Sierra. No hay otra posibilidad, además. Si no creemos en eso, entonces hay que pensar que el sereno estaba complicado en el asunto y eso me parece imposible.

Sierra terminó de enrollar el plano; le colocó una liga y lo dejó descansar sobre el buró de Román.

—¿Por qué usted piensa que puedan haber sido varios, teniente?

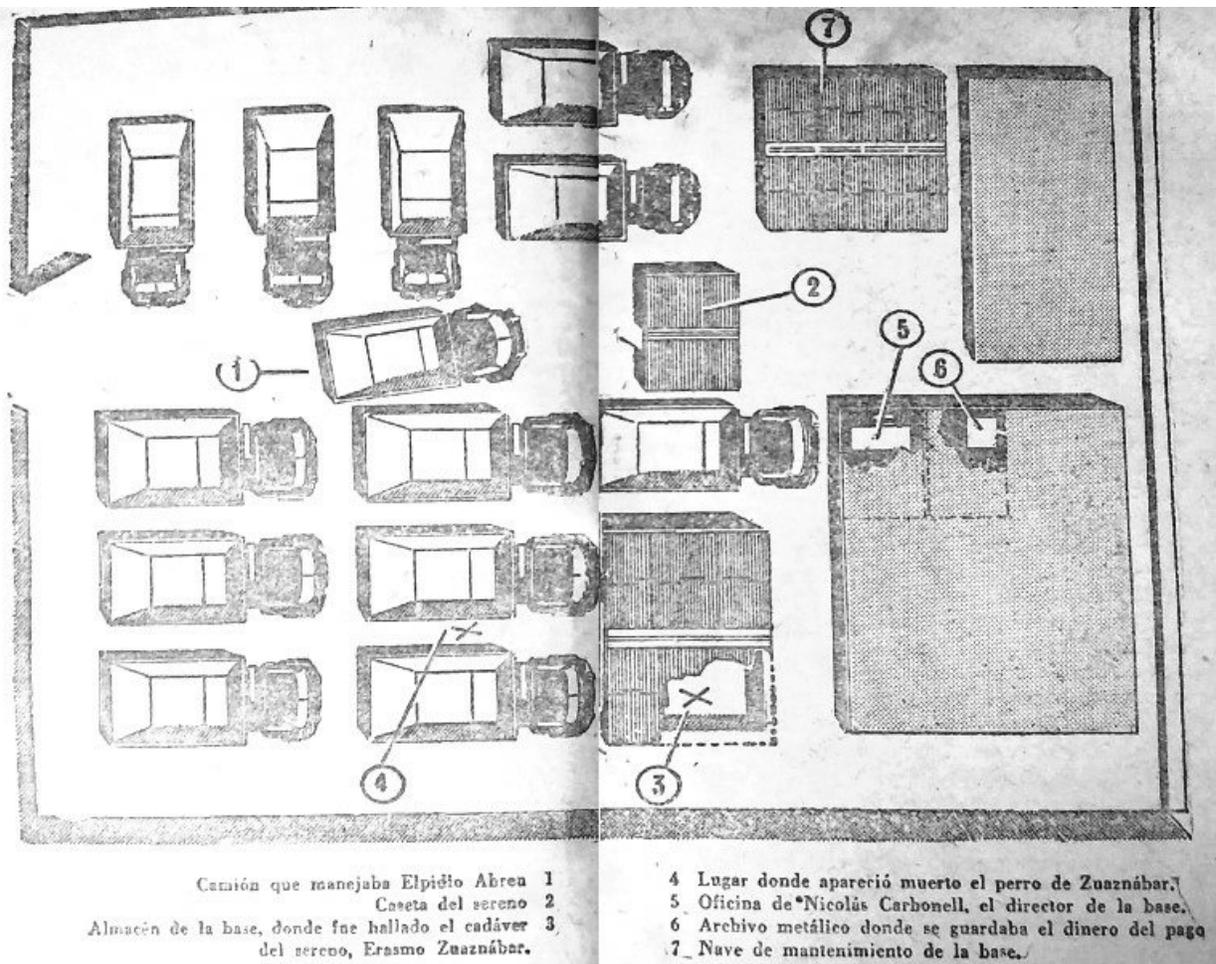
Román tiró el lápiz sobre el buró.

—Mira —dijo— puede que yo me equivoque. Pero estoy convencido de que se necesita algo más que un delincuente con un hierro o una cabilla para sorprender tan mansamente a un hombre cuidadoso, experimentado, valiente, armado, acompañado por un perro y detrás de una cerca de hierro.

Sierra se rascó la barbilla, como solía hacer cuando meditaba:

—Sí, creo que tiene usted razón. Entonces...

—Entonces —dijo Román poniéndose de pie y saliendo de detrás de su buró—, voy a encargarte varias cosas. Vete a Bejucal después de almuerzo y comprueba qué hizo anoche Idelfonso Castelló, mecánico de la unidad que se fue ayer temprano del trabajo diciendo que tenía gripe. Ésta es la dirección.



Tomó el lápiz de encima de su buró y anotó en un *block* la dirección; arrancó la hoja, la dobló cuidadosamente y se la dio al sargento.

—Llégate a la base de camiones e indaga por qué Elpidio Abreu fue a guardar su camión a las tres de la madrugada. Yo voy a investigar sobre los otros dos trabajadores que han faltado hoy. Si quieres que te diga algo, Sierra, hasta ahora hay una sola cosa que me parece clarísima: el asesino es de la base, o tiene un cómplice allí. O las dos cosas.

2:25 p.m.

El teniente Román se detuvo frente a una vieja casona de dos pisos, en la calle Industria, entre San Rafael y San José. Echó una ojeada al frente pintado de un color crema desvaído; comprobó el número y subió las escaleras.

La mujer que abrió la puerta trapeaba en ese momento la sala. En el sofá jugaba una niña de unos tres años, que no llevaba más que una blusita de óvalos verdes.

—Buenas tardes —dijo el teniente— ¿Vive aquí Rafael Cárdenas?

La mujer le echó una mirada en la que Román creyó ver algo de temor.

La mujer se echó hacia atrás los cabellos que le caían sobre la frente, y por fin respondió.

—Sí, aquí mismo.

—¿No se encuentra?

—No —respondió secamente la mujer.

—¿Usted es la esposa? —preguntó Román.

La mujer afirmó con un gesto y Román continuó:

—Necesito hablarle unos minutos.

—Sí, claro —dijo la mujer apartándose para dejar pasar al teniente—, pase y siéntese.

Román se acomodó en una butaca algo raída, a pesar de que se habían ocupado de remendarla en varios sitios. Observó a la mujer, que ahora estaba sentada frente a él. No era fea, a pesar de que estaba totalmente desarreglada, en puro plan de trabajo casero. Tendría unos treinta años.

—¿Pasa algo con mi marido, compañero?

Román la miró, como meditando la respuesta que debía darle.

—Bueno, estamos haciendo una verificación —dijo—; necesitamos hablar con él. Fuimos a buscarlo al trabajo y no estaba. Por eso vine aquí. ¿Sabe usted dónde puede estar?

Román se dio cuenta de que había acertado: la mujer bajó la vista y no respondió. Pero enseguida alzó el rostro; estaba alterado. Casi gritó:

—¡Qué voy a saber yo! Lo mismo de siempre, yo aquí, limpiando, cocinando, cuidando muchachos, trabajando como una mula y él corriéndola por ahí.

Estaba casi al borde del llanto, pero de pronto su expresión compungida se volvió agresiva.

—Así que el muy sinvergüenza no ha ido al trabajo. Pues mire, anoche se fue de aquí después de comida. Comida hecha por esta boba que está aquí — se dio fuertemente con la palma de la mano en el pecho—. Y estas son las

santas horas en que no ha aparecido. Debe de andar bebiendo cerveza con la primera puta que se encontró... Pero a mí eso no me importa, se lo juro por ésta...

Hizo una cruz con los dedos y la besó ruidosamente.

Rompió a llorar amargamente.

Román bajó los ojos unos segundos y la dejó desahogarse.

—Por favor... —murmuró.

—Perdone —dijo la mujer pasándose los dedos por la nariz y atragantándose las palabras—: perdón...

Román hizo un gesto, como para sacar el pañuelo, pero la mujer le hizo seña de que no. Se recogió el pelo en la nuca con un gancho, suspiró profundamente y miró a Román; éste tuvo la impresión de que aquella mujer había envejecido repentinamente...

—Pero que no vaya a trabajar, después de los problemas que ha tenido... Luego viene el descuento y son tres muchachos, compañero; tres muchachos. Los dos mayores que están en la escuela y ésta —dijo señalando a la niña, que había interrumpido su juego y los miraba muy seria, chupándose un dedo—. Negras nos las estamos viendo, porque lo que le pagan se lo bebe en cerveza.

Hizo una nueva pausa. Pero no lloró. Miró a Román con ojos en los que se leía una desesperada súplica:

—Hagan algo con él, compañero. No se lo pido por mí, sino por los muchachos. Este hombre no tiene fundamento, y estos infelices son los que están pagando sus culpas.

—Tranquilícese —le dijo Román—. Seguro que vamos a hacer algo con él. Pero, por favor, trate de pensar dónde podemos encontrarlo ahora.

—Yo no sé, compañero. Es la pura verdad.

De pronto su rostro se contrajo en una mueca.

—Aunque si yo fuera usted —dijo con una voz que sonaba dolorida, sarcástica— me ponía a buscar por las cerveceras de La Habana y segurito que daba con él. Román se despidió de la mujer y bajó las escaleras. La mujer de Cárdenas debió decir aquello como un chiste, como algo que no hay que interpretar demasiado textualmente. Pero cuando quería, el teniente Román era el hombre con menos sentido del humor que uno sea capaz de concebir. Y

lo que hizo al salir a la calle fue justamente, llamar a su oficina y decirle a Cabada que fuera enseguida a Bejucal y se procurara con Labrada una foto de Rafael Cárdenas, y que lo buscara.

Que lo buscara por las cerveceras de La Habana.

3:45 p.m.

Román la miró apenado y le pidió que lo dejara pasar. La mujer se turbó y abrió enteramente la puerta del pequeño apartamento.

—Perdone —dijo—, no lo había...

—No hay nada que perdonar —sonrió Román—; perdóneme usted la lata que tengo que darle.

La mujer sonrió a su vez y el teniente franqueó la entrada. A una invitación, se sentó en tina silla de la reducida sala comedor.

Román la miró detenidamente. La mujer tenía unos ojos claros, dulces bajo sus espejuelos de aros plateados. Su cabello estaba blanco en canas y a primera vista, aparentaba más de sesenta años; sólo cuando se observaba la vivacidad de sus ojos, se advertía que todavía no debía de tener sesenta.

—Mire —dijo el teniente—, ¿cómo es su nombre, por favor?

—Fidelina, Fidelina Puente —dijo enseguida la mujer con su voz aguda e inquieta.

La mujer se había sentado en el borde de una silla, sin recostarse. Estaba tensa, visiblemente nerviosa.

Román recorrió de una ojeada el apartamentico. Todo el interior de la vivienda estaba cuidadosamente ordenado, tenía un inconfundible aspecto de pulcritud. En la pequeña sala, olía a sofrito. Fidelina estaría cocinando cuando él llamó a la puerta. El teniente sintió una súbita depresión en el pecho. Aquella casa le recordaba muchísimo otra casa.

Una casa que no había vuelto a ver, desde hacía muchos años.

Una casa; su propia casa de niño.

—Dígame qué ocurre, compañero, se lo ruego —dijo la mujer.

—Queremos hablar con su hijo, con Teo; ¿es su hijo?

—Sí —murmuró la mujer.

—Se trata de unos datos que se necesitan. El problema es que no fue hoy al trabajo. Por eso he venido.

Román había visto el atemorizado fulgor de aquellos ojos y no se había sentido capaz de decir toda la verdad.

Una sombra nubló los ojos de la mujer.

—¿Que no fue? —murmuró—. Hoy se le hizo tarde; salió de aquí como a las siete. Me dijo que iba para el trabajo.

—¿Se lo dijo? —pregunto Román con suavidad.

La mujer bajó la vista; titubeó:

—Bueno, no me lo dijo. Casi no habló conmigo. No quiso desayunar; me explicó que se le había hecho tarde. Yo pensé que iba para Bejucal.

Román extrajo su *block* y un bolígrafo.

—Fidelina —dijo tratando de dulcificar la voz—, no se angustie por eso. Puede haber ido a otro lugar con un amigo. O con una muchacha. Lo importante es que usted me diga dónde piensa que podría estar.

—Es que Teo no hace esas cosas —dijo la mujer—. Ha pasado días fuera, a veces; pero él es cumplidor en su trabajo.

—Bueno, pero siempre hay un día excepcional —insistió Román—; lo que pasa es que es justamente ahora cuando tenemos que verlo.

La mujer se recostó al respaldar de la silla y respiró hondo.

—Teo es mi hijo más chiquito —dijo con voz cansada—; es también el más... difícil. Las dos hembras nunca me dieron dolores de cabeza.

De pronto, miró a Román, inquieta por lo que acababa de decir.

—Teo tampoco —agregó apresuradamente—; lo que quiero decir es que un varón siempre tiene su carácter, sus cosas. Y más él, que se quedó huérfano tan chiquitico. Mi marido murió de un infarto, ¿sabe usted? Se ha criado sin padre. He tenido que luchar mucho, teniente, mucho para poder hacerlo un hombre.

Román la miró y sonrió tristemente. Quería de veras disminuir la preocupación de aquella mujer; pero él mismo estaba inexplicablemente preocupado.

—¿Usted conoce a los amigos de Teo? —preguntó el teniente—; ¿alguno de ellos al menos? Digamos...

—No teniente —dijo la mujer bajando la vista hasta su saya de cuadros oscuros—. Los amigos de Teo nunca vienen aquí. Tiene amigos, claro; pero no vienen aquí.

Román la miró serio ahora.

—Fidelina —dijo—, trate de ayudarnos. ¿De veras que no tiene usted la menor idea de donde puede estar Teo? Fíjese, deme sólo un dato; un lugar al cual él acostumbra a ir... ¿Él salió anoche?

—Sí —dijo la mujer alzando hacia Román sus ojos claros, limpios—, salió después de comida y me dijo que volvería tarde. Yo me acosté a las once, como de costumbre; y no había llegado todavía. Me imagino que por eso se quedó dormido esta mañana

—¿Teo tiene novia? —preguntó Román.

La mujer sonrió:

—Sí. Una gran muchacha, por cierto.

—¿Cómo se llama? —preguntó Román—; ¿Teo saldría con ella anoche?

—No, teniente —dijo la mujer bajando de nuevo la vista.

—¿Cómo lo sabe? —murmuró Román

—Por ella. Vino anoche después que él había salido.

Román iba a preguntarle algo más, pero fue Fidelina la que habló primero:

—Teniente, ¿usted cree...?

Pero se calló súbitamente, como si no quisiera pronunciar aquellas palabras. Trago en seco y dijo por fin con una voz muy débil:

—¿Usted cree que le haya pasado algo?

Román se dio cuenta de que aquella mujer debía saber, forzosamente, que él no podía responderle; que él tampoco sabía. Pero aquella mujer necesitaba una palabra de aliento. Una sola.

—¿Por qué habría de pasarle algo? —dijo Román tratando de darle a su voz un tono de natural despreocupación—. Mire, Fidelina, no hay razón para pensar lo peor. Vamos a hacer una cosa: deme la dirección de la novia de Teo, ¿cómo se llama?

—Viki —dijo la mujer—; Viki Carreras.

—De Viki Carreras —dijo Román—; a ver si por ella damos con Teo.

—Sí, sí —murmuró la mujer poniéndose de pie—. Dispéñseme un momento, que le voy a buscar la dirección exacta de Viki.

La mujer entró en el cuarto contiguo al comedor y el teniente encendió un cigarro.

Aspiró el humo, que le supo extrañamente amargo.

Su mirada se extravió.

Ante sus ojos que no miraban nada apareció, viniendo desde el pasado, rebotando como un eco, la imagen de su propia madre gastada prematuramente, envejecida; y también la imagen de su padre, gravemente enfermo; y la mirada melancólica, indeciblemente nostálgica de su hermana.

Cerró mucho los ojos, como para deshacerse de aquella visión. En realidad, no acostumbraba a recordarlo todo de aquella manera. Hubo también alegría en su casa, en la casa de su infancia a pesar de todas las dificultades. Pero hoy, aquella imagen llegaba así: dolorosa, opresiva.

Román se alegró de oír los pasos de Fidelina. Abrió los ojos y la vio ante sí, extendiéndole un papelito.

—Ésta es la dirección de Viki; también le anoté el teléfono.

Román tomó el papelito y, sin mirarlo, se lo guardó en uno de los grandes bolsillos de su jacket verdeolivo.

—Aquí no hay teléfono, teniente —dijo la mujer como disculpándose—; pero cualquier cosa que haya, por favor, no deje de avisarme, se lo ruego, no deje de avisarme... ¿Me lo promete?

Román se puso de pie y, sin poder reprimir el gesto, le tomó las dos manos a la mujer y se las estrechó.

La mujer pareció turbarse; pero el teniente estaba aún más confuso:

—Sí, descuide, Fidelina —murmuró soltándole las manecitas muy blancas y arrugadas—; descuide, yo le aviso; pero no se preocupe sin motivo. ¿Prometido?

6:05 p.m.

Lo primero que vio Román cuando entró a su despacho fue la cara del hombre: una cara huesuda, enmarcada por una mata de espeso y abundante cabello negro y grandes patillas. El hombre era alto, flaco; debía tener más de

treintaicinco años y menos de cuarenta. Estaba sentado en una silla de hierro, junto al buró de Sierra. En la silla giratoria de Román estaba Cabada, fumando con aire aburrido un Veguero.

El teniente se acercó, mirando detenidamente al hombre. Llevaba un pantalón verde oscuro y una camisa de mangas cortas que acaso el día anterior estuviera muy blanca y muy almidonada, pero que ahora se veía muy arrugada y sucia.

—Éste es Rafael Cárdenas, teniente —dijo Cabada.

—Rafael Cárdenas —murmuró Román.

Cárdenas no respondió. Ni siquiera miró al teniente. Román ignoró su gesto y le preguntó tranquilamente:

—¿Por qué no fue usted hoy a su trabajo, Cárdenas?

Pareció que a Felo Cárdenas le habían tocado un resorte.

—Que yo sepa, por faltar al trabajo le descuentan a uno el día; pero ahora me entero que también lo encanan.

—No, eso no es suficiente —dijo Román—: usted es un ausentista reiterado, pero no está aquí por eso.

El hombre se movió inquieto en su silla.

—Ausentista reiterado nada —dijo con energía—; yo podré tener mis fallos como el que más y el que menos, pero yo soy un hombre consciente, un padre de familia, y ese traje no se me puede cortar a mí.

Román casi tuvo ganas de sonreír. Cruzó una fugaz mirada con Cabada. Volvió a mirar fijamente a Cárdenas y le dijo:

—Usted ha sido sancionado por ausentista, Cárdenas.

Felo Cárdenas gesticulaba muchísimo al hablar, como para dar peso a sus palabras con los ademanes.

—Teniente, lo que pasa es que en mi trabajo hay mucha maraña y mucho chanchullo, y si uno no cae en gracia, si no es de la piñita lo llevan hasta la tabla. Eso seguro que se lo dijo Catalá, ¿no? Yo sé bien que no me puede ver; pero yo quiero que se sepa aquí...

—¿Cómo son sus relaciones con Erasmo Zuaznábar? —le preguntó Román de golpe.

Felo Cárdenas pareció de pronto sorprendido por la pregunta del teniente; pero enseguida volvió a su actitud de antes.

—¿Zuaznábar, el sereno? ¿Así que por ahí viene la cosa? ¿Qué le ha dicho él de mí?

Román lo miró con fijeza, pero no respondió.

—Yo creía que ese mulato era un tipo más duro —dijo Cárdenas, mirando desafiantemente a Román—. Mire, teniente, yo tuve un agarrón con Zuaznábar hace diez o doce días, porque ese tipo es un equivocado... Yo fui a sacar el camión un poco más temprano de la cuenta, porque salía para Pinar, y antes quería hacer una diligencia ahí, y me sale Zuaznábar que si no podía, que si por esta vida, que si por la otra... Y a mí lo que me dolió fue la desconfianza. Y le dije dos o tres verdades. Se puso a boconear y por poco lo tengo que tocar con limón. ¿Eso fue lo que le dijo ese mulato? ¿Eh?

—Usted utilizaba el camión de la empresa para trasladar cosas, muebles o algo así, Cárdenas, ¿verdad? —le preguntó Román en voz baja.

—Oiga, oiga, teniente, yo... —empezó a decir Cárdenas negando con la cabeza.

Pero Román continuó:

—Usted cobraba por eso, ¿no, Cárdenas?

Por primera vez una sombra de preocupación pesó por la mirada del hombre. Se llevó la mano abierta a la boca y se limpió el sudor que le corría por encima del labio superior. Cuando comenzó a hablar nuevamente, había abandonado su anterior tono de insolencia.

—Eso es incierto, teniente; eso es una calumnia... Yo nunca he cobrado por eso... Yo, algunas veces...

—Sí, cobrabas, Cárdenas —lo interrumpió Román.

—Teniente, no me diga eso... Déjeme explicarle.

Román tampoco lo dejó seguir esta vez.

—No me expliques eso, Cárdenas, porque tampoco estás aquí por esa razón.

Hizo una pausa mirándolo fijamente.

—Estás aquí como sospechoso de haber asesinado a Erasmo Zuaznábar.

Los ojos de Felo Cárdenas se abrieron desmesuradamente. Se puso de pie y dio un paso hacia Román.

—¡Eso sí que no! —logró articular—; ¡eso sí que no, por su madre!

Cárdenas sintió entonces que una mano, fuerte como una tenaza, lo sujetaba por el brazo y lo obligaba a regresar a la silla.

—Siéntese —le dijo con dureza Cabada.

Cárdenas se desplomó en la silla y comenzó a hablar con voz muy débil y la cabeza baja.

—Yo no sé ni que hayan matado a nadie —murmuró con un tono casi implorante—.

—¿Mataron a Erasmo? ¿Cuándo fue eso? Yo no lo sabía, se lo juro; por mis hijitos que yo no tengo nada que ver con eso.

Román lo miró con fijeza.

—Tú saliste anoche de tu casa después de comida, ¿no, Cárdenas?

Cárdenas levantó la cabeza.

—Sí, como a las ocho más o menos. Pero yo...

—¿Qué hiciste al salir? —lo cortó Román.

—Fui a ver a los socios ahí a la piloto de Neptuno, donde mismo me encontraron.

Román miró a Cabada que estaba parado detrás de la silla de Cárdenas y el sargento asintió con la cabeza.

—¿Y entonces? —dijo Román.

—De ahí me fui con *Cuco*; *Cuco*, uno que le dicen *Mazorra*, un amigo mío. Y caímos por el Parque Central. Por allí por la puerta del Cabaret Nacional.

—¿Y allí?

—Allí nos separamos porque yo... es decir, nosotros nos encontramos con una mujer. Usted sabe, una mujer a la que yo venía descargándole hace tiempo.

Cárdenas miraba a Román con ojos llenos de miedo. El teniente sacó una caja de Populares y le ofreció uno; se lo encendió; Cárdenas le dio varias chupadas con avidez, y enseguida pareció sentirse más aliviado.

—¿A qué hora fue eso? —preguntó Román. —Serían las diez más o menos. Me metí en el mismo Nacional con ella como a las once a tomarnos unos rones.

Román lo miraba con suma atención, como si quisiera leer qué había detrás de aquellos ojos huidizos, enrojecidos, temerosos.

—¿Y qué hiciste después? Porque tú no dormiste anoche en tu casa.
Por vez primera, Felo Cárdenas sonrió.

—Me complicué, teniente. Del Nacional nos fuimos para La Rampa. Esa posada que está frente al parque Maceo.

—¿Tan lejos? —dijo, más que preguntó Román.

—Yo voy mucho allí —respondió Cárdenas después de exhalar una bocanada de humo—. Salimos de ahí corno a las cinco. Ella se fue para su casa y yo iba a arrancar pa' la pincha: pero a la verdad, teniente, se lo juro, estaba hecho leña.

Cárdenas había vuelto a sonreír, mostrando un casquillo de oro en uno de los colmillos. Román hizo una breve anotación en su *block*:

—¿Y por qué no fuiste a tu casa?

Cárdenas casi hizo un gesto de asombro.

—¿Caerle a esa hora a mi mujer, después de haber pasado la noche fuera? Qué va. Me fui al cuarto de *Cuco*, ahí en la calle Rayo, pegaíto a Zanja y como yo sabía que él salía pal trabajo le pedí que me dejara tirar un pestañazo allí. Yo pensaba ir pa' la casa después de las 5 y decirle a mi mujer que venía de la pincha.

Felo Cárdenas apagó el cigarro en el cenicero que estaba sobre el buró, inclinándose un poco para hacerlo. Y enseguida volvió a decir:

—De todos modos, mi mujer me iba a descargar, pero menos que si llego a las seis de la mañana y le digo que no voy a trabajar.

Román lo miró sin hacer un solo gesto.

—¿Cómo se llama esa mujer con la que estuviste? —le preguntó.

—Bueno, yo la conozco por Reina. La conozco de ahí mismo, como le dije, de la zona del Parque Central.

—¿Reina qué? —preguntó otra vez el teniente.

Cárdenas lo miro nervioso.

—No sé —dijo.

—¿Tampoco sabes dónde vive?

—Tampoco sé, teniente. Yo nunca he ido a su casa.

Felo Cárdenas respondió con visible molestia, como si Román le preguntara algo que él no tenía por qué saber.

—¿Y tú te imaginas que yo me voy a creer que tú te acostaste con ella y no sabes cómo se llama ni dónde vive? —dijo con dureza el oficial.

Felo Cárdenas pareció asustarse otra vez.

—Pues así mismo fue —dijo un poco atropelladamente—, yo no le pregunté dónde vivía ni ella a mí tampoco. Hablamos de otras cosas... Estábamos pa' la onda de vacilar... Usted sabe cómo es ese... Yo no iba a estar a esa hora averiguándole la vida.

Tal parecía que Cárdenas trataba de hacer comprender a Román algo que para él estaba perfectamente claro, y que no podía admitir que el teniente no entendiera.

—¿Dónde trabaja ella? —preguntó Román, una vez más.

Cárdenas lo miró con cara desesperanzada, respiró hondo y dijo:

—No sé, teniente, pero creo que no trabaja.

Román se puso de pie nuevamente y le pidió a Cárdenas que describiera a la mujer que él llamaba Reina, y a Cabada, que anotara la descripción. Luego llamó aparte al sargento y lo mandó a averiguar sobre el tal *Cuco Mazorra*, y a buscar a la mujer en el Cabaret Nacional y en las inmediaciones del Parque Central. Enseguida, el teniente regresó frente a Felo Cárdenas y lo miró fijamente.

—Vamos a ver —le dijo— si puedes probar que estuviste anoche con esa mujer... Porque te hace falta probarlo, Cárdenas. De veras que te hace falta.

7:55 p.m.

Cuando Sierra llegó a la oficina, Román estaba recogiendo unos papeles y poniéndolos en un portafolio de cuero negro.

—Ahora mismo me iba —le dijo Román a modo de saludo—, pero me alegre mucho de verte antes de salir.

El sargento Miguel Sierra había tenido una tarde bien atareada. Había ido a casa de Idelfonso Castelló, en Bejucal, y encontró al mecánico de casi sesenta años, en pijama, sin afeitarse y sufriendo un fuerte estado gripal. Castelló, en efecto, no había salido de su casa desde que regresara, sintiéndose mal, la tarde anterior. El sargento había podido comprobarlo con los vecinos. Ya el mecánico sabía lo que le había pasado a Zuaznábar y estaba

vivamente impresionado. A Sierra le había parecido que le tenía atesto al sereno.

El sargento le contó todo a Román, y enseguida añadió:

—Yo creo que hay que desecharlo como sospechoso.

—Sí, así parece —dijo Román, pensativo.

—Después me fui a la base e indagué por Abreu como habíamos quedado. No sabían a ciencia cierta par qué había llegado a esa hora a guardar el camión, pero el jefe de transporte me dijo que cuando los choferes regresaban de un viaje podían ir a guardar el camión a cualquier hora. Abreu había salido la madrugada del lunes para Matanzas. Pero bueno, el caso es que como Abreu estaba franco, me dieron la dirección y me fui a su casa, aquí en la calle Oquendo, casi esquina a Salud.

—¿Qué te dijo? —inquirió Román, que ahora se había puesto de pie.

El teniente avanzó hacia la puerta del despacho, que Sierra había dejado abierta al entrar, y la cerró.

—Estaba vestido para salir, y fue muy breve —dijo Sierra—, pero me parece que fue claro. Me dijo que regresó de Matanzas a eso de las once de la noche, y fue para su casa. Me dijo que no fue a guardar el camión enseguida porque estaba muy cansado y con hambre, y que prefirió ir a bañarse y a comer, descansar un rato y luego entregar el carro. No le importaba que fuera tarde, porque al otro día estaba franco.

Hizo una breve pausa y aclaró:

—Usted sabe, cuando los choferes hacen un viaje corto, a Matanzas o a Pinar, tienen un día franco. Si el viaje es largo, por ejemplo, a Las Villas o Camagüey, el franco es de dos días.

—¿Confirmaste su declaración? —preguntó Román volviéndose hacia Cabada.

—Sí, claro —respondió el sargento—, salí de la casa con Abreu, que se iba, y fui hasta el CDR donde me informaron que, efectivamente el camión estuvo parqueado frente a la casa de Abreu desde las once hasta las dos, poco más o menos. Incluso me mandaron a ver a uno de los cederistas que estuvo de guardia anoche. Una mujer. Vio a Abreu salir de su casa a eso de las doce. Lo conoce y habló con él. Abreu le dijo que iba a la farmacia; a una que está en Zanja, al doblar. En efecto, volvió a los quince o veinte minutos. La mujer

pasó incluso después por la farmacia haciendo el recorrido y lo vio saliendo y llamando por teléfono.

—¿Y Abreu te había dicho eso? —inquirió Román arrugando las cejas.

—No, eso no me lo dijo; pero, de todos modos, creo que no altera para nada su coartada —replicó Sierra—, porque la muchacha lo vio entrar en su casa. Salió otra vez como a las dos, y entonces le dijo que se iba a Bejucal a entregar el camión.

Román se quedó pensativo unos segundos. Sierra lo miró inquieto, como tratando de adivinar qué pasaba en esos momentos por la mente de su jefe.

—Sí, tienes razón —dijo por fin el teniente—; eso no altera gran cosa su coartada. No pudo estar en Bejucal de ningún modo. ¿Tienes algo más?

Sierra sonrió:

—Eso mismo iba a preguntarle yo a usted; a mí, francamente, se me acabaron los datos.

—Bueno, tenemos un sospechoso —dijo Román frotándose la frente con una mano—; dile a Cabada que te informe en detalles. Él estuvo en el interrogatorio y tiene instrucciones mías al respecto. Yo tengo que irme ahora mismo.

Román tomó el portafolio que estaba sobre el buró.

—Sierra —dijo—, haz que pongan chequeo a la casa de Teodoro Gómez y a la de su novia, Victoria Carreras. Ahí está su dirección, sobre tu buró. Tú no te vayas hasta que yo regrese o te llame por teléfono, ¿ok?

—Entendido —respondió Sierra.

Román llegó a la puerta; la abrió y salió cerrándola tras de sí. Pero a los pocos segundos la puerta se abrió de nuevo y Sierra vio asomar la cabeza de Román:

—Ah, se me olvidaba —dijo el teniente muy serio—: dile a los compañeros que vas a poner a hacer el chequeo en casa de Viki Carreras que si ven llegar a un hombre de unos treintaicinco años que maneja un VW color crema que no lo detengan: soy yo, que ahora mismo salgo para allá.

Sierra soltó una carcajada.

8:18 p.m.

La muchacha que abrió la puerta era realmente muy bella. A Román le sorprendió un poco que fuera ella la que le preguntara:

—¿Es usted el teniente Román?

El oficial hizo un gesto de asentimiento con la cabeza, e iba a hablar, pero la muchacha salió a la calle cerrando cuidadosamente la puerta, como tratando de no hacer el menor ruido. Román dejó de oír la voz del televisor que llegaba desde el fondo de la casa y las voces agudas de dos o tres niños que hablaban y reían.

—Prefiero que hablemos fuera si usted no tiene inconveniente —dijo Viki Carreras.

Román miró breves segundos aquellos limpios, grandes ojos color miel.

—Como usted quiera —dijo por fin.

Echó a caminar hacia el VW parqueado en la calle San Francisco. A su lado marchaba la muchacha, resuelta y silenciosa.

Román abrió la puerta del auto y Viki se acomodó en el asiento. El teniente dio la vuelta y se sentó frente al timón.

—¿Podemos hablar aquí mismo? —preguntó el oficial.

Viki hizo un gesto afirmativo y dijo enseguida hablando atropelladamente:

—¿Sabe? Fidelina, la mamá de Teo, me llamó hace un rato. Está muy preocupada porque él no ha llegado todavía. ¿Qué es lo que pasa? ¿Hizo algo?

Román negó con la cabeza.

—No podemos saber nada hasta que él no aparezca. Por eso vine a verte. ¿Se te ocurre dónde puede estar él?

Viki hizo el mismo gesto con la cabeza que antes había hecho el teniente.

—No —dijo—; he estado pensando en eso desde que Fidelina me llamó y me dijo que usted iba a venir a verme. Pero, ¿ha hecho algo?

Román pasó las manos por el timón. Había comenzado a lloviznar de nuevo; finas gotas de lluvia pegaban ahora contra el parabrisas, y luego corrían suavemente por el cristal.

—Mira. Viki —empezó a decir Román—; voy a ser totalmente sincero contigo, porque necesito tu ayuda.

Se detuvo un segundo. La miró.

—El asunto es muy grave. Han matado a un hombre, el sereno de la base donde trabaja Teo; y él es, precisamente, el único trabajador de la base que no ha aparecido.

Viki se quedó mirando a Román sin parpadear; sus grandes ojos color miel habían perdido en un segundo el brillo.

—¿Quiere usted decir...? —articuló las palabras con gran trabajo, y ni siquiera concluyó la frase.

Román la tranquilizó. Le contó, a grandes rasgos, lo ocurrido.

—Yo no puedo creer que Teo sea capaz de una cosa así; Teo es incapaz de...

Iba a decir *matar*, o *asesinar* tal vez, quién sabe; pero no dijo más. Se quedó súbitamente silenciosa, con los ojos perdidos, fijos en ningún sitio.

Pasó algo más de un minuto. Sólo se oía el golpeteo incesante de las gotas de lluvia contra el parabrisas, y, a lo lejos, un rumor apagado de autos y guaguas.

—¿Cómo es Teo? —preguntó Román por fin, volviéndose un poco en el asiento y encarándose con la muchacha.

Viki extrajo un Aroma de una caja medio vacía que llevaba en el bolsillo de su chaqueta; Román sacó su fosforera y le encendió el cigarro.

La muchacha le dio una larga fumada a su Aroma y se alisó el cabello:

—Mire —dijo muy lentamente—, es verdad que Teo no tiene un carácter fácil; ha tenido muchos problemas de crianza ¿sabe usted? El padre se emborrachaba y le pegaba a la madre. Después vino la muerte del padre, cuando Teo tenía once años. Además, la propia Fidelina: es muy buena y lo quiere mucho, pero nunca ha sabido educarlo como es debido.

Román oía con admiración a la muchacha. Le parecían muy maduras sus opiniones, muy profundas. El aire de preocupación contrastaba con aquel rostro juvenil como una mancha de tinta sobre un mantel muy blanco.

—Fidelina la consiente demasiado —siguió diciendo Viki Carreras—; todo se lo justifica. Yo creo que le tiene un poco de lástima en el fondo; pero a la larga, le hace más mal que bien. Teo es en el fondo un muchacho muy bueno; pero hay que llegar hasta él rompiendo una muralla, ¿comprende?

—Sí, comprendo —dijo Román, pensando que aquella muchacha habría sido una buena sicóloga.

—Es un poco, qué diría yo... asocial. Sí; digamos, es muy rebelde y no siempre hace las cosas como debiera...

—¿Por ejemplo? —dijo Román.

—Qué sé yo. En fin, me contó una vez que estando en el Servicio Militar se escapó y tura un problema serio. Eso fue antes de conocernos, naturalmente; de entonces para acá él he mejorado. A veces discutimos todavía. Teo quiere llegar a las cosas por el camino que le parece más fácil. Dice que está cansado de ganar poco y yo le digo que estudie, que se supere, pero no me ha hecho caso hasta ahora.

—¿Conoces a los amigos de tu novio?

Viki abrió la ventanilla y botó la colilla de su cigarro.

—Bueno, mire —dijo volviéndose de nuevo hacia Román—; a usted le parecerá raro tal vez, pero yo no conozco apenas a los amigos de Teo. Salimos solos; a veces con amigos míos.

—¿Él no tiene amigos? —preguntó Román.

—Sí, tiene, claro; pero nunca me he mezclado con ellos. Yo he visto a algunos. No me gustan. Nunca me gustaron. Teo lo sabe, y por eso quizá no me los ha presentado nunca.

—¿Te parecían mala gente? —la cortó Román.

—Es que tenían un aspecto... un tipo chusma, por decirlo así. Sí, para qué decirle otra cosa: no me parecían gente buena.

—¿Cómo eran?

—¿En qué sentido? —preguntó la muchacha.

—Sí, cómo eran —dijo Román—, qué tipo tenían.

Viki volvió a alisarse el pelo.

—Bueno, fíjese, la última vez que les vi... porque le estoy hablando de dos en particular, ¿sabe? Los he visto un par de veces. Teo y yo salíamos del cine Infanta y...

—¿Cuándo fue eso? —la cortó Román.

—El sábado pasado. Ellos estaban en el portal y lo llamaron. Teo dijo que lo esperaran y me acompañó a casa. Yo le pregunté que quiénes eran aquellas gentes; incluso le dije que no me gustaban; pero él se rio y me dijo que no me preocupara.

—¿Los volvió a ver? —preguntó Román.

—No sé, me imagino que sí, porque me dejó en la puerta y se fue enseguida. Los tipos eran dos, le dije; uno mulato y el otro blanco; como de treinta años los dos. Puede que el blanco fuera un poco mayor.

—¿Podrías describirlos?

Viki se quedó pensativa, con la vista fija en la pizarra del automóvil.

—No, teniente, me imagino que no. No tenían ningún rasgo así que los distinguiera de otros hombres. Tal vez si los viera; pero no creo que la descripción que yo pueda dar le sirva de mucho.

—A veces un detalle insignificante ayuda —dijo Román—; a ver, piensa un poco. ¿Conoces algún otro amigo de Teo?

Viki miró a Román; había tristeza en sus grandes ojos color miel.

—Bueno, el mejor amigo de Teo, antes, era Raúl, Raúl Trujillo. Estaban en el SMO... pero hace algún tiempo que están distanciados. Debieron de tener algún problema, porque hace unos meses yo le pregunté a Teo por él y me hizo un gesto de desagrado, pero no me respondió.

—¿Sabes dónde vive Raúl?

—Sí, yo le he ido a su casa varias veces, cuando Teo y yo empezamos de novios. Vive en San Nicolás, cerca de Lagunas. El número no lo recuerdo, pero si usted quiere yo lo puedo llevar allá.

—Bien, vamos —dijo Román.

De pronto Viki hizo un gesto; como si recordara algo.

—Espere, espere, teniente —dijo—. Me imagino que no debe estar en su casa, sino en la Facultad Obrera, ahí en la Manzana de Gómez. Estudia por las noches; debe estar ya en el último año.

Román, sin embargo, puso en marcha el motor.

—Voy a ir a la Facultad a buscar a Raúl —dijo—; no te preocupes, yo me las arreglo para dar con él. Lo que sí es bastante probable que necesite verte mañana otra vez.

Viki abrió la puerta del auto y se bajó.

—Cuando usted quiera, teniente —dijo cerrando suavemente la puerta—; y avísame enseguida que sepa algo de Teo, por favor.

—Seguro —dijo Román.

La muchacha echó a correr bajo la fina llovizna. Román la vio abrir la puerta y entrar a la casa; no se volvió a saludar.

Puso en marcha el VW y enfiló por San Lázaro. Al llegar frente al parque Maceo sintió la brisa helada que venía del mar.

9:35 p.m.

El director de la Facultad Obrera lo esperaba de pie, detrás de su buró. Román no pudo evitar pensar en Carbonell, el director de la base de camiones de Bejucal, porque lo había visto recibirlo del mismo modo, apenas esa misma mañana. Como Carbonell, el director de la Facultad era alto, delgado y bastante joven; sólo que la calvicie prematura lo hacía parecer mayor de lo que era. Su rostro, sin embargo, conservaba una expresión viva y juvenil.

Estrechó la mano a Román y lo invitó a tomar asiento. El teniente se quitó el jacket impermeable que estaba húmedo.

—¿Dónde puedo ponerlo? —preguntó mirando en derredor.

—Bueno —sonrió el director—; no hay ningún lugar muy a propósito que digamos. Pero póngalo allí, sobre aquel archivo.

Así lo hizo Román y luego se acomodó en uno de los butacones que había frente al buró del director. Sin rodeos, le explicó al hombre el asunto que lo traía: quería hablar con el alumno Raúl Trujillo para pedirle referencias sobre alguien a quien la policía quería encontrar.

El director lo escuchó atentamente.

—Seguro, teniente —dijo—; ¿sabe usted de qué año es Raúl Trujillo?

Román vaciló unos segundos:

—Debe ser del último año —dijo por fin—: pero no estoy en condiciones de asegurarlo.

—Bien —dijo el director.

Llamó por el teléfono que estaba sobre su buró y a los pocos segundos se abrió la puerta de cristales del despacho. Apareció la cabeza de una mujer a la que Román había visto unos minutos antes, en alguna parte del vestíbulo de la dirección. El director le pidió que buscara el expediente del alumno Raúl Trujillo. Entonces se volvió hacia Román y le preguntó si sabía el segundo apellido. Román negó con la cabeza.

—Lo importante es saber el año y el aula en que está —le dijo el hombre a la secretaria—. Cuando lo encuentres, busca a Trujillo y dile que necesito

verlo enseguida.

Cuando la mujer cerró la puerta, el director apoyó los codos en el escritorio y, mirando a Román rectamente, le preguntó con franqueza:

—¿Y no ha tenido ningún problema este alumno, teniente?

—Ninguno, compañero —dijo Román cruzando una pierna—; queremos que nos dé algunos datos sobre un antiguo amigo suyo. Es todo.

El director hizo un gesto de asentimiento con la cabeza. Se puso de pie y tomo un termo de café de encima de una mesita que estaba muy próxima a su buró.

—¿Un poco de café?

—Seguro que no me vendrá mal —respondió Román sonriendo.

Sirvió dos tazas. Le alcanzó una a Román y se bebió la suya de un golpe. Román sorbió su café lentamente y luego colocó la taza sobre la mesita donde estaba el termo. Se sentó y encendió un cigarro.

El Populares de Román estaba a medio consumir cuando se abrió la puerta y apareció de nuevo la mujer.

—Doctor, aquí está el alumno Trujillo —dijo.

—Que pase —respondió el director.

La mujer abrió completamente la puerta y le dio paso a un muchacho alto de pelo castaño que avanzó resueltamente hacia Román, que se había puesto de pie.

—Trujillo —dijo el director—; el teniente quiere hablar con usted.

Raúl Trujillo miró recto a los ojos de Román y sonrió extendiéndole la mano.

—Teniente Héctor Román.

Trujillo le estrechó la mano con vigor.

—Raúl Trujillo, compañero; ¿en qué puedo servirlo?

Román iba a contestarle, pero el director lo interrumpió.

—Los dejo solos —dijo—hágase la idea de que está en su oficina, teniente. Si desean café, no tienen más que servirse.

Román apreció la discreción del director y le hizo un saludo con la mano cuando salió del despacho. Volvió a mirar a Raúl Trujillo y le indicó que se sentara. Se acomodaron en dos butacones, uno frente al otro.

—¿Fumas? —preguntó Román llevándose la mano al bolsillo.

—No, gracias, teniente —respondió Raúl.

Román detuvo el gesto a mitad de camino. Se recostó en el sillón, cruzó las piernas y le preguntó al muchacho:

—¿Conoces a Teodoro Gómez?

Raúl Trujillo pareció no comprender enseguida la pregunta.

—Sí, teniente; fue amigo mío —dijo al cabo de unos segundos.

—¿Fue? —preguntó Román, devolviéndole la mirada recta que Raúl le lanzaba.

—Sí, teniente, fue —respondió el joven sin vacilaciones—. Tal vez esté mal que lo diga; probablemente Teo se ha metido en un lío y me desagradaría profundamente que usted piense que estoy tratando de zafarle el cuerpo. Pero ésa es la verdad y tengo que decírsela. Ya no es .mi amigo.

Se calló. Su rostro estaba sereno, pero en su boca apareció como una ligera mueca, en la que Román creyó ver un signo de preocupación.

—¿Tuvo algún problema grave, teniente? —murmuró por fin.

Román no respondió inmediatamente. Encendió un cigarro; miró de nuevo a Raúl, cuyo rostro estaba ahora ligeramente contraído, ansioso. Iba a preguntarle cómo y por qué pensaba que Teo Gómez había tenido algún problema, pero se dio cuenta de que Teo era para Raúl de aquella clase de personas de las que se puede esperar algo así. Por eso prefirió decirle en voz baja:

—Me temo que sí, muchacho.

Raúl Trujillo respiró hondo; Román vio una sombra de pena en su rostro.

—¿Cómo es Teo Gómez? —le preguntó.

El rostro de Raúl Trujillo pasó de la pena a la sorpresa.

—No comprendo bien su pregunta, teniente: ¿en qué sentido usted lo dice?

—Simplemente —dijo Román descruzando las piernas—, necesito saber qué clase de gente es; para ti, quiero decir.

Por primera vez Raúl Trujillo bajó la vista, pensativo.

—Depende —respondió alzando la cabeza, al cabo de algunos segundos.

—Explícate —dijo Román.

—Quiero decir... Él cambió mucho, ¿sabe, teniente?

—¿Cambió?

—Sí, sí, cambió —dijo Raúl moviendo la cabeza—; yo lo conocí en el Servicio Militar, hace cinco años. Estuvimos juntos en una unidad de infantería y allí nos hicimos buenos amigos.

Raúl Trujillo calló.

—¿Le molestaría darme un cigarro ahora? —volvió a decir.

Román sonrió, sacó el paquete de Populares, le alargó uno y se lo encendió. Raúl Trujillo le dio una chupada ansiosa, y luego exhaló el humo sin absorberlo.

—Éramos buenos amigos —continuó—, muy buenos amigos. Usted sabe, teniente, éramos un poco el uno complemento del otro.

—¿Qué quieres decir?

—Sí —dijo Raúl— le voy a explicar. Teo en aquel entonces era una gente bastante impulsiva y yo era todo lo contrario. O más bien, soy todo lo contrario. Yo le servía de equilibrio a él; lo compensaba. Y él a mí.

Raúl se puso de pie, alargó la mano y apagó el cigarro en el cenicero que estaba sobre el escritorio del director. Se volvió a sentar y continuó:

—Yo diría que Teo, en esa época, era un muchacho díscolo; pero no era mala persona. Era de un carácter difícil. No es por justificarlo, pero creo que en gran medida se debía a... en fin, los sicólogos hablan de eso, me refiero a su padre.

—¿Qué pasaba con su padre? Creo que murió cuando él era todavía un niño, ¿no? —preguntó el teniente.

—Sí, murió. Era un ser despreciable. Se emborrachaba, le pegaba a la madre y... en fin. Teo hablaba siempre con odio de él. Murió cuando Teo tenía diez o doce años. ¿Entiende lo que quiero decirle?

—Sí, entiendo —dijo Román—. Continúa.

—Era un muchacho difícil en aquella época. Recuerdo que en nuestra primera semana en un campamento por allá por la Habana del Este, Teo se fajó en las duchas con un recluta, un negro, un tipo gigantesco, con unas espaldas así —Raúl separó las manos en el aire, mostrando el tamaño de aquellas espaldas—. El negro lo desbarató, porque Teo, no sé si usted lo ha visto, no es muy fuerte; es así como yo, un poco más bajito incluso. Pues lo tiró al piso varias veces a trompadas, y Teo siempre se paraba y le iba para arriba. Aquello duró como diez minutos, hasta que llegaron dos oficiales.

Raúl hizo una pausa y continuó:

—En las duchas había dos o tres reclutas, pero no se metieron. El negro al principio se reía; pero después ya no; incluso le decía: «está bueno ya, muchachito». Teo estuvo varios días con la cara hinchada como una chirimoya. Pues bueno, ¿sabe usted qué dijo cuando entraron los oficiales y lo encontraron en el piso con la cara llena de sangre? Pues dijo que había resbalado con un pedazo de jabón. No lo creyeron, naturalmente.

Miró al techo como buscando entre sus recuerdos.

—Teo era un muchacho valiente, teniente.

—Ya veo —respondió Román—. Ya veo. ¿Cómo se hicieron amigos?

—No le podría decir, teniente. Tal vez empezamos a hablar por casualidad. Sí, recuerdo que en el primer pase que tuvimos, salimos juntos; fuimos a una fiestecita por la Víbora; los quince de una amiga mía. Allí conoció a la que es hoy su novia. ¿No habló usted con ella? Se llama...

—Viki Carreras —lo interrumpió Román—. Sí, hablé con ella. Fue ella la que me dijo que tú eras el mejor amigo de Teo. En fin, que lo habías sido.

Raúl bajó la cabeza.

—Realmente, hubiera querido seguir siéndolo, teniente. Pero ya le dije... Teo cambió mucho.

—Sigue hablándome de él —le dijo Román con voz suave.

Raúl guardó silencio un instante. Levantó por fin la cabeza y miró a Román.

—En los tres años que duró el Servicio fuimos inseparables. Él quería estudiar ingeniería y yo arquitectura. Hacíamos muchos planes. Con el único con que se sinceraba era conmigo, yo creo.

Me contó lo de su padre; que la mamá era epiléptica.

—¿Es epiléptica? —preguntó Román, sorprendido.

—Sí, la pobre. ¿La conoce usted? Es un alma de dios. Aunque, en mi criterio, le ha hecho daño a Teo.

—¿Por qué? —preguntó Román, aunque se imaginaba la respuesta.

—Sobreprotección, como dicen los sicólogos —dijo Raúl—. Es natural, claro. El hijo más pequeño, el único varón, el padre muerto. Y cómo murió.

—Ella me dijo que el padre de Teo había muerto de un infarto— aseguró Román.

—¿Le dijo eso? —balbuceó Raúl.

—¿No es cierto? —preguntó Román con lentitud.

—No, teniente, no es cierto.

—¿Sabes tú de qué murió?

Raúl bajó la cabeza.

—Sí.

—¿De qué?

—Un accidente —respondió el joven sin alzar la vista.

Levantó de pronto la cabeza. Estaba tenso

—¿Viki no le ha dicho nada?

—No —respondió Román, intrigado—. Dime ¿qué accidente fue ese?

—Parece... —murmuró Raúl— ...él era casi un niño, teniente...

Román esperaba.

—Ya le dije que el padre le pegaba. A él y a la madre —siguió Raúl—. Parece que una noche... Porque él se emborrachaba a menudo, como le dije.

Raúl hablaba incoherentemente. Román se fijó en que sus manos temblaban.

—Pues una noche le pegó mucho a la madre... Creo que ella tenía un ataque, pero él le pegó de todos modos. Y Teo lo empujó. Lo empujó, sí. Claro, él tenía diez años, u once.

—¿Lo empujó? —preguntó Raúl.

Román bajó la vista y cerró los ojos un instante. Su rostro se contrajo.

—¿Viki sabía eso? —dijo sin alzar la vista.

—No sé —dijo Raúl—. A lo mejor no lo sabe.

Román levantó la cabeza. Su rostro parecía nuevamente tranquilo.

—Bien, continúa. ¿Por qué dejaron de ser amigos ustedes?

Sacó el paquete de cigarros, tomó uno y le ofreció otro a Raúl, que no lo rechazó.

—No me gustaban sus amistades —dijo Raúl—. En fin, algunos amigos que empezó a tener después de salir del Servicio.

—¿Qué clase de amigos? —preguntó Román.

—Gente mierda, teniente. Excúseme, pero eso es lo que eran.

—¿Tú los conocías? —volvió a preguntar Román sin prestar atención a la disculpa del muchacho.

—A uno lo vi un par de veces. Teo lo conoció en una época en que quería comprarse una moto. Entonces trabajaba en una gasolinera, ahí en Infanta, bastante cerca de su casa.

—¿Cuándo fue eso? —inquirió Román, que ahora había comenzado a anotar en su *block*.

—Bueno, trabajaba allí... empezó hace dos años, cuando salimos del SMO.

—No —dijo Román—. Me refiero a lo de la moto.

—Ah —dijo Raúl— de eso hará un año, más o menos. Me dijo que le estaban vendiendo una moto y un día fuimos a verla. Por el Parque de la Fraternidad. El tipo que se la iba a vender estaba allí. No me gustó nada aquel tipo. Después Teo no compró la moto, pero siguió relacionado con él y con otros.

—Cómo sabías tú que eran... en fin, gente mierda, como tú dices.

Raúl hizo un gesto con la mano derecha, en la que tenía sujeto el cigarro.

—Había que verlos nada más —dijo—. Pero no era eso sólo, es que el mismo Teo empezó a cambiar. A meterse en negocios. Lo del estudio se le había olvidado por completo.

—¿Qué clase de negocios?

Raúl dudó antes de hablar.

—Fíjese, teniente...

—Yo no estoy aquí por eso —lo interrumpió Román—. Pero si de veras quieres hacer algo por el que fue tu amigo, dime todo lo que sepas.

—Ropa y esas cosas —dijo Raúl bajando la cabeza—, bolsa negra.

Alzó de nuevo la vista y dijo:

—Yo le hablé duro muchas veces, porque me parece que él me respetaba. Pero un día me insultó, y no nos vimos más.

—¿Por qué te insultó? —preguntó Román.

—Yo le dije que aquello era una mierda de él, y que aquellos tipos no eran revolucionarios, que eran una pila de delincuentes.

—¿Y Teo era revolucionario?

—En el Servicio, sí —dijo Raúl sin dudar—. Un poco apático, quizá. Pero no creo que no lo fuera. El problema fue después... Mire, teniente, es que no se puede ser revolucionario y andar con esos tipos.

Román estiró el brazo y apagó su cigarro contra el cenicero. Raúl hizo lo mismo.

—Raúl —dijo Román— ¿te acuerdas de alguno de esos tipos? Piénsalo bien, que es muy importante.

—Me acuerdo por lo menos de uno —dijo Raúl enseguida—. Del de la moto. A ese le decían *Carragua*.

Román anotó en su *block*.

—*Carragua* —murmuró—. ¿Cómo era?

—Medio mulatico. ¡Ah! —dijo—, y entonces andaba casi siempre por Prado, por el cine Fausto, porque Teo me decía que lo iba a ver allí.

—¿Qué edad tenía? —volvió a preguntar Román.

—Veintitantos —dijo Raúl—. Era flaco, pero sumamente musculoso, fuerte.

—¿Eso es todo? ¿No tienes algún otro dato?

—No, teniente —dijo Raúl—; creo que no.

11:32 p.m.

Román apagó el motor del VW en el parqueo. Sacó la cabeza por la ventanilla y sintió la fina lluvia, muy fría, que otra vez estaba cayendo sobre la ciudad. Se ajustó el jacket verdeolivo, abrió la puerta del auto y salió a la noche.

Avanzó rápidamente por el parqueo en penumbras buscando la puerta del edificio. No había nadie en los alrededores, probablemente por aquel tiempo lamentable.

El teniente saludó al soldado de guardia frente a la entrada y franqueó el umbral para tomar el elevador.

Cuando entró en su oficina minutos después, Sierra dormitaba con los pies encima del buró. Román lo miró con afecto y sonrió.

El teniente era en realidad un hombre parco en mostrar sus sentimientos, pero le había tomado verdadero cariño a aquel joven vivaz, inteligente, aunque todavía algo inexperto.

Sierra cabeceó en su silla y Román dijo, risueño, en voz alta para despertar al sargento:

—Vaya manera de vigilar... Le llevan la oficina, sargento.

Sierra abrió y cerró los ojos varias veces, sacudió la cabeza y miró a Román con cara de asombro.

—Arriba —le dijo Román—; tenemos mucho que hablar.

Sierra se incorporó sin decir palabra, fue al baño y se echó un poco de agua fría en la cara. Se secó con el pañuelo y regresó al cubículo. Se sirvió café en la misma tapa del termo y se lo bebió de un trago. Ahora sonreía él también.

—Hay varias cosas interesantes —dijo con la voz todavía un poco pastosa.

—Pues vamos allá, a ver si esto se encamina por fin —le respondió Román dejándose caer en su silla giratoria.

—Cabada —empezó Sierra— fue a buscar a Reina, la de Felo Cárdenas. Estuvo en el Cabaret Nacional, en el Parque Central, por Prado, en fin... nada.

—¿Nadie que la conociera?

—Bueno, Cabada preguntó y nada —dijo Sierra—: nadie le pudo dar ningún dato sobre ella. No saben quién es. Figúrese.

Román se puso de pie, se acercó a la mesita en la que estaba el termo y se sirvió también un trago de café en la misma tapa. Se veía agotado por el intenso trabajo del día.

—Un rato antes de llegar usted salió de aquí el empleado que hizo anoche el turno de diez a seis en La Pampa, la posada esa de la calle Marina. Lo fuimos a buscar a ver si podía reconocer a Felo Cárdenas, pero dice que no lo recuerda.

El sargento hizo una pausa.

—Cárdenas se puso muy nervioso en el encuentro con el hombre; protestó, discutió con él, pero el hombre seguía en sus trece. Decía que allí va mucha gente y que sí, que a lo mejor era verdad que Cárdenas fue allí anoche pero que él no podía asegurarlo. La cosa está fea para Felo, teniente —dijo Sierra e hizo una breve pausa—; y más todavía con lo que le voy a decir.

Román hizo ademán como de preguntar algo, pero se contuvo. Fue Sierra el que volvió a hablar.

—Investigamos al amigo ese de Cárdenas, el tal *Cuco Mazorra*. En realidad, se llama Rolando Bengochea Reyes. Le dicen *Mazorra* porque ha estado ingresado dos veces en el Siquiátrico. Está fichado como rascabuchador. Cumplió seis meses en una granja en Quivicán por eso. Parece que fue allí donde lo conoció Felo.

Román encendió un cigarro.

—Es mecánico de automóviles —continuó Sierra—; trabaja en un taller de rectificación de cigüeñales que está en Infanta, pero también hace trabajos por su cuenta, ¿qué le sugiere eso?

—Sí —murmuró Román—; es verdad: un buen contacto para vender piezas en bolsa negra, ¿no?

—Exacto —dijo Sierra dándose un golpe con el puño en la palma de la mano—; aunque... bueno, aunque eso se contradice con el hecho real de que no hay robo.

El rostro del sargento había pasado de la animación a la decepción en un segundo. Román sonrió. Echó una larga bocanada de humo y miró al techo.

—Mira, Sierra —dijo por fin—; si nos dejamos frenar por todo lo que parece contradictorio en este caso, no avanzaremos ni un milímetro. Observa: primero, no hay robo, a pesar de que había montones de piezas valiosas en el almacén y varios miles de pesos en la oficina. Deberíamos pensar en una venganza, aunque generalmente la venganza es obra de un solo asesino, y estoy seguro de que en este crimen hubo algo más que un par de manos. Y, para colmo, el robo del revólver de Zuaznábar.

El teniente hizo una pausa. Volvió a fumar.

—O este crimen está ejecutado con suma habilidad, o sus contradicciones son, simplemente, fruto del error. No hay que desechar enteramente la posibilidad de que el móvil haya sido el robo y que por alguna razón los ladrones hayan fracasado en el intento. Pienso que mientras no tengamos más datos, más elementos para el análisis, hay que investigar en todos los sentidos. ¿Interrogaron a ese que le dicen *Mazorra*?

—No —respondió Sierra— nos limitamos a investigar sobre él.

—Interróguenlo —dijo Román dejando el cigarro en el borde del cenicero—; comprueben con él la declaración de Cárdenas. No creo que su testimonio

sea muy confiable, pero tal vez pueda ayudarnos a completar la información sobre Felo. Y después del interrogatorio pónganle chequeo.

Román volvió a tomar el cigarro del cenicero, le dio una chupada y lo aplastó en el fondo del pozuelo de cristal.

—¿Hubo algo de Teo Gómez? —pregunto.

Sierra hizo una mueca de desaliento.

—Nada. No ha ido a su casa ni a la de la novia.

Fue en ese instante cuando sonó el teléfono.

Dio dos timbrazos antes de que Sierra levantara el auricular después de murmurar.

—Seguramente que es Cabada, o algo del chequeo.

El teniente escuchó a Sierra murmurar «ordene» y, unos segundos después: «sí, pase la llamada» y enseguida, «¿quién habla?»

Entonces miró a Román e hizo un gesto de interrogación con las cejas.

—Es para usted, teniente —dijo, y le alargó el auricular.

Román no se molestó en preguntarle a Sierra quién era; sabía que la voz del otro lado de la línea no se había identificado.

—Diga —murmuró.

Hubo algunos segundos de silencio.

—¿Oigo? —volvió a decir Román un poco más alto.

—¿Es el teniente Héctor Román? —dijo por fin una voz de hombre muy lejana.

—Sí, soy yo.

De nuevo hubo algunos segundos de un silencio dominado por la estática.

—¿Me oyó? —gritó Román.

—Sí, le he oído —volvió a decir la voz lejana. Tengo que hablar con usted ahora mismo Es urgente.

Román miraba fijamente a Sierra.

—¿Quién es el que habla? —volvió a decir Román en voz alta.

De nuevo el silencio. Un silencio que a Román le pareció interminable.

—Tengo que hablar con usted ahora mismo —volvió a repetir la voz lejana.

—Sí, ya le he oído; pero, ¿quién es el que habla, por favor?

—La última persona que vio vivo a Erasmo Zuaznábar —respondió la voz del otro lado de la línea.

El miércoles 20 de diciembre de 1973

12:05 a.m.

El hombre accionó el pequeño resorte y el magazine salió a medias de la empuñadura de la pistola con un leve chasquido; de un tirón terminó de sacarlo, y lo tiró sobre la cama. Rastrilló un par de veces la pistola y disparó en seco. La dejó suavemente sobre la cama y tomó de nuevo el magazine; presionó con el pulgar sobre la primera bala y la empujó hacia adelante: la bala 32 saltó sobre la blanca superficie de la sábana. Repitió la operación y las balas fueron cayendo sin ruido, unas junto a las otras.

Cuando el magazine estuvo vacío, lo colocó junto a la pistola y comenzó a contar con la vista las balas esparcidas sobre la cama: contó nueve.

El hombre, entonces, se puso de pie. Caminó hasta la mesita que había junto a la ventana. Abrió una gaveta y buscó debajo de unos papeles. Encontró la caja. La sacó y la colocó encima de la mesita. Era una caja de un cartón muy grueso. Levantó la tapa y sacó una bala.

Volvió a guardar la caja en la gaveta, regresó y se sentó de nuevo en la cama. Cogió el magazine y colocó la bala, haciendo una operación inversa a la anterior. Una a una fue colocando las balas: contó diez. El magazine estaba lleno, y el hombre, con un golpe seco, lo metió en la empuñadura de la pistola.

Colocó la pistola debajo de la almohada y miró hacia la ventana abierta. Ahora se veía un pedazo de cielo oscuro, entre los semi-iluminados edificios.

El hombre consultó su reloj de pulsera. Se tendió en la cama y estiró las piernas. Sacó una caja de cigarrros y un encendedor del bolsillo de la camisa.

Encendió un cigarro y dejó los cigarros y el encendedor a su lado, cerca de la almohada.

Se volvió un poco sobre sí mismo, estiró la mano y apagó la pequeña lámpara de pantalla verde que había sobre una mesita de noche, al lado de la cama.

El cuarto quedó en penumbras. Y en la penumbra parecía flotar la débil incandescencia del cigarro del hombre, que se quemaba lentamente.

12:25 a.m.

La puerta larga y gruesa, pintada de gris oscuro, se abrió un poco.

—¿Es usted, teniente? —dijo desde dentro una voz que Román reconoció como la misma voz ronca que le hablara por teléfono media hora antes.

—Sí, soy yo —murmuró.

La puerta se abrió casi totalmente y el teniente vio aparecer la figura de un hombre de fuerte complexión, negro, que debía andar por los cincuenta años. El hombre se sorprendió un poco al ver dos sombras, en lugar del único hombre que él aguardaba: pero después de unos segundos, esto no pareció afectarle en nada.

—Pasen y siéntense —dijo.

La sala, antigua y espaciosa, albergaba un viejo juego de sillones de pulimentada y oscura madera. En una esquina había una mesita pintada de blanco y encima de ella una lámpara, que tenía la única luz encendida de la casa.

Román y Sierra se sentaron en el sofá y el hombre arrastró hasta ellos un balance. El sargento había colocado sobre la mesa una grabadora de cassettes y, sin darle mucha importancia, la había puesto a funcionar. Lavigne lo advirtió; cruzó con Sierra una mirada, bajó la vista un segundo y luego la levantó dejándola en Román:

—Perdone que lo haya hecho venir a Bejucal a esta hora —le dijo en tono casi apenado—; pero creo que le tengo que decir algo importante.

Hizo una pausa. Durante una brevísima fracción de segundo sus ojos pequeños se posaron sobre la grabadora; pero enseguida volvieron a fijarse en los de Román:

—Yo me llamo Lavigne, Máximo Lavigne, y trabajo aquí en la unidad de carga por camiones. Soy el mejor amigo que tenía Erasmo Zuaznábar.

Hizo silencio nuevamente. Volteó la cabeza y miró hacia el corredor en penumbras.

—Usted ¿se imaginará cómo he sentido su muerte —continuó diciendo, pero con la vista fija en algún punto de las sombras del corredor.

Lentamente volvió al cabeza y Román vio que sus ojos estaban apagados, enrojecidos.

—Él no se merecía una muerte así, compañero.

La voz le temblaba un poco.

—Era un hombre de verdad, teniente; un revolucionario, desde la época de Guiteras.

Lavigne se hecho hacia adelante en el sillón. Alargó la mano y tomó un tabaco a medio consumir que estaba sobre la mesa de la sala. Ralló un fósforo y lo encendió. Román lo miraba con sumo interés. Lavigne volvió a hablar.

—A mí me extrañó mucho su muerte; sobre todo por la forma en que lo mataron.

Román creyó ver, bajo las densas volutas de humo que envolvían el rostro de Lavigne, una expresión de contenido odio. El humo se fue disipando. Lavigne volvió a darle otra fumada al tabaco.

—A Zuaznábar lo sorprendieron, teniente; lo enmarañaron; eso se lo aseguro.

Su voz vibraba; era dolor; pero era también odio. Román pensó que no se había equivocado.

Lavigne mordió nerviosamente el tabaco.

—Estaba acostumbrado a jugársela desde muchacho —continuó—; muy poca gente lo sabía en la unidad; pero él se había visto, no una, sino muchas veces, la muerte ahí mismo; en el treinta.

Román pensó por un instante hacerle una pregunta; pero se daba cuenta de que Lavigne no había llegado al centro de su relato; que estaba dando vueltas en torno a lo que de veras quería decirle.

—El día en que mataron a Erasmo, esa noche yo estuve en la unidad hasta tarde —volvió a decir Lavigne—; la guardia de Erasmo empezaba a las diez,

pero él llegaba antes siempre, más o menos entre las nueve y cuarto y las nueve y media.

De nuevo los ojos de Lavigne buscaron aquel punto impreciso entre las sombras del corredor.

—Llegaba siempre a esa hora —continuó diciendo, sin mirar a Román y como abstraído—, caminando despacio, como siempre, y con su perro.

—¿Usted lo vio llegar esa noche? —preguntó Román por fin.

El hombre lo miró; pero Román se dio cuenta de que sus ojos estaban de nuevo ligeramente enrojecidos.

—Sí, sí lo vi —respondió echándose hacia atrás en el balance y llevándose el tabaco a la boca—: llegó como a las nueve y cuarto o nueve y veinte. Yo estaba en el parqueo trabajando con unos camiones que tenían que salir al otro día.

—¿Y usted no vio al compañero que estuvo de guardia hasta las diez?

—Sí —dijo Lavigne con seguridad—; era Roque, el chofer.

Román encendió un cigarro. Trató de reordenar lo que le había dicho Roque o Catalá, el jefe de transporte.

—Sin embargo, él no lo vio a usted. Nos dijo que había un mecánico. ¿Usted es mecánico?

—Sí, soy mecánico —respondió Lavigne—. Yo sí lo vi a él. Yo pasé del taller al parqueo y lo vi en la caseta, hablando por teléfono, pero no le dije nada. Incluso lo vi irse, para que usted vea. Pero puede ser que él no me haya visto a mí.

—Roque se dio cuenta de que había un mecánico trabajando en el parqueo; se asomó entre los vehículos y vio a un hombre metido debajo de un camión, bastante distante de él. Pero no lo identificó.

Lavigne haló el humo de su tabaco y lanzó una gran bocanada.

—Era yo mismo.

—¿Y usted habló con Zuaznábar esa noche?

—Claro —dijo Lavigne—, claro.

Su tabaco se había apagado. Lavigne lo dejó en el cenicero.

—Erasmus fue donde estaba yo; cuando se dio cuenta de que había alguien en el parqueo fue a ver quién era.

—¿De qué hablaron? —le preguntó Román.

—Bueno —hizo un gesto con la mano—, de pelota, del frío. No me acuerdo. Creo que nada...

Román imaginó como iba a terminar Lavigne aquella frase, pero quiso precisarla.

—¿Nada que le hiciera a usted pensar? —dijo—; en fin, ¿nada que vea ahora relacionado con lo que pasó allí, después?

—Exacto —dijo Lavigne—. Mire, yo estuve asegurándole los clanes a un camión que estaba bastante cerca de la caseta. Creo que fue lo último que hice esa noche. Erasmo estaba sentado en la puerta de la caseta y hablábamos. Después me dio un trago de café y al ratico me fui.

—¿Y qué hora sería? —inquirió Román.

—Los diez, más o menos.

Román apagó su cigarro en el cenicero.

—Lavigne —dijo, mirándolo a los ojos—; usted no me ha dicho todavía lo que quería decirme. Estamos esperando.

Lavigne se puso de pie; dio unos pasos indecisos por la sala, seguido por las miradas de Sierra y de Román. Lentamente, muy lentamente volvió a sentarse en el balance. Respiró hondo, levantó por fin la cabeza y miró a Román con decisión:

—Tiene razón, teniente, todavía no se lo he dicho. El problema es que, cuando yo me fui, como a las diez, se quedó alguien más en la unidad.

—¿Alguien más? —dijo Román— ¿Quién?

—Labrada, el jefe de personal.

A Román se le ensombreció el rostro por un fugaz instante.

—¿Usted está seguro? ¿Usted lo vio?

—No lo vi —dijo Lavigne, que se estrujaba las gruesas y grandes manos—, pero estaba allí, seguro: había luz en su oficina y cuando salí el carro estaba parqueado frente a la unidad.

—Eso no es prueba suficiente —dijo Román, buscándole la verdad a Lavigne.

Y, en efecto, Lavigne la soltó:

—¡Mire, ese tipo es un maraño! ¡Y Erasmo lo sabía! ¡Y él sabía que Erasmo lo sabía!

Román se dio cuenta de que habían llegado al final centro mismo del problema. Se tomó su tiempo. Encendió otro cigarro.

—Explíquese, Lavigne.

Lavigne tomó el cabo de tabaco del cenicero y se lo puso en la boca sin encenderlo. Estaba tenso, nervioso.

—Labrada sacaba piezas de la unidad para cosas personales —comenzó a decir—; resolvía cosas con eso. Yo no lo sé bien, pero el caso es que Erasmo lo paró una noche.

—¿Lo sorprendió? —dijo Román.

—No, ya lo había sorprendido antes, pero no le había dicho nada. Pero esa noche lo paró. Erasmo no tenía pelos en la lengua. Labrada salía con una caja del almacén y Erasmo le cantó las cuarenta. Le dijo que no podía sacar aquello así. Labrada se voló y le salió con que él era el jefe y que no tenía que darle cuenta de nada a un sereno, y que era un atrevido. Entonces Zuaznábar le dijo que se llevara las piezas de día si quería, pero no de noche, porque de noche la responsabilidad de lo que pasara allí era de él. Labrada estaba furioso, pero por fin no se llevó las piezas.

—¿Cuándo fue eso, Lavigne, y cómo usted lo sabe? —preguntó Román mientras le daba una larga chupada a su cigarro.

—Hace dos o tres meses, y lo supe porque el mismo Erasmo me lo contó.

Hizo una pausa y dijo enseguida, con un poco de orgullo:

—Yo creo que soy el único en la unidad al que Erasmo le contaba sus cosas.

Con rapidez y agilidad, Sierra le dio la vuelta al cassette, aprovechando que Lavigne había hecho una pausa; los ojos del hombre se posaron de nuevo en la grabadora. Volvió a encender su tabaco. Pero a Román no se le había escapado aquella mirada —la tercera— que Lavigne le echaba a la pequeña grabadora que manipulaba Sierra.

Sierra ya no miraba el magnetófono. Sus ojos estaban fijos en Lavigne que ahora volvía a hablar.

—Ésa no fue la primera vez que Erasmo lo vio, pero sí la vez en que Labrada lo hizo más descaradamente, y Erasmo no se aguantó más. Desde entonces, las relaciones entre los dos se hicieron muy tensas, a pesar de que después Labrada intentaba congraciarse con Erasmo.

—¿De qué manera? —preguntó Román.

—Empezó a saludarlo otra vez —dijo Lavigne—. Y no hace ni dos semanas Erasmo tuvo una discusión con Felo Cárdenas, un chofer de la unidad que es un tipo al que Erasmo no tragaba. Un vago, un irresponsable, que incluso...

—Sí, lo conocemos... —lo interrumpió Román—. Y la discusión también.

—Bueno, pues lo que hacía Felo, lo de coger el camión pa' sus negocios lo sabía mucha gente en la unidad. Y a mí me extrañaría mucho que Labrada no lo supiera, porque él está en todo. Mire —dijo cambiando de tono—, Carbonell, el director, es nuevo allí y le falta experiencia. Labrada se las sabe todas, y se las arregla para controlar todo lo que quiere controlar.

El tabaco de Lavigne se había vuelto a apagar, y el hombre lo dejó ahora sobre el cenicero de la mesa.

—Pero bueno —continuó—, lo que le decía es que Labrada llamó a Erasmo para decirle que se había enterado del asunto de Felo, que él había procedido muy bien y que lo que debía hacer era acusar a Felo ante el Consejo de Trabajo, que él lo iba a apoyar. Se ve que no conocía a Erasmo ni un poquito así —dijo, mostrando un pedazo del índice.

—¿Qué quiere decir con eso? —intervino Sierra, echándose hacia adelante en el sofá.

—Mire —dijo Lavigne—, a Erasmo no le gustaba andar acusando a nadie. Era un hombre y tenía su manera de ser, pero si Labrada hubiera sido otra clase de gente a lo mejor él hubiera acusado a Felo. Lo que no quiso fue hacerle el juego a ese tipo. Me acuerdo que me dijo: «Si él es más delincuente que Felo.»

Una mulata de unos cuarenta años se asomó por el pasillo a oscuras. Arrugaba los ojos, como quien se ha acabado de despertar. Estaba envuelta en una bata de casa.

—¿Pasa algo, Máximo? —dijo, mirando un poco asombrada a los dos hombres de uniforme.

—Nada —dijo Lavigne— estoy hablando con los compañeros del caso de Erasmo. Vete a dormir, anda. Yo voy enseguida.

—Está bien —murmuró la mujer—. Buenas noches.

La mulata se fue otra vez hacia el fondo de la casa, y Lavigne se echó hacia adelante en su balance justo en el momento en que Román apagaba su cigarro en el cenicero que estaba sobre la mesa.

—Teniente —le dijo en voz muy baja— Erasmo iba a hablar con Carbonell de lo de Labrada. Se lo iba a contar todo. Y estoy seguro de que lo habría hecho si anoche no lo hubieran matado.

Román lo miró fijo.

—¿Alguien más que usted lo sabía? ¿Labrada lo sabía? —le preguntó.

Lavigne se quedó pensativo unos segundos.

—Yo pienso que no —dijo al fin—; pero quién sabe.

—Lavigne —volvió a decir Román— ¿usted dejó ayer un cabo de tabaco en el parqueo de la base?

Lavigne lo miró asombrado. Aquella era, tal vez, la pregunta que menos esperaba en ese momento.

—Puede ser, claro —respondió por fin—. Yo fumo bastante y, como usted ve, fumo tabacos.

Román tomó el portafolio que tenía a su lado y extrajo el sobre de manila amarillo que Sierra preparara con los objetos hallados en el parqueo de la unidad. Extrajo una caja de fósforos de cuadritos blancos y azules. Se la mostró al hombre mientras le preguntaba:

—¿Es suya?

Lavigne hizo un ademán de ir a tomar la caja de fósforos, pero Román la retiró ligeramente. Entonces vio la L trazada con tinta de bolígrafo. Miró a Román que, sin pronunciar palabra, la abrió y pudo ver dos blancas tabletas, lo único que contenía.

—No —dijo mientras tomaba una caja de fósforos exacta de la mesa, pero sin la marca de la L. La abrió, ralló un fósforo y volvió a encender su tabaco—. No es mía, seguro.

El teniente volvió a guardar la caja mientras Sierra le preguntaba a Lavigne por Teo Gómez.

—¿Cómo se llevaba con Zuaznábar? —inquirió el sargento—. ¿Alguna vez Erasmo le habló a usted de él?

—Bueno, mire —Lavigne titubeó unos segundos, como si estuviera adecuándose al nuevo tema propuesto por Sierra—, ese muchacho es

relativamente nuevo en la unidad, no tenía amistad con Erasmo, pero a mí me parece que le caía bien.

—¿Quién le caía bien a quién? —preguntó Román.

—Teo le caía bien a Erasmo —precisó Lavigne—. Ahora, fíjese, teniente, eso es la idea mía. Erasmo no me lo dijo nunca así, pero algunas veces lo mencionó y me parece que hablaba de él con simpatía.

—Pero, ¿qué dijo concretamente? —insistió Román.

—Nada de particular —dijo Lavigne tratando de hacerse comprender bien—, eran cosas sin importancia: que si vino a guardar el camión, que si una noche se sintió mal; cosas así. Pero lo que me hace pensar que le caía bien era el tono que usaba para referirse a él.

Román miró a Sierra y se puso de pie. El sargento detuvo el magnetófono. Lavigne miraba ahora fijamente la grabadora.

—¿Hay alguna otra cosa? —le preguntó Román, que se había dado cuenta.

Lavigne levantó la cabeza y lo miró.

Román se quedó asombrado de pronto: Lavigne estaba sonriendo tímidamente.

—Excuse —dijo por fin, rascándose la cabeza—; ¿le sería mucha molestia...?

Señaló la grabadora.

—¿Qué cosa? —dijo Román intrigado.

—Bueno... ¿sería mucha molestia que yo me oyera un poquito? ¡Ah, nunca me he oído en un aparato de esos!

Román y Sierra se miraron y rompieron a reír.

Media hora más tarde viajaban en el VW, a toda velocidad hacia La Habana.

—¿Qué le parece todo? —preguntó Sierra.

Román le respondió sin mirarlo, mientras seguía atentamente la oscura y húmeda cinta de carretera que se desenrollaba ante él.

—Me parece una entrevista muy provechosa —dijo—; realmente muy provechosa.

Sierra iba a replicar algo, pero murmuró en ese instante: «Sierra...» y nada más. Dejó la frase en suspenso y, de pronto, detuvo el auto. El sargento

vio a Román dar unos cortes con el timón y enfilar por la carretera muy rápido, otra vez hacia Bejucal.

Llegaron enseguida. El teniente se apeó justo ante la puerta de la base de camiones, saludó al soldado que estaba de guardia y franqueó la entrada.

Batía un aire frío, muy frío y Sierra se cerró el zíper de su jacket hasta la garganta. En el parqueo había unos siete u ocho camiones. Fueron derecho a uno de ellos. Román buscó la caja de herramientas a su costado, que se abrió sin esfuerzo. Hurgó unos segundos en su interior. Luego cerró la tapa de la caja y fue hacia otro camión: repitió la operación.

—Nada —murmuró—; Sierra, ayúdame a revisar en los que quedan a ver si encontramos algo. Si hay alguna cerrada con candado rompe el candado; mañana le daremos alguna excusa a los compañeros.

—¿El hierro, teniente? —dijo el sargento.

—Sí, el hierro —respondió Román echándose hacia atrás la gorra—. Anda, vamos.

Buscaron afanosamente durante quince minutos, pero no encontraron nada. No tuvieron necesidad de romper ningún candado.

Román, sin decir una palabra, comenzó a caminar hacia la puerta; la cruzó sin saludar esta vez a la guardia.

Montaron en el automóvil. Román encendió el motor y el auto se puso en marcha.

En la carretera el aire era ahora más frío que antes; pero ninguno de los dos subió el cristal de su ventanilla. Sierra miraba al cielo, ahora un poco más despejado y con algunas estrellas, y sentía el aire quemante de tan frío contra su rostro.

—A lo mejor está en otro camión —dijo, volviéndose hacia Román.

—Sí, puede ser —dijo el teniente, y luego miró al sargento—. Te dejo en tu casa. Duerme un rato y llega temprano mañana. Yo voy a tirarme un poco en la oficina.

Sierra estuvo a punto de decirle que mejor fuera él también a su casa, pero finalmente no le dijo nada. Volvió a mirar por la ventanilla, y a sentir el aire de la noche, frío y quemante, contra su cara.

5:25 a.m.

Santiago se sentía feliz. Había empezado a amanecer y en el fondo de su embarcación se amontonaban ocho o nueve rabirrubias de regular tamaño y dos hermosos pargos; mucho más, en verdad, de lo que había pensado pescar en una madrugada tan mala.

Aunque estaba satisfecho, pensó que todavía podía echar un par de veces más el anzuelo. Sus dedos gruesos y ásperos comenzaron a ensartar una aleta de lisa, mientras sus ojos, de un azul indeciso, miraban allá, a lo lejos, las lucecitas parpadeantes de Santa Fe.

El mar estaba inquieto y hacía frío. Las olas pegaban con fuerza contra los costados del bote; pero Santiago se conocía como nadie el pulso del mar, y sabía que no debía hacersele resistencia: por eso se dejaba llevar por los vaivenes de la embarcación, encorvándose, como un árbol delgado batido por el viento.

Había amanecido, pero no había sol. Apenas una tenue claridad que se abría en abanico en la línea del horizonte, entre espesas nubes oscuras. Sin duda —pensó Santiago, que terminaba de trabar la carne casi podrida de la aleta en el grueso anzuelo— llovería a media mañana. Se arrodilló en el fondo del bote y su brazo delgado, pero musculoso comenzó a hacer girar por encima de su cabeza, cada vez con más fuerza, el anzuelo y la plomada. En el instante preciso soltó el nailon: el anzuelo y la plomada salieron disparados y se hundieron sin ruido a diez o doce metros del bote.

Santiago ató la pita de nailon a la horquilla de uno de los remos, sacó de un morral que estaba casi junto a sus pies desnudos una botellita, y bebió varios tragos —los últimos— de un café amargo y frío que había colado a las dos, poco antes de salir a pescar. Guardó la botellita ya vacía en el morral, y sacó un paquete de Vegueros. Se estiró y descolgó de la popa del bote una lámpara de luz brillante; levantó el cristal que protegía la llama y, antes de que el viento la apagara, encendió el cigarro, que se había humedecido un poco entre sus dedos. Guardó la lámpara con mucho cuidado en una caja de madera llena de trapos que había junto a la pesca de la madrugada, volvió a coger la pita entre sus dedos, y bostezó.

El cigarro se consumió casi enseguida por el intenso aire que batía del norte. Santiago lanzó al agua apenas una chispa que le quedaba entre los dedos y probó a dar dos o tres tirones a la pita, para ver si ya picaban; pero no encontró resistencia: todavía los peces no habían rondado la carnada.

Entonces, lo vio.

A quince metros de su bote, por el lado de proa, Santiago vio un objeto oscuro que flotaba en dirección a la costa.

A pesar de sus cincuenta años, Santiago tenía buena vista; tenía ojos de hombre de mar, rápidos para distinguir un tronco de un tiburón. Pero lo que sus ojillos de un azul indeciso veían no era ni un tronco ni un tiburón.

Sin darse cuenta, fue dejando escapar de entre sus dedos el nailon, que se iba rápidamente hacia el fondo. Sus labios resecos, cuarteados, comenzaron a temblar ligeramente. Abrió y cerró los ojos, como para no ver más lo que estaba viendo. Pero ahí seguía, medio envuelto en un saco, flotando boca abajo.

Era el cuerpo hinchado de un hombre.

7:00 a.m.

Román se inclinó sobre el cuerpo que yacía en una camilla, debajo de unos árboles, a veinte o treinta metros de la costa. Recordó el cuerpo de Erasmo Zuaznábar, que había visto apenas veinticuatro horas antes, a pesar de que este muchacho no se parecía en nada al sereno. Se parecía, como una gota de agua a otra gota de agua, a alguien que el teniente buscaba afanosamente desde hacía ya dos días; se parecía tanto a las fotos que Román había visto de ese alguien, que no había duda posible; aquel era, en efecto, el cadáver de Teodoro Gómez.

Vestía una camisa de cuadros azules y negros y un pantalón de mezclilla azul, pero no tenía zapatos ni medias. Román levantó la cabeza y miró al forense:

—Debió morir anoche, temprano —dijo el médico—: entre las ocho y las diez más o menos. Como usted ve, le dieron un tiro en la región parietal.

El forense se agachó en cuclillas y le volteó suavemente la cabeza inerte a Teo Gómez. Román vio un agujero de tres o cuatro pulgadas encima de la

nuca, rodeado por una mancha de sangre negruzca. Sierra y Cabada se adelantaron para ver también.

—No tiene orificio de salida —dijo el médico—, así que el plomo debe de estar dentro. Me imagino que en la región mastoides, por la forma en que le dispararon. Además, mire, teniente:

El forense señaló la parte superior de la cabeza del cadáver.

—Lo golpearon antes de matarlo —dijo con repulsión—. Probablemente le dieron el balazo estando ya inconsciente.

Román encendió un cigarro y recordó el golpe brutal en el cráneo de Erasmo Zuaznábar.

—¿Es posible que estuviera muerto cuando le dieron el balazo? —preguntó.

—No, teniente, no es posible —dijo el forense—. Fíjese bien, sólo tiene un hematoma. No hay hundimiento del cráneo; fue un golpe producido con una cachiporra o con un palo; no es mortal en absoluto.

Román dio una chupada al cigarro y lo arrojó entre los arrecifes. El forense se puso de pie.

—Doctor, ¿cuándo puedo tener los resultados de la autopsia?

—Al mediodía —respondió el médico, hundiendo las manos en los bolsillos de su impermeable—; se los mando a su oficina.

A una indicación del forense, Cabada vació los bolsillos de Teo Gómez y guardó cuidadosamente su contenido en un sobre de nailon. Dos enfermeros se acercaron y cargaron la camilla.

Mientras caminaban hacia la ambulancia, silenciosos y entumecidos por el frío, Sierra le hizo señas a un agente que estaba junto a un viejo, cerca del VW de Román.

El agente y el viejo echaron a caminar hacia el grupo. Los enfermeros montaron la camilla en la ambulancia.

—Teniente —dijo Sierra señalando al viejo, que miraba ahora el cadáver del muchacho con una expresión de pena en el rostro curtido—; éste es el pescador que lo encontró.

Román le dio la mano. El viejo estaba nervioso y muy impresionado, pero contestó claramente las pocas preguntas que le hizo el teniente.

Diez minutos después, el lugar estaba despejado. La ambulancia y los dos carros patrulleros habían partido. Román, Sierra y Cabada montaron en el VW.

Ninguno de los tres habló hasta que el auto estaba acercándose a la playa de Marianao. Dieron la vuelta a la rotonda de la Estrella y enfilaron por la Quinta Avenida.

—Es un crimen brutal —dijo Sierra de pronto.

Román apretó inconscientemente el timón y murmuró:

—Sí, Sierra, el crimen de un verdadero asesino, de un asesino sin escrúpulos.

Sierra y Cabada sintieron una vibración de indignación en la voz del teniente.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Sierra.

Román demoró unos segundos en responder:

—Este crimen cambia mucho las cosas —dijo por fin—. Creo que lo único que podemos hacer ahora es buscar a ese individuo del que me habló el amigo, o ex amigo de Teo, Raúl Trujillo; ese *Carragua*. Es el único vínculo que tenemos con Teo Gómez.

—Sí, es la única pista que podemos seguir ahora —admitió Sierra—. Pero, ¿qué datos hay de él?

—Debe de tener unos veinticinco años; tal vez más. Es mestizo, delgado, pero fuerte, y acostumbra según parece a andar por Prado, por la esquina del Fausto.

—Prado y Colón —apuntó Cabada.

—Le dicen *Carragua* y es posible que se trate de un delincuente.

Román sacó un cigarro con una mano y se lo puso en los labios, pero no lo encendió:

—Sierra, busca más datos en el Gabinete de Identificación, a ver si está fichado. Y tú, Cabada, búscalos por Prado; utiliza todos los hombres que te hagan falta.

El VW cruzó velozmente el túnel y desembocó en la calle Calzada. Se detuvieron en la luz roja de 12. Sierra miró cómo las ráfagas de aire frío barrían un montón de hojas y papeles por la acera.

—¿Y usted? —le preguntó de pronto a Román— ¿Qué va a hacer?

Román lo miró de reojo, pero no respondió enseguida.

—Yo —murmuró por fin—, voy a hacer la última cosa que me gustaría hacer.

Hizo una pausa y volvió a decir:

—Voy a ver a la madre de Teo Gómez.

En ese instante, cambió la luz en el semáforo.

9:10 a.m.

Nelson Barrero iba despacio, despacio por el Prado. Acababa de cruzar Neptuno y miró uno de los negros leones que rugían silenciosos a la entrada del paseo.

Había algunas gentes sentadas en los bancos. Gentes muy diversas, que estaban allí también por razones distintas. Ancianos que iban a tomar un poco de sol o un poco de fresco, o simplemente a conversar un rato con algún conocido, con otro que también se aburría; aquellas mujeres que esperaban que el comercio cercano abriera para comprar algunos artículos; ese que miraba impaciente, esperando a la mujer que no acababa de llegar; el otro, que hacía tiempo que esperaba a que dieran las diez. Y también claro, los que tenían razones que no podían confesar. Qué sabía él, después de todo. Lo único preciso era que estaban allí y que él tenía que valerse de ellos. Él tenía que encontrar al hombre que buscaba. «*Carragua* le dicen Mulato. Como de veinticinco años, delgado pero fuerte. Anda por el Prado, cerca del cine Fausto.» Eso era todo y allá iba él. Pero el cine Fausto estaba cerrado y no había sino esas gentes sentadas en los muros y en los bancos del Prado, cada uno con sus razones, con sus preocupaciones. «La aguja en el pajar», pensó Nelson Barrero; «y hay que encontrarla».

En la esquina de Virtudes vio a un mulato viejo que fumaba despaciosamente su tabaco. No esperaba a nadie, se le veía en cada gesto, en cada ademán. Estaba allí como para siempre, porque sí. A las gentes que pasaban las miraba con curiosidad, pero sin aprehensión. Nelson Barrero se le acercó despreocupadamente.

—Buenas, jefe —le dijo—. ¿Por casualidad usted conoce por aquí a un mulatico al que le dicen *Carragua*?

El hombre lo miró mientras daba una larga chupada a su tabaco.

—¿*Carraguao*? —dijo, como pensando en voz alta—. Pues no, no lo conozco.

Nelson Barrero insistió.

—Tengo que verlo pa' un asunto ahí, urgente, y me dijeron que él anda mucho por aquí por esta parte de Prado...

—Imagínate —dijo el mulato viejo—, esto es grande y viene mucha gente... Yo conozco esto bien... Vivo al doblar hace más de veinte años, pero *Carraguao*... No me suena, la verdad.

—No hay tema —dijo Nelson Barrero— voy más pa' bajo a ver si doy con él.

Echó a andar. Le molestaba haber fallado, aunque sabía que era casi imposible haberlo encontrado con sólo una pregunta. Pero le molestaba haber fallado porque tampoco era bueno que todo el Pitido supiera que buscaban a alguien. *Carraguao* no debía tener un pelo de bobo, y una búsqueda muy insistente podía ponerlo en guardia. Si no lo estaba ya. Cruzó Trocadero. En uno de los bancos del paseo, estaba sentado un hombre delgado, de espejuelos, que leía una revista. Nelson Barrero tuvo la idea de dirigirse a él, pero lo vio tan metido en su lectura que desistió finalmente. A mediados de cuadra preguntó a un grupo de jóvenes.

—¿*Carraguao*? No, por aquí yo no conozco a ningún *Carraguao*.

Varias veces escuchó la misma respuesta. Hasta que vio la cafetera. «Allí o en ningún sitio», se dijo. Estaban colando, y junto al mostrador había una fila esperando que empezaran a servir el café. Nelson Barrero se fue directo a hablar con el empleado, que ahora despachaba cigarros. Le preguntó. Pero fue el primero de la cola el que respondió.

—Ah, tú dices *Veinte Pesos*... Sí, punto fijo de aquí, cómo no. Lo que pasa es que aquí nadie lo conoce por *Carraguao*, sino por *Veinte, Veinte Pesos*... Yo sé que le decían así, pero porque yo soy del Cerro y lo muerdo de antes... Milagro que no ha recalao todavía... Espéralo, que tiene que estar al caer...

11:45 a.m.

Fue una mujer de cabellos claros, que debía tener unos cincuenta años, quien le abrió la puerta al sargento Cabada. Lo miró cordialmente.

—Buenos días —dijo.

—Buenos días —respondió Cabada sonriendo—. ¿Está el doctor del Pino?

—Sí, está. ¿De parte?

—Soy del DTI. —dijo el sargento mostrándole su carné—. Necesito verlo.

—Ah —dijo la mujer, haciendo un gesto afirmativo con la cabeza—. Sí, cómo no, pase, compañero.

Cabada entró en una clara y espaciosa sala, de puntal muy alto.

—Siéntese, por favor.

La mujer desapareció tras unas pesadas cortinas y el sargento se acomodó en uno de los tres amplios butacones de cuero negro que rodeaban a una pequeña mesita de centro. Su vista comenzó a pasearse por las paredes atestadas de cuadros y de larguísimos estantes donde se agrupaban centenares de libros.

Le llamó particularmente la atención un cuadro de colores muy vivos: era el desnudo de una mujer que parecía hecha de azogue, recortado contra un fondo de un intenso verde. A la derecha de aquel cuadro había otro, que representaba un gallo (o más bien, algo que parecía ser un gallo) hecho todo de manchas. Encima de ambos, otro lienzo, en el que se destacaba la torre de una iglesia. «Debe pesar mucho ese cuadro», pensó el sargento, pues el artista había vaciado uno tras otro los tubos de óleo, hasta formar una encrespada capa de pintura, de unos tres centímetros de espesor.

Cabada, en realidad, no sabía gran cosa de pintura. En cambio, era un buen lector. Tenía cuarenta años, y hasta 1963, cuando ingresó en el Ministerio, había sido obrero gráfico. Linotipista, exactamente. Su oficio había contribuido a generar en él el hábito de la lectura. Prefería los libros de historia, las memorias militares, las crónicas, las biografías.

Se puso de pie y se acercó a uno de los estantes. Vio, con agrado, la biografía de Lenin escrita por Walter, que había leído en parte para los círculos de estudio; y el *Napoleón* de Tarlé, que devorara con gusto años atrás. Enseguida pasó la vista sobre otros libros cuyos títulos no le dijeron

mucho: *El deslinde* (seguía un subtítulo enorme); *Crítica del gusto*, *Ciencia nueva...* En otro de los estantes, el sargento encontró libros en inglés, en francés, en italiano, y dos gruesos volúmenes con las obras de José Martí. Había también varias decenas de libros de formato alargado, que eran (por sus títulos) novelas policíacas: *Las cuatro armas falsas*, *El caso de la Canaria*, *Cosecha roja*, *El cartero llama dos veces*, *El asesinato del Oriente-Express*, *Enigma para un domingo*, *The smiler with the knife...* Sintió pasos a sus espaldas.

Dio media vuelta y vio a un hombre de algo más de sesenta años, alto, de tez rozagante y blanquísimos cabellos.

—Buenas, compañero —le dijo el hombre a Cabada, extendiéndole una mano suave y delgada, de largos dedos, que el sargento estrechó.

El hombre señaló a uno de los estantes y le dijo al sargento con una amplia sonrisa en el rostro sanguíneo:

—¿Le interesan?

Y, sin esperar respuesta, añadió:

—Siga, siga mirándolos, no tenga pena.

—Ojalá pudiera —sonrió a su vez Cabada—, ojalá pudiera, pero tengo prisa, desgraciadamente. Usted es el doctor del Pino, ¿no?

—Para servirle —dijo el hombre—; pero siéntese, siéntese.

Las últimas palabras las pronunció en un tono amablemente recriminatorio. Cabada volvió al butacón que ocupaba antes de que se parara a mirar los libros y del Pino se instaló en otro, casi enfrente del sargento.

Augusto del Pino tenía un rostro de rasgos finos y breves. No era grueso, pero tenía una papada que lo hacía parecer más corpulento de lo que en realidad era. Sus ojos, pequeños y vivaces eran azules: llevaba un bigotico Talo, casi tan blanco como sus cabellos. Cabada pensó que las canas del doctor contrastaban con el porte erguido que le había visto; pero, sobre todo, le llamaba la atención la sonrisa, la inextinguible sonrisa de Augusto del Pino. Sabía que era profesor de literatura, y una verdadera autoridad en la disciplina. Había publicado numerosos libros. Él no los había leído. El poco tiempo que tenía lo dedicaba a materiales técnicos de su profesión y a las lecturas de los círculos de estudio. Y él hubiera tenido un poco más de tiempo, él, Cabada, siempre habría preferido un buen tomo sobre la Segunda

Guerra Mundial a un estudio teórico sobre poesía. Y, además, Cabada no venía por la literatura. Venía porque del Pino era el presidente del CDR de esa cuadra.

—Usted dirá —dijo el doctor.

En ese momento, entró la mujer que le había abierto la puerta a Cabada. Traía una bandeja y, sobre ella, dos hermosas tazas de porcelana.

—Un poco de café —anunció, y se detuvo junto a los dos hombres.

El sargento y el doctor cogieron las tazas sonriendo. La mujer se marchó y del Pino comenzó a beber lentamente su café, mientras Cabada apuraba el suyo a grandes sorbos.

Cabada colocó la taza vacía sobre la mesita de centro, sacó su paquete de Vegueros y le ofreció uno a del Pino, que lo rechazó con un ademán cortés.

—Gracias, no fumo.

Del Pino terminó su café mientras Cabada encendía el Veguero.

—¿Y bien? —dijo el profesor, animando al sargento.

Cabada comenzó a hablar lentamente, echando bocanadas de humo:

—Fíjese, doctor, necesitamos datos de un individuo que se mueve habitualmente por aquí, por Prado y Colón.

—Anjá —murmuró del Pino, que lo escuchaba con mucha atención.

—Es un mulato de más de 25 años, al que le dicen *Carragua*, aunque es más probable que por aquí se le conozca por *Veinte Pesos*.

Del Pino sonrió al oír aquellos apodos.

—Estamos buscando en nuestros archivos —continuó el sargento— pero hasta ahora no hay nada firme: Por eso resulta realmente muy importante lo que usted pueda decirnos.

La sonrisa se esfumó del rostro del doctor. Se quedó pensativo.

—*Veinte Pesos*... —murmuró.

De pronto, se puso de pie, sin decir nada, y caminó hasta una gran mesa que había en un rincón de la saleta; tomó una libretica de notas y regresó a su sillón mientras la hojeaba.

—Aquí está —sonrió, sentándose otra vez—; son unos datos que me pasó el responsable de vigilancia hará un par de semanas.

—Diga, doctor —lo animó Cabada mientras abría un pequeño *block* de notas.

Del Pino pasó unas páginas de su libreta.

—Sí —dijo por fin—. *Veinte Pesos* es el sobrenombre.

Levantó la vista y le dijo a Cabada, sonriendo:

—¿Se ha puesto a pensar usted, sargento, por qué le pueden decir a alguien *Veinte Pesos*?

Cabada se quedó sorprendido, porque realmente no esperaba esa pregunta. Pero enseguida sonrió y dijo:

—Seguramente por estar alardeando siempre de que no le falta esa cantidad en el bolsillo.

—Eso mismo pensé yo —dijo con alegría del Pino—. Este pa' es formidable. La imaginación de la gente es una cosa fabulosa. Yo recuerdo que... Pero bueno, sin apartarnos del tema: el caso es que este sujeto tuvo un problema con una señora del barrio, Inés Rivery, que vive al doblar, ahí en Consulado. La mujer dice que el tipo le robó el portamonedas con 7 pesos, que ella dejó sobre el mostrador de la panadería.

Del Pino, que se había puesto serio, volvió a reír.

—¿Se da cuenta, sargento? No se llevó ni los «veinte pesos».

—¿Y la mujer lo acusó? —preguntó Cabada.

—No quiso —dijo el doctor haciendo un gesto de disgusto—. Ese sujeto es un delincuente, no me cabe duda. Inés es una anciana. Tiene más de setenta años y vive sola. Le dio miedo. Vaya usted a saber si él incluso la amenazó. No me extrañaría, francamente...

Cabada anotaba en su *block*.

—Entonces, ¿siempre anda por aquí? —dijo sin levantar la vista.

El cigarro del sargento saltaba en sus labios con cada una de sus palabras.

—Muy a menudo, sí —respondió del Pino—. Si usted quiere, lo llevo a ver a esta señora...

—No —dijo Cabada, dándole una última chupada a su cigarro, y aplastándolo luego en el cenicero que había en la mesita de centro—. Si de veras está asustada, esto la va a asustar todavía más. Vamos a ver si podemos resolver el asunto sin tener que ir a verla. Al que sí quisiera ver es al responsable de vigilancia...

—Es que Sainz está fuera de La Habana —lo interrumpió el doctor apenado—. Anda por Vueltas, donde vive la familia de su mujer.

—Piense a ver —dijo Cabada—. Piense en algún dato, algo sobre *Veinte Pesos* que pudiera sernos útil.

Del Pino se quedó pensativo, con la cabeza baja. De pronto la irguió y miró a Cabada, sonriente:

—¡Concho, chico! Sí, recuerdo que Sainz... Me lo dijo como algo curioso, pintoresco... Me dijo que a este individuo le faltaba un dedo de una mano. Sí, me acuerdo perfectamente. Sainz me dijo: «Y eso que le falta un dedo, que si los llega a tener todos, deja a la pobre Inés sin un quilo...» Porque es rápido de manos ¿sabe?

—Eso es algo —dijo Cabada satisfecho—. Puede sernos muy útil ese dato.

El sargento anotó en su *block* una última cosa; luego lo cerró y lo hizo desaparecer en el bolsillo de su abrigo. Se puso de pie.

—Doctor muchas gracias —le dijo al doctor, que también se había puesto de pie—. Creo que no voy a tener que molestarlo más.

Del Pino hizo un gesto de negativa con su finos y largos dedos, y enseguida le dijo a Cabada, señalando a uno de los estantes de libros.

—Creo que lo sorprendí revisando las novelas policíacas, ¿no es así?

—Sí —dijo Cabada como excusándose—. Es que...

—Aquí hay cosas formidables —lo interrumpió del Pino avanzando hacia el librero y extrayendo de él un tomo—. ¿Conoce ésta?

Le mostró la carátula al sargento.

—Es *El misterio del cuarto amarillo*, de Leroux... Pero lo mejor...

Del Pino se había vuelto de nuevo hacia el librero.

—No me gustan mucho —dijo el sargento un poco apenado.

El doctor volvió la cabeza y lo miró con sorpresa. Casi podría decirse que con estupor.

—¿No? —le preguntó con un brillo de asombro en los vivos ojos azules.

—No —murmuró Cabada.

—Usted es un caso increíble, sargento —dijo del Pino—, increíble. Un hombre del siglo XX al que no le gustan las novelas policíacas. ¡Y policía para colmo!

Del Pino empezó a reírse sonoramente, con auténtica alegría.

—Será por eso mismo —dijo Cabada riendo también—, porque soy policía.

—Pero chico —le dijo del Pino, enseriándose de pronto— ¿de veras que no te gustan?

El doctor hablaba como si la confesión de Cabada fuera inadmisibile, y hubiera que concederle una oportunidad de rectificación.

El sargento lo miraba con simpatía. «De veras que es agradable», pensó. Y: «Se ve que le gusta conversar.»

—Hay quienes no se atreven a confesar su simpatía por la novela policíaca porque la consideran un género inferior. Pero son los menos. Ya casi nadie se avergüenza de leer novelas policíacas —dijo el doctor con seguridad.

—No es que me avergüence —respondió Cabada sonriendo—. Es que no me gustan.

—Paradójico, cómo no —dijo a su vez del Pino, devolviéndole la sonrisa al sargento—. Pero no tanto, después de todo.

El doctor volvió a cruzar, ágilmente, la sala. A Cabada le agradaba, de veras que le agradaba aquel hombre conversador, vital, afable. Pero estaba de prisa. Debía acudir enseguida con el dato que del Pino acababa de proporcionarle. Mientras él sentía como martillazos los golpes del reloj en la muñeca el doctor parecía moverse en un tiempo infinito.

—Cierta escritor —empezó a decir del Pino mientras espulgaba su librero, a todas luces buscando algo—, ha dividido a la población de la tierra en cuatro grupos diferentes: los criminales, las víctimas de los criminales, los detectives y los lectores de literatura detectivesca. Y añade que el cuarto grupo incluye a la mayoría de la humanidad y que ese grupo es responsable de la existencia de los otros tres.

Cabada rio de buena gana. Sí, del Pino era extremadamente simpático.

—Pero usted mi querido sargento —dijo el doctor— es un miembro del tercer grupo.

Del Pino avanzó de nuevo hacia la butaca llevando en la mano un volumen de carátula naranja. Se sentó y miró a Cabada.

—Pero siéntese un minuto, hombre.

Cabada hizo un gesto de indecisión, pero se sentó finalmente, a pesar de lo apurado que estaba. En parte, porque le daba pena desairar a del Pino, y en parte porque la conversación del doctor había logrado motivarlo.

—Aunque no te gusten las novelas policíacas... O mejor dicho precisamente porque no te gustan, has tenido que leer algunas para saberlo ¿no? —le dijo el doctor al sargento, mientras hojeaba el libro que tenía entre las manos.

—Sí, claro —dijo Cabada.

—¿Cuáles? —preguntó del Pino.

—Bueno, no son muchas, la verdad —dijo Cabada con lentitud, como tratando de recordar—. De muchacho leí varias aventuras de Sherlock Holmes y de Nick Cárter... Y... Después... algunas de Perry Mason y dos o tres de Philo Vance, el detective ese que sabe de todo... Lo que pasó es que después de vérmelas con la delincuencia, esas novelas me parecen boberías, cosas que nada tienen que ver con la realidad.

Cabada había sacado un Veguero mientras hablaba. Lo prendió, y añadió, con seguridad, lanzando la primera bocanada de humo:

—Es eso lo que me pasó, doctor, ni más ni menos.

—Y de veras que es muy interesante eso que dices —le respondió del Pino, que lo había escuchado con suma atención—. Hay un crítico que afirma algo parecido. Dice que la novela policíaca tiene que ver tanto con la realidad policial como la novela pastoril con la economía de la Edad Media. Nada en absoluto, te podrás imaginar.

Hizo una pausa. Cabada pensó que aquel hombre tenía forzosamente que ser un excelente profesor. El doctor volvió a hablar con su voz bien timbrada, acompañándose del movimiento de sus largas manos.

—Pero no me parece que eso sea del todo cierto. La novela policíaca aprovecha muchos elementos reales, pero es literatura, al fin y al cabo. No es exactamente la verdad, aunque podría serlo. Hay algunas que son como rompecabezas, ejercicios de lógica. Las «novelas-problemas», como las llaman. Las de Agatha Christie, las de Van Diñe. Justamente, el creador de Philo Vanee.

—Ese tipo es insoportable —dijo Cabada irritado, sin poder contenerse—. Lo mismo traduce griego que sabe de momias.

Del Pino lanzó una carcajada y Cabada terminó por reírse también.

—Es cierto que los detectives de esas novelas *lógicas* son como la encarnación de la lógica misma —dijo del Pino, todavía entre risas—. Pero la lógica a veces es muy poco real, por eso resultan... truqueras, podríamos decir. Aunque de todos modos me parece que tienen la virtud de ejercitar nuestro poder de deducción... «Las pequeñas células grises» como dice Hércules Poirot. Siempre hay en esas novelas un mundo de sugerencias...

Cabada absorbió largamente el humo de su cigarro.

—Mire, doctor —dijo— lo que me molestan son esas cosas que pasan en las novelas y que nunca ocurren de verdad. Y siempre las mismas.

—¿Cuáles? —preguntó del Pino.

—Son muchas —dijo Cabada—. El crimen perfecto que falla por una casualidad; el cuarto cerrado por dentro donde se ha cometido un asesinato; el criminal que regresa al lugar del crimen; el...

—Pero... —lo interrumpió del Pino— a pesar de los cuatro grupos que mencionamos hace rato y de la conclusión, lo cierto es, sargento, que la novela policíaca no existiría si no existiese el crimen... El crimen tiene su historia; bien larga, por cierto. Y hay ciertas constantes. Verdades escalofrantes del mundo criminal, que se han convertido en motivos recurrentes de la novela policíaca.

—¿Cuáles le pregunto yo a usted ahora?

Del Pino colocó el libro de carátula naranja que extrajera del librero en la mesita de centro y se puso de pie. Dio unos pasos y enseguida volvió sobre ellos. Paseaba, como tratando de ordenar sus ideas.

—Voy a ponerte un ejemplo —dijo de pronto el doctor, mirando al sargento—. Un ejemplo que tú mismo trajiste a colación: el problema del criminal que vuelve al lugar del crimen.

—¿Cree usted realmente eso, doctor? —dijo Cabada, disimulando una sonrisa.

Del Pino suspiró, levantó los brazos y los dejó caer.

—¿Qué decirte? No es una verdad absoluta, eso no. Pero ocurre, ocurre con frecuencia y...

—En las novelas policíacas —dijo Cabada con respeto, pero resueltamente.

—Y en la realidad, sargento. De ahí lo tomaron los novelistas — respondió del Pino, rápido.

Cabada apagó su Veguero en el cenicero de la mesita.

—Perdóneme, doctor, pero...

—Sí, ya sé —dijo del Pino, con una sonrisa dibujada en los finos labios—. No es justo que discuta sobre asuntos que tú conoces mucho mejor que yo.

—No, no es eso —se apresuró a responder Cabada—. No es eso. Pero, ¿por qué va a regresar un criminal al lugar del crimen?

Del Pino tardó algunos segundos en responder. Se paseaba de un lado a otro, en su rostro se operaban sucesivas transformaciones, como le ocurre al rostro del que despeja una incógnita peculiarmente difícil.

—Vamos a empezar por lo más sencillo —dijo al fin, y se sentó de nuevo en la butaca—. Te voy a contar un caso. Un caso fabuloso, tremendo, que ocurrió allá en Oriente, hace años...

Del Pino se corrió hasta el borde de la butaca. Levantó la cabeza y miró al techo de la 9ala, y enseguida a Cabada, dejándole caer una mano en el hombro.

—Se había cometido un crimen atroz. Apuñalearon a una anciana que vivía sola y le robaron algo más de mil pesos. La casa de la mujer estaba en San Vicente, una zona residencial campestre, cercana a Santiago de Cuba. Una casa grande, sombría, de madera, sola, apartada, en una loma pelada que quedaba a unos buenos cincuenta metros de la carretera.

Del Pino volvió a reclinarsse en la butaca y miró recto a los ojos de Cabada.

—Huellas de sangre, muchas. Pero ni una huella dactilar, ni un testigo, ni una referencia en tomo al criminal. Nada, nada tenía el investigador en sus manos para resolver el caso. Pero era un investigador formidable. El único verdadero investigador que conocí en Cuba antes de la Revolución.

Del Pino hizo una pausa.

—Quién le dice a usted, sargento, que a los tres meses de muerta, la mujer empezó a ser vista por las gentes del lugar. Primero la vieron en el portal de la casa, pero fueron unos niños y nadie les creyó. Todos sabían que la casa estaba deshabitada. Pero luego fue una mujer la que vio a la muerta

una noche, cerca de la carretera. De madrugada, misteriosamente, se encendían las luces de la casa.

Cabada escuchaba con suma atención. Del Pino se humedeció los labios y continuó:

—A las pocas semanas ya aquella casa era «la casa de la muerta». Fantasmas, decían unos. Pero los descreídos que, por cierto, en este caso tenían más imaginación que los otros, decían que no había tal muerta, que la anciana vivía. Pero el único que sabía bien era Repilado, el investigador. Tendió su cerco. Y, en efecto, el criminal regresó, volvió una noche a la casa a asegurarse de la muerte de la mujer.

El doctor se sonrió levemente y le dijo a Cabada, mientras sus pequeños ojos azules brillaban de entusiasmo:

—¿Te imaginas qué escena? El asesino que vuelve por su víctima y se encuentra con la policía. Fue un golpe de absoluta precisión.

—De veras es muy interesante —admitió Cabada.

Del Pino lo miró fijamente.

—Pero quiero ir más allá de ese ejemplo, si tú me lo permites, porque sólo expresa una faceta de la cuestión.

El doctor se frotó las manos, mientras su rostro se contrajo ligeramente. Sus ojos se perdieron en un punto impreciso, como buscando las palabras exactas para exponer su punto de vista.

—A mi modo de ver, hay otra razón —dijo finalmente—. Otra razón más profunda, de índole psicológica, si quieres llamarla así, que puede obligar a alguien que no sea un delincuente profesional, que no sea un hombre enteramente corrompido, a regresar al lugar del crimen.

Del Pino calló. Cabada lo miraba con vivo interés.

—Una razón de conciencia —dijo el doctor.

La frase pareció quedar flotando en el aire. Cabada iba a decir algo, pero prefirió dejar que del Pino continuara. El doctor sonrió, y colocó su mano en el hombro del sargento.

—Los hombres no son malos por naturaleza. Las teorías de Lombroso, que tú seguro conoces, han sido desechadas hace tiempo: no hay criminales natos.

Cabada hizo un gesto de asentimiento con la cabeza.

—Los criminales lo son por razones que forzosamente tenemos que categorizar como sociales —prosiguió del Pino—, y ahí se incluye, claro, toda una gama de complejos y muy sutiles factores que pueden pervertir enteramente una personalidad. A veces resulta extremadamente difícil detectarlos. Y a veces, el proceso de perversión es irreversible. Factores que pueden remontarse a la más temprana infancia, al medio familiar, al ambiente en general. Pero la criminalidad es adquirida. La genera la sociedad.

Del Pino cruzó la pierna izquierda sobre la derecha, mientras se alisaba los blancos cabellos.

—Basta asomarse un poco a las estadísticas —siguió diciendo—. Basta comprobar que la criminalidad aumenta por años en los países capitalistas. Se multiplican los asesinatos, los robos, los delitos de toda índole. Y es obvio que estas sociedades conviertan a muchos hombres en criminales. Pero esto no quiere decir que abolido el capitalismo, esos sutiles, complejísimos factores que son su fruto y que engendran la criminalidad desaparezcan de un tirón. Van desapareciendo. A medida que la sociedad se hace mejor el hombre se hace mejor. Pero el camino es largo.

Sonrió.

—¿Sabes? —le dijo a Cabada, descruzando las piernas y echándose hacia adelante en su butaca—. Mientras hagas el trabajo que haces, mientras tengas que luchar contra el crimen, la novela policíaca tendrá razón de ser.

Cabada le devolvió la sonrisa.

—Pero usted...

—Sí, me he ido del tema —dijo del Pino alegremente—. Sólo en parte, como verás. Justamente, porque los criminales no son criminales natos; porque el criminal es el fruto de un largo proceso de degradación, puede ocurrir perfectamente que un hombre que no ha avanzado lo suficiente en ese sentido... Bueno, debo decir, que no ha descendido lo suficiente, que no esté enteramente corrompido, puede perfectamente...

Del Pino se interrumpió. Sus ojos se empequeñecieron, hasta ser no más que dos puntos diminutos, azules, en el rostro rubicundo.

—¿Te has puesto a pensar qué ocurre en el interior de un hombre en esas circunstancias? —volvió a decir—. Un hombre sometido a esas tensiones puede volver al lugar del crimen, sargento. Puede volver perfectamente.

Cabada sonrió y movió la cabeza, dubitativo.

—Sí, es posible —admitió—. Yo, sin embargo, a los delincuentes que he cogido los he tenido que ir a buscar siempre a mil millas del lugar del crimen.

No hay uno solo que haya vuelto.

Del Pino soltó una sonora carcajada.

—Usted es un realista incorregible, sargento —dijo entre risas. Se volvió hacia la mesita de centro y tomó el libro de carátula naranja que un rato antes sacara del estante.

—Por eso te voy a prestar esto.

Sacudió el tomo con la mano derecha y lo hizo chocar contra la izquierda.

—Esto es otra cosa —dijo enfáticamente—. Aquí no hay trucos. Aquí está la realidad, la vida como es. O como puede ser, que eso es la literatura. Estoy seguro...

Cabada hizo un gesto de apenado rechazo.

—Pero, doctor, ¿cómo voy a llevarme un libro suyo?

—Yo te lo presto, simplemente. Para que lo leas —dijo del Pino sonriendo.

—Pero —dijo el sargento—, es que yo no sé cuándo...

—No importa cuando me lo devuelves —lo interrumpió con firmeza del Pino—. Me lo traes cuando puedas. No corre ninguna prisa.

Cabada no dijo nada más. Sonrió, tomó el libro, se despidió y salió de la casa. «Es un tipo formidable», pensó. Y se rio, porque se dio cuenta de que el doctor le había contagiado la palabra. Se sentó en el auto y dejó el libro a su lado, en el asiento. Cuando encendió el motor fue que leyó el título.

12:30 p.m.

—Dame una Populares —dijo el flaco Luis García poniendo dos billetes de a peso sobre el mostrador de la cafetera.

El empleado le dio los cigarros y el vuelto, que el flaco se echó en el bolsillo derecho del pantalón. Abrió la caja y encendió un Popular.

Hacía diez minutos que acababa de relevar a Nelson Barrero. Cabada había decidido que era lo mejor, porque Nelson Barrero había tenido que revolver todo el Prado para encontrar referencias de *Carragua*, que allí era

conocido por *Veinte Pesos*. Era un hallazgo importante, pero Nelson Barrero se había «quemado», o al menos Cabada pensaba que podía estar «quemado» y al sargento le gustaba ir al seguro. No quería arriesgarse a que cuando *Veinte Pesos* viniera por Neptuno, o por Virtudes, algún «socio» lo interceptara para decirle: «Mulato, el totí está posao en el alambre.» Eso, que tenía al Técnico detrás. Nelson Barrero había desaparecido, y al flaco Luis García no lo conocía nadie.

El flaco aspiró el humo de su cigarro y llegó a la esquina de Colón. Él, además, tenía otro dato, un dato seguro: al hombre que buscaba le faltaba un dedo de una mano. Y debía venir allí a la cafetera, o al portal del Fausto, en cualquier momento. Él sólo tenía que esperar y mirar bien.

—El *Veinte*, cará...

El grito, efusivo, sonó como un disparo a las espaldas del flaco. Pero él no se movió. Fumó con calma y entonces volvió la cabeza, lenta, despreocupadamente. Estaba junto al mostrador de la cafetera. Y el flaco Luis García lo vio rascarse la nuca con la mano izquierda, una mano que sólo tenía cuatro dedos.

3:00 p.m.

El teniente Román estaba sentado en su silla giratoria, frente al buró, fumando mientras releía el informe del médico forense. En realidad, en el informe no había nada nuevo, nada distinto a lo que el médico mismo le había dicho esa mañana en Santa Fe. Pasó la vista una vez más sobre el papel y leyó: «Causa directa de la muerte: fractura de la bóveda craneana y hemorragia intracraneana. Causa indirecta: Herida de arma de fuego, con orificio de entrada en la región parieto-occipital...» cerró los ojos. Lo más importante era, en efecto que el plomo había quedado alojado en la región mastoidea. Y ya Román sabía que había sido disparado por una pistola 32; o, lo que era lo mismo, que aquella bala no había salido del Smith & Wesson de Zuaznábar.

Junto al informe del forense, Román tenía otro, del Gabinete de Identificación, con los datos de José Ángel Chacón Morales alias *Carragua*o,

mestizo, de veintisiete años, natural de La Habana; alguien que tenía muchas probabilidades de ser el hombre que buscaban.

La investigación inicial en el Gabinete había arrojado la increíble cifra de seis *Carraguaos* fichados, y de ellos tres eran mulatos y tenían entre veinte y treinta años. No aparecía ninguno con el alias de *Veinte Pesos*. Sólo el dato de la pérdida del dedo de una mano había hecho posible la identificación. Hacía una buena media hora que el sargento Cabada había llegado con la ficha del hombre, al que, en efecto, faltaban dos falanges del dedo anular izquierdo. Había cumplido seis meses por vagancia habitual, y luego dos años por robo con violencia en las cosas.

Román apagó el cigarro en el cenicero y sacó de una gaveta del escritorio una blanca hoja de papel. Oprimió con el pulgar el bolígrafo y comenzó a escribir:

Hora del crimen: entre las 24:00 del lunes y las 01:30 del martes.

Arma: objeto contundente (tal vez cabilla, o tubo). No aparece.

Móvil: sin precisar. Puede ser:

1. venganza personal
2. impedir una denuncia
3. robo (fallido, pues nada fue sustraído en la base, a excepción del revólver del sereno).

Sospechosos:

1. Rafael Cárdenas. Enemistad personal con Zuaznábar. Fuerte discusión con el sereno diez o doce días atrás. Relacionado con un tal *Cuco Mazorra*, fichado como rascabuchador. Cumplió seis meses por robo. Guardó su camión el lunes alrededor de las cinco de la tarde. No puede probar donde estuvo desde esa noche a las diez hasta las seis de la mañana del martes.
2. Teodoro Gómez Puente. No tenía razones personales conocidas para desear la muerte de Zuaznábar. Guardó su camión a alguna hora, después de las nueve y media de la noche del lunes, y antes de las tres de la madrugada del martes. Regresó a su casa a alguna hora después de las doce. Salió de su casa en la mañana del martes, diciendo que iba a trabajar. Desaparecido desde entonces, fue asesinado en la noche del

martes y arrojado al mar en Santa Fe. No tiene antecedentes penales, pero parece estar relacionado con elementos maleantes. Uno de éstos pudiera ser José A. Chacón Morales, alias *Carragua*.

3. Ciro Labrada, jefe de personal de la base. Máximo Lavigne, el mejor amigo de Zuaznábar, lo acusa de malversación, hecho que dice haber conocido por el sereno, el cual pensaba denunciarlo a la dirección de la unidad. Labrada tuvo una fuerte discusión con Zuaznábar. Estuvo en su oficina (contigua al lugar del crimen) hasta alguna hora posterior a las nueve y media de la noche del lunes.

El teniente Román dejó de escribir.

La noche anterior había pensado que su primera tarea ese día sería interrogar a Ciro Labrada; pero el hallazgo del cadáver de Teo Gómez lo había obligado a variar sus planes.

Ahora, estaba colocando sobre el buró varios objetos. Los puso cuidadosamente en fila, cada uno a pocos centímetros del otro, como formando una minúscula y extraña exposición.

El primer objeto era la caja de fósforos marcada con una L a tinta de bolígrafo, y que contenía las dos aspirinas. Los otros dos, habían sido hallados en la ropa de Teo Gómez.

En los bolsillos del pantalón del joven aparecieron setenta y cinco centavos, la llave de su casa, y una cartera que contenía seis pesos y, en un nailon, su carné laboral, un comprobante del SMO y un trozo de papel rayado, como de libreta escolar, en el que estaba escrito a bolígrafo un número telefónico: el 30-9107. En el bolsillo de la camisa se encontró un pedacito de cartulina azul, evidentemente la mitad de una entrada de cine, y en el saco de yute apareció un peine negro, seguramente caído de aquel mismo bolsillo.

Román le había entregado a la madre de Teo todos aquellos objetos, a excepción del trocito de cartulina y el papel con el número de teléfono. Incluso le había preguntado a Fidelina si conocía aquel número, pero la desesperada mujer no estaba en condiciones de recordar nada. Ahora los dos objetos estaban sobre el buró del teniente, junto a la caja de fósforos.

Román acercó el teléfono que estaba frente a él, sobre el escritorio. Disco un número y escuchó: estaba en línea. Disco los seis números.

El timbre sonó una, dos, cinco, diez veces.

Nadie respondió. Colgó y volvió a discar, con el mismo resultado.

Cuando iba a discar por tercera vez la puerta se abrió con un leve ruido y entró Cabada. El sargento sonrió a modo de saludo, se plantó delante de Román y le dijo:

—Ya casi lo tenemos.

Román colgó el auricular y lo miró extrañado; no estaba pensando en *Carragua* en ese momento. Pero enseguida respondió:

—¿Ya? Buen trabajo, Cabada.

El teniente era muy parco, muy contenido en sus elogios. Por eso sus compañeros apreciaban tanto uno de ellos. Cabada sonrió y dijo:

—Está localizado; lo estamos siguiendo.

—Ustedes saben cómo es la cosa —dijo Román echándose hacia atrás en su silla—. Hay que dejar correr la soga. A ver a dónde nos lleva. Y mucho más ahora, después de la muerte de Teo Gómez.

Cabada hizo un gesto como si fuera a hablar, pero no dijo nada. Fue Román quien continuó:

Dos muertos, y los dos asesinados con armas distintas. Y para colmo, el revólver que le robaron a Zuaznábar no fue el que usaron para matar a Teo.

—Varios tipos, quiere decir —murmuró Cabada.

El sargento, que estaba de pie frente al buró de Román, se quitó la gorra y la dejó caer en una esquina del mueble.

—Ni más ni menos —replicó el teniente—. Ya era bastante claro desde el principio, pero ahora no cabe la menor duda. Por eso, a ese *Carragua* hay que agarrarlo, hay que agarrarlo sin falta, pero hay que dejar correr la soga a ver hasta dónde nos lleva.

Cabada sabía perfectamente qué era lo que Román quería decir, y cuáles eran los hombres que necesitaba para eso. Y sabía también que tenía que cumplir su misión

El teniente se puso de pie y colocó varios papeles en su portafolio. Entonces anotó algo en una hoja de *block* y se la entregó a Cabada. Mientras se ajustaba la gorra, le dijo al sargento:

—Cabada, tengo que salir ahora, pero volveré pronto. Averígueme en la Empresa Telefónica a quién pertenece este número.

Era el teléfono que había aparecido en el bolsillo de Teo Gómez.

3:15 p.m.

Juan Sebastián Arroyo, con las dos manos fuertemente apretadas al timón y la vista fija en el pedazo de carretera que lograba ver a través de la tupida cortina de agua que caía, tarareó el final de la canción. Hubo un pequeño bache, dominado por la estática y, casi enseguida, se oyó la voz del locutor: «Ha sido Silvio Rodríguez en *Te doy una canción*. Cadena Habana, exactamente las tres y dieciséis minutos en la tarde.»

Fue en ese instante que comenzó el ruido en el motor; un ruido que el oído experimentado de Arroyo localizó inmediatamente.

Frenó. El carro patinó un par de metros y se detuvo. Apagó el motor y también su pequeño radio de baterías. Se quedó con la vista fija en la carretera empapada, oyendo, ahora claramente, el murmullo de la lluvia.

Arroyo iba a lanzar una maldición, pero se contuvo: ni la peor mala palabra gritada a todo pulmón iba a aliviarlo del malestar que sentía: otra vez, en poco más de una semana se había roto la correa del ventilador. Y ahora bajo un aguacero, en plena carretera.

La sola idea de tener que bajarse de la cabina, cálida, seca y salir a la carretera donde caía el agua fría, lo hizo estremecerse. Pero tenía que hacerlo. No podía dejar el camión parado allí por mucho tiempo porque, o le pegaban una multa, o le pegaban un buen tortazo.

Se cerró el jacket de tela, abrió la puerta y bajó a toda velocidad. Corrió, dándole la vuelta al camión, hacia la caja de herramientas. En unos segundos tuvo la cara bañada por el agua. Tenía una correa en la caja, pero ahora el maldito pestillo no quería ceder, y Arroyo estaba a punto de estallar y abrirlo a patadas. Pero por fin cedió. Abrió la caja, buscó entre sus herramientas hasta que halló la correa y una llave. Cerró la tapa de metal, pero cuando iba a pasar el pestillo se quedó, por un instante, pensativo, extrañado. Volvió a abrir la tapa y miró bien.

En efecto, en lugar de una llave de clanes —la suya— había *dos*.

5:10 p.m.

Al igual que la noche anterior, Román parqueó su VW en la calle San Francisco. Subió los cristales, salió y echó a andar.

A los pocos pasos torció hacia la derecha y caminó por la acera de San Lázaro, llena de gente, buscando la casa de Viki Carreras unos pasos antes de llegar a Espada.

Miró al cielo gris, que amenazaba lluvia; luego a la calle sin sol; y por último a las doce o quince personas que estaban en la parada de ómnibus, al otro lado de San Lázaro, frente a la entrada del cine. Sabía que encontraría a Viki en su casa, porque la había llamado antes de salir. La muchacha iba a marcharse casi en ese momento a la funeraria, a la Funeraria Nacional, en Infanta donde había sido tendido el cadáver de Teo.

La mujer que le abrió la puerta tendría unos cuarenta años. Ya aparecían algunas canas entre sus cabellos castaños. Llevaba puestos unos espejuelos de armadura gris y un vestido azul prusia. «Es la madre», pensó Román, porque aquel rostro le recordó inmediatamente al de la muchacha.

—¿Es el teniente Román? —preguntó la mujer.

Román murmuró «sí», y miró hacia el sofá cía la sala, donde estaba sentada Viki, llorando.

—Pase, teniente —dijo la mujer con voz cansada—. Pase.

Román entró a la sala, pero Viki no lo miró. Seguía llorando, casi en silencio, mientras se apretaba la boca y la nariz con un pañuelo de hombre. Román se sentó —sin pronunciar palabra— en un sillón, frente a la muchacha. La madre se detuvo un instante y miró a Viki, pero no dijo nada. Luego miró al oficial y le dijo: «Está en su casa», y echó a andar hacia el fondo.

—Viki —dijo suavemente Román.

La muchacha alzó sus grandes ojos color miel, ahora enrojecidos por el llanto, y miró al teniente con indecible desconcierto. Con una mirada que a Román le costaría mucho tiempo olvidar.

—Es horrible, teniente, horrible —dijo, echándose a llorar otra vez.

Román encendió un cigarro, colocó el paquete de Populares y la caja de fósforos encima de la mesa y miró fijamente a la muchacha:

—Sí, lo es —dijo—. Por eso mismo tienes que ayudarme. Tienes que ser fuerte y ayudarme.

Viki volvió a mirarlo, tragó y dijo con voz quebrada:

—Sí, teniente. Perdóneme.

Román sacó del portafolios que llevaba la foto de un hombre. Era un mulato de unos veintitantos años, de rostro marcado por el acné.

—¿Lo conoces? —preguntó pasándole la foto a la muchacha.

Viki la tomó en sus manos y la miró detenidamente. Respondió al cabo de algunos segundos:

—Sí, éste es uno de los... —iba a decir amigos, pero se contuvo—, uno de los que andaban con Teo... lo he visto dos o tres veces con otro más.

—¿Son los dos de la salida del cine Infanta que me dijiste ayer? —inquirió Román.

—Sí, los mismos —respondió ella.

Román guardó la foto en el portafolio y extrajo de él un trozo de papel arrugado que entregó a la muchacha.

—¿Sabes de quién es este teléfono?

La muchacha miró el papelito y dijo de inmediato:

—Esto lo escribió Teo, teniente.

Román la miró fijamente.

—Sí, lo sé; estaba en su ropa. ¿Sabes de quién es?

La muchacha volvió a leer el número. En voz alta, como para darse perfecta cuenta de cuál era.

—No, no sé —dijo por fin—; nunca lo he visto antes.

Román aspiró el humo de su cigarro.

—Es del Vedado —insistió—. El 30-9107. Piensa bien. ¿Teo no tenía ningún amigo que viviera o trabajara en el Vedado?

La muchacha quedó silenciosa unos segundos.

—Bueno, hay una tía de Raúl Trujillo que vive en el Vedado, y Teo iba allí a menudo, o llamaba allí a Raúl...

Se quedó callada de pronto, y añadió, con un leve temblor en la voz:

—Antes, claro... cuando Raúl y Teo andaban juntos.

Román arrugó el entrecejo como si estuviera pensando algo que no quería pensar.

—No recuerdas si es ése el número? —volvió a preguntar.

—No sé —dijo Viki—; no puedo recordarlo.

Román anotó algo en su *block* y se puso de pie. Viki se puso de pie también.

—Escucha —dijo Román mirándola fijamente a los ojos—, necesito que vengas a mi oficina. No va a ser mucho rato.

La muchacha lo miró y, antes de que hablara, ya Román supo que se iba a negar.

—No puedo, teniente —balbuceó bajando la vista—, no puedo... comprenda... ahora...

—Lo comprendo perfectamente, Viki —la interrumpió el teniente—, y no sabes cuánto lamento tener que pedirte esto. Pero si quieres que este crimen no quede impune, tienes que venir conmigo.

Y añadió, en voz más baja:

—Yo mismo te llevaré *allá* después.

5:50 p.m.

Román y Viki entraron en la pequeña sala rectangular, suavemente iluminada. En el centro de la habitación, sobre una mesa de patas muy larga, había un complicado aparato, y, al lado, una mesita mucho más baja y ancha, en la que había cuidadosamente apiladas tres o cuatro docenas de pequeñas cajas de cartón.

En la habitación había tres o cuatro sillas. Román se adelantó y colocó dos, una a cada lado de las mesas, mirando hacia uno de los extremos de la sala, en la que había una pantalla de un blanco lechoso adosada a la pared.

—Foto-tipo, o foto-robot —le dijo a Viki—; tiene esos dos nombres. Es un método de identificación... con sus ventajas y sus desventajas.

Román terminó de acomodar las sillas y accionando algo debajo del aparato, lo encendió; un haz de luz iluminó la pantalla.

Román continuó:

—A veces contribuye a dar una imagen del hombre al que se busca... A lo mejor nos lleva a una fotografía. Podemos consultar en los archivos. ¿Te sientas?

Román le indicó una de las sillas a Viki, que fue a sentarse, escuchándolo atentamente.

—Tal vez dé resultado en este caso —concluyó el teniente.

Viki bajó unos instantes la cabeza. Luego la alzó y miró fijamente a Román.

—Me gustaría tanto poder ayudarlo a encontrar a ese hombre... —hizo una pausa sin dejar de mirar a Román—: pero no creo que pueda... si lo viera, o viera una fotografía, a lo mejor lo reconozco enseguida, como pasó con el otro... Pero así... Me parece imposible...

—De todos modos, con probar no se pierde nada —dijo Román, caminando hacia el chucho de la luz, junto a la puerta. Lo apagó, y la suave luz ambiente desapareció. Ahora el chorro de luz blanquísima que salía del aparato se recortaba nítidamente en la habitación en penumbra.

Román se sentó en la otra silla sin hablar, se puso a revisar las cajas que estaban junto al aparato. Al cabo de unos minutos, seleccionó una, la abrió y sacó un cuadrado de celuloide en el que había una especie de círculo dibujado. Lo miró a trasluz un instante, se puso de pie y dijo:

—Primero vamos a ver el contorno del rostro, ¿ok?

6:00 p.m.

Los seguían a cierta distancia. El sargento Cabada y el agente Julián Egoscue caminaban por Prado desde hacía ya unos diez minutos detrás de *Veinte Pesos* y del hombre que se le había unido una hora antes frente al cine Payret. Los ojos negros de Cabada estaban fijos en la nuca de *Veinte Pesos*, que gesticulaba sin parar y hablaba y hablaba, mientras el otro hombre que caminaba junto a él parecía escucharlo con concentrada atención. El sargento sabía que acortar distancia entre ellos para tratar de oír la conversación era correr un riesgo inútil: podían ser descubiertos; pero su cerebro trabajaba a toda velocidad, tratando de hallarle algún sentido a las pocas palabras que conseguía captar por encima de los ruidos de la calle.

Había poco tráfico, y era lógico. Continuaba cayendo una llovizna fría, persistente. Con todo, pasaban peatones por los portales de Prado. Gentes que

desafiaban el mal tiempo para ir de compra, o que acababan de salir del trabajo.

Ahora marchaban por la acera del Capitolio. Hacía frío; Egoscue había hundido las manos en los bolsillos de su jacket azul oscuro y Cabada en los de su capa. Caminaban a unos pocos pasos uno del otro, sin mirarse. De vez en vez, alguno de los dos se detenía un momento frente a una vidriera o cruzaba la calle diagonalmente, para volver casi enseguida a tomar la acera por donde marchaban *Veinte Pesos* y el otro hombre. Egoscue miraba de tanto en tanto el cielo encapotado, pensando que si empezaba a llover fuerte, los hombres que seguían se detendrían en un portal, o en un café, y entonces tal vez se arrepentirían de ir a donde iban, si es que iban a algún sitio.

Egoscue sintió deseos de fumar, pero se abstuvo de hacerlo. Era un hombre corpulento, un poco más corpulento que Cabada. Habría cumplido ya más de treintaicinco años y, en su pelo muy negro, cortado al cepillo aparecían algunas canas muy blancas y pequeños mechones de cabellos grises. Tenía un rostro de facciones muy firmes y unos ojos pequeños y penetrantes. Era buen tirador, y podía quebrar un ladrillo con un golpe de karate. Egoscue era eficaz y preciso; sonreía poco, hablaba cuando tenía que hablar, y era sumamente disciplinado, sus compañeros sabían que durante la tiranía había soportado durante varias horas una lluvia de vergajazos y patadas mirando fijamente a sus verdugos y sin decir una sola palabra. Tenía la virtud de conocer perfectamente lo que podía esperar de su capacidad y sus reflejos, y lo que no podía esperar. Egoscue no tenía el poder de deducción ni la brillantez de Román, o del mismo Sierra, pero su cerebro bien ordenado terminaba siempre por hallar una solución adecuada a cualquier problema. Si a alguien se parecía Egoscue era a Cabada, y tal vez por eso era que le gustaba trabajar con el callado y voluntarioso sargento.

Egoscue miraba ahora la espalda del hombre que caminaba a unos metros de él, junto a *Veinte Pesos*. Lo había visto por primera vez una hora antes. Era un tipo más bien bajito, de amplio tórax y cuello poderoso. Un pelado muy corto le dejaba casi al descubierto un cráneo en el que se veían varias cicatrices pequeñas; un cráneo excepcionalmente blanco para un hombre tan moreno. Tenía un rostro estúpido y borroso, que contrastaba con el rostro vivaz despierto de *Veinte Pesos*. Egoscue se dijo que aquél era uno de la clase

de los que sienten una extraña fascinación por las peleas, no importa si dan, o si reciben los golpes.

Desde hacía tres horas, Egoscue vigilaba a *Veinte Pesos*. Había relevado alrededor de las dos al flaco Luis García, el agente que había dado con *Carraquao-Veinte Pesos* después de toda una mañana de tanteos en la zona de Prado.

Egoscue se había encontrado con el flaco en la acera del edificio Bacardí. Ambos empezaron a pasear por Monserrate sin perder de vista la puerta de cristal del cine Actualidades, en el que se había metido *Veinte Pesos* unos minutos antes.

Allí estuvieron hasta las tres y media. A esa hora salió *Veinte Pesos* del cine, confundido con el grupo de personas que abandonaban el lugar y se dispersaron hacia San Juan de Dios y hacia Empedrado. El flaco García se lo indicó discretamente, y Egoscue, de un solo golpe de vista, grabó en su cerebro aquel rostro, aquella figura, y comenzó a seguirlos.

Desde esa hora hasta las cinco, *Veinte Pesos* había caminado varias veces el Prado, de arriba a abajo. En todo ese tiempo, Egoscue se había aprendido de memoria los rasgos de aquella cara; podía armar y desarmar aquel rostro como un rompecabezas; pero también se habían grabado en su cerebro la forma de andar de aquel hombre, su peculiar manera de rascarse la nuca con la mano en la que faltaban dos falanges del dedo anular.

Sin embargo, en todo aquel tiempo, *Veinte Pesos* no había hecho nada que valiera la pena informar; se había detenido varias veces a tomar café; había entrado en el cine Fausto a ver la cartelera; se había comido un dulce en la dulcería de San Rafael, había estado sentado en el Parque Central, o el *lobby* del Inglaterra, pasando una de las intermitentes lluvias que no cesaban de desplomarse sobre la ciudad; había conversado con algún punto ocasional a la entrada del Fausto, en el *lobby* del Inglaterra, en la Manzana de Gómez. O estaba haciendo tiempo, o parecía disponer de demasiado tiempo. O tal vez buscaba a alguien. Pero en horas de incesantes caminatas, Egoscue no lo había visto conversar con nadie más de un par de minutos. Era como los perros callejeros, que sólo se sentían a gusto solos y moviéndose de un lado para otro.

Fue entonces, a eso de las cinco, que *Veinte Pesos* y el hombre que ahora caminaba con él por Prado, se encontraron a un costado del Payret. *Veinte Pesos* estaba parado en la esquina hacía unos minutos, y de pronto Egoscue lo vio sonreír y extenderle la mano a un hombre que al primer golpe de vista de cualquier policía experimentado —y el sargento Julián Egoscue lo era— delataba «estar en algo».

Cuando entró en el MININT, en 1965, Egoscue oyó hablar por primera vez a los compañeros más antiguos y de más experiencia de aquel «estar en algo». Pero sólo después de un duro aprendizaje, en contacto con toda clase de delincuentes, comenzó a distinguir lenta y trabajosamente a un *hombre-problema* en una multitud. Había aprendido que debajo de la aparente heterogeneidad de los delincuentes, había algo, algún rasgo, un gesto, una forma de fumar o de mirar, de caminar o de llevar un paquete, que se distinguía invariablemente; y un policía, un buen policía, debía aislar aquellos rasgos dispersos, detectarlos con un solo golpe de vista. Y ahora, con muchos años de experiencia encima, Egoscue era capaz —aunque no podía explicar cómo, de la misma manera que sus compañeros más formados tampoco pudieron explicárselo diez años atrás— de detectar casi enseguida cuando un hombre, aunque sólo estuviera conversando en una esquina, «estaba en algo».

Se dieron un corto y fuerte apretón de manos y echaron a caminar hacia el Parque Central, cruzando la calle.

Había escampado. Egoscue no se movió de su sitio, pero alertó todos sus sentidos. Los vio caminar hacia uno de los bancos que daban a Prado y sentarse a conversar.

Estuvieron más de veinte minutos hablando. Egoscue no perdió detalle de sus movimientos y, aunque no los oía, casi podía asegurar que *Veinte Pesos* le contaba algo de sumo interés al otro, que lo escuchaba con el rostro muy serio y mirándolo con atención.

Se pusieron de pie por fin. Egoscue consultó su reloj: las 5 y 54 minutos. Empezaba a lloviznar de nuevo.

Cruzaron Prado y entraron en el portal del hotel Inglaterra. Egoscue cruzó también el Prado, en dirección al Capitolio; luego se desvió un poco y ganó la acera del Lorca. Se detuvo en la puerta del Correo, encendió un cigarro y

echó a caminar por el portal. Al llegar a la esquina del Cabaret Nacional se detuvo, mirando con indiferencia hacia la pizzería, a unos metros de él, del otro lado de la calle.

Frente a la pizzería había cinco o seis personas esperando turno para comer. *Veinte Pesos* y el otro hombre se habían puesto en la cola y seguían hablando y gesticulando. Egoscue calculó que estarían en la pizzería una media hora. Y entonces decidió llamar a Sierra.

Estuvo un minuto mirando el teléfono que había a unos pasos de él, al otro lado de San Rafael. Porque cuando estuviera junto al teléfono los perdería de vista.

¿Qué hacía?

Se decidió por fin. Cruzó la calle y llegó en tres pasos al teléfono.

Sierra no estaba. Quien le contestó fue la voz algo ronca de Cabada, y Egoscue le explicó en medio minuto la situación. Cabada le dijo que en quince minutos estaría con él; que no los perdiera de vista.

Egoscue volvió a la esquina.

El corazón le dio un vuelco en el pecho: ya no estaban allí.

Entonces hizo algo que no debía haber hecho: se lanzó a correr hacia la pizzería.

Se detuvo en la puerta y su mirada ansiosa recorrió el interior atestado de gente. Y los vio: estaban sentados frente al mostrador del fondo, y aún no les habían servida. La mirada ansiosa se esfumó y apareció de nuevo la mirada indiferente, la mirada de un hombre que busca un sitio donde comer. Egoscue consultó la lista del menú que había colgada en la puerta, se rascó la cabeza, dio media vuelta y fue a pararse en la esquina mientras encendía un cigarro.

Cuando Cabada llegó minutos después y se paró junto a él, vestía de civil, con una capa de un color arenoso y el periódico de la tarde bajo el brazo. Sacó un Veguero y le pidió candela. Mientras lo encendía, murmuró:

—¿Todo bien?

—Sí, están ahí —dijo Egoscue moviendo los ojos.

Justo en ese momento, *Veinte Pesos* y el hombre de cicatrices en el cráneo salían de la pizzería. Egoscue le hizo una seña a Cabada y le señaló a los dos hombres con la barbilla. Esperaron a que hubieran llegado a San Rafael y, entonces, echaron a andar detrás de ellos.

Ahora, hacía ya más de veinte minutos que caminaban por Prado; caminaban lentamente, al igual que los dos hombres. Faltaban sólo dos cuadras para llegar a Monte. Egoscue miró la hora en su reloj de pulsera: eran las 6 y 27 minutos. Estaba oscureciendo.

6:17 p.m.

Román colocó un celuloide sobre el panel de cristal del retroproyector, y sobre la superficie blanca de la pantalla apareció el óvalo de un rostro dibujado; sólo el óvalo de un rostro muy redondo.

Viki miró un segundo a Román, en la penumbra, y luego miró a la pantalla. Estuvo un minuto en silencio, con la vista fija en los trazos suaves de aquel rostro.

—Acaso un poco más delgado —dijo por fin.

Román no respondió. Buscó en la caja y sacó otro celuloide; lo colocó en el aparato.

—¿Algo así? —dijo, sin mirar a Viki.

Viki demoró unos segundos en contestar.

—Sí... quizá —respondió vacilante—. Me parece que esto no va a resultar —continuó diciendo con desaliento—; lo vi sólo un par de veces.

Román aparentó no oírla.

—¿Algo así? —volvió a preguntar con voz suave.

—Sí, más o menos —respondió Viki—. Pero, no sé... tal vez más delgada abajo y más ancha arriba... y más corta. Los pómulos más salientes.

La operación se repitió varias veces. Fueron apareciendo uno tras otro, diversos contornos de rostros en la pantalla, hasta que Viki dijo de pronto:

—¡Cómo ése, teniente! Sí, como ése.

Era, en efecto, el óvalo de un rostro afilado en la barbilla, pero corto y ancho a la altura de los pómulos.

—Bien —dijo Román—; veamos ahora la nariz. ¿La recuerdas?

—Creo que sí —respondió Viki—; un poco ganchuda... y, al mismo tiempo, algo aplastada... Como la de un boxeador, o algo así.

Román colocó de nuevo un celuloide encima del panel de cristal del retroproyector; sobre el óvalo del rostro apareció una nariz larga y ganchuda.

—Ésta no va bien, ¿verdad? —dijo Román retirándola antes de que Viki contestara.

Buscó un momento en la caja. Seleccionó por fin un celuloide. Lo colocó en el aparato.

—Tal vez ésta —dijo.

—Sí —dijo Viki, que se había animado un poco—, era una nariz como ésa.

6:29 p.m.

Egoscue miraba fijo a los dos hombres que caminaban frente a él. Ahora no hablaban. Marchaban en silencio y un poco encogidos por el intenso frío.

No conocía a fondo el caso, pero sabía bastante como para preguntarse si *Veinte Pesos* sería el *hombre*. ¿Tendría alguna relación con la muerte del sereno? Había una evidencia: era amigo del muchacho que había aparecido asesinado en Santa Fe. Había otra evidencia: era un delincuente, un hombre-problema, un inadaptado, con dos condenas. Y si era así, entonces el otro hombre que caminaba junto a él, el tipo del cráneo con cicatrices y andar de oso, ¿estaba complicado? ¿O este encuentro era un encuentro accidental?

Egoscue no era, ni con mucho, un hombre impaciente. Apreciaba el aplomo (de ahí su preferencia por trabajar con Cabada, que era el aplomo mismo); sabía que en aquel trabajo cada cosa tenía su lugar, pero sobre todo su momento. Una acción antes de tiempo era casi tan mala como una acción tardía. Había, pues, que «dejar correr la sogá», como decía siempre el teniente Román; había que dejar correr la sogá para llegar al final.

Y eso era, exactamente, lo que el sargento Julián Egoscue y el sargento Manuel Cabada estaban haciendo a las 6 y media de la tarde de aquel día gris de invierno: dejar correr la sogá, para ver dónde terminaba.

Habían atravesado el Parque de la Fraternidad. Egoscue se preguntaba si tomarían Monte o acaso seguirían hacia La Habana Vieja. Hubiera querido preguntárselo en voz alta, como para que Cabada lo oyera.

Pero en ese momento ocurrió algo.

Fue algo que Cabada captó enseguida, al vuelo, y que Egoscue vio también. Con *Veinte Pesos* y el tipo del cráneo con cicatrices se había

cruzado un mulato flaco y muy alto, que había saludado a *Veinte Pesos* de una forma especial.

No había sido un saludo. Había sido una advertencia. «Te siguen», quería decir aquella seña, aquel arqueamiento de las cejas, aquellos ojos abiertos de repente en mitad de un cordial «y qué».

El mulato había seguido de largo, y pasaba ahora casi junto a Egoscue y Cabada, pero cruzando la calle en sentido diagonal. Egoscue lo miró y vio que, en el instante de pasar, le había lanzado una rápida y oblicua mirada al sargento: lo había reconocido; probablemente la capa y los pantalones azules y el periódico bajo el brazo no habían sido suficientes para esconderle a la mirada de un delincuente experimentado al agente en plan de chequeo; o quizá había reconocido a Cabada por algún encuentro anterior.

Egoscue miró de nuevo al frente. Ahora *Veinte Pesos* y el hombre del cráneo con cicatrices miraron atrás fugazmente, traicionándose, y luego apretaron el paso.

Fue entonces que Cabada se detuvo en seco. Se quedó como clavado en la calle. Egoscue, que caminaba a unos pasos de él, también se detuvo, un poco sorprendido. El cerebro de Cabada trabajaba a toda velocidad. *Veinte Pesos* y el otro hombre se alejaban, cruzando Monte y dirigiéndose hacia la calle Cienfuegos; el mulato caminaba en dirección opuesta, hacia Prado, casi corriendo. El rostro de Cabada se contrajo. Le hizo una rápida y violenta seña con el pulgar a Egoscue que, como movido por un resorte, volvió sobre sus pasos y comenzó a caminar muy de prisa, casi corriendo, detrás del mulato. Cabada, por su parte, echó a andar muy rápido, tras *Veinte Pesos* y el hombre del cráneo lleno de cicatrices.

Acababan de cruzar Corrales. Los dos hombres ya no miraban atrás, y apretaban cada vez más el paso. Cabada iba a unos quince o veinte metros detrás de ellos, dando largas zancadas, con la vista fija en la espalda de *Veinte Pesos*. Botó el periódico que llevaba bajo el brazo y se desabotonó la capa desde las rodillas hasta la cintura.

Entonces, sus ojos se contrajeron. Se dio cuenta, en una fracción de segundo, de lo que los hombres iban a hacer. Se dio cuenta antes ¿e que lo hicieran, y él lo hizo primero.

De pronto, el sargento Cabada echó a correr.

6:40 p.m.

—Sí —dijo Viki al cabo de unos segundos de mirar hacia la pantalla—; así era la boca. Puede ser que un poquito más pequeña pero así está bien.

Sobre la pantalla había ahora el óvalo, con una nariz y una boca; eran aún los fragmentos disperses de un hombre; pedazos sin vida de una cara que, tenazmente, el teniente trataba de revivir en la memoria de Viki Carreras.

—¿Las cejas? —preguntó Román encendiendo un cigarro.

Densas volutas de humo se arremolinaron alrededor del haz de luz del proyector.

—Gruesas —respondió Viki—; gruesas y muy juntas, como las de ese compañero suyo, el que salía cuando llegamos...

—Cabada —sonrió Román, mientras buscaba nuevamente en la caja—. Veamos, veamos. Éstas son las más gruesas que hay.

Colocó un nuevo celuloide en el aparato.

—¿Así? —preguntó, quitándose el cigarro de la boca después de darle una larga fumada.

—Algo así —respondió Viki, que se había recostado un poco en la silla y miraba atentamente a la pantalla con la cabeza ligeramente ladeada.

—Esto va más rápido de lo que pensábamos —dijo Román. Y agregó—: Gracias a tu excelente memoria.

6:42 p.m.

Cabada corría a toda velocidad, concentrando las fuerzas. Los pocos peatones que circulaban en aquel momento por la cuadra se habían quedado estupefactos y miraban, sin atinar a hacer nada, a aquellos cuatro hombres que corrían en dirección a la Terminal de Trenes.

Detrás de Cabada, sosteniéndose con una mano en la cadera la pistola, corría Egoscue, que había desistido de perseguir al mulato y había vuelto sobre sus pasos en ayuda del sargento. Menos de media cuadra los separaba de *Veinte Pesos* y del otro hombre. Las zancadas de *Veinte Pesos* eran más largas, pero el otro movía a increíble velocidad sus cortas y fuertes piernas y no se quedaba atrás.

Cabada estaba a punto de sacar la pistola y disparar al aire; pero demoró todavía varios segundos en decidirse. Apretando las mandíbulas trató de doblar el paso, pero *Veinte Pesos* torció como un bólido al llegar a la calle Misiones. El sargento corrió con desesperación, y alcanzó a verlo perderse en un portón antes de llegar a la calle Cárdenas.

Cabada llegó frente al enorme portón que conducía directamente a unas escaleras. Se detuvo un segundo. Miró hacia Cienfuegos y vio pasar a Egoscue, que corría detrás del hombre del cráneo con cicatrices rumbo a la calle Arsenal.

Cabada sacó la pistola y comenzó a subir rápidamente los escalones.

Llegó a un primer piso en penumbras. Era una cuartería, y el sargento se quedó parado por un momento en el rellano, con la respiración entrecortada y la frente perlada de sudor a pesar del frío. Montó la pistola, tratando de no hacer ruido.

Quedaba todavía un piso o dos. Y tal vez la azotea.

Paseó la mirada por aquel laberinto de puertas y pasillos. No se veía a nadie. En algunos cuartos había luz, y las puertas estaban entornadas; en otros no había puertas, sino cortinas a medio correr, debajo de las cuales se filtraba una claridad débil y amarillenta.

Cabada aguzó el oído, tratando de oír ruido de pisadas en los pisos superiores; pero nada rompía el denso silencio. Comenzó a avanzar lentamente hacia el fondo del pasillo, tratando de mantenerse pegado a la pared. ¿En cuál de los cuartos estaba?

Por unos segundos, mientras avanzaba rozando la pared, Cabada no supo qué hacer. Tal vez *Veinte Pesos* hubiera seguido subiendo, y estuviera en la planta alta. O quizá escapaba en ese momento brincando a una azotea vecina: Cabada pensó que tenía pocas probabilidades de agarrarlo si había seguido subiendo las escaleras.

Un olor a humedad, a tablas podridas, a agua estancada venía del final del corredor; era un hedor malsano, y Cabada sintió un escalofrío que le hizo apretar con fuerza la empuñadura sudada de su Macarov. Al final del estrecho pasillo había un recodo, casi oculto; a cinco metros del recodo a oscuras, Cabada caminaba afelpando al máximo los pasos y con la respiración contenida.

Sintió de pronto que se le erizaban los vellos de la nuca. Lo sintió claramente.

Y aquella sensación le anunciaba siempre el peligro.

No se equivocó. Un fogonazo naranja estalló a cuatro o cinco metros de él, iluminando el pasillo, y un violento estampido retumbó en toda la cuartería.

6:45 p.m.

Egoscue sacó su Browning y disparó al aire.

Mientras corría, vio un movimiento de puertas cerradas bruscamente, de rostros crispados por la sorpresa, y oyó el grito de una mujer. Pero treinta metros delante de él, corriendo a todo lo que le daban sus cortas, pero rapidísimas piernas, el hombre del cráneo con cicatrices ni siquiera se volvió para mirar atrás.

Egoscue corría con la pistola en alto y el rostro bañado en sudor. El aire helado del anochecer le lastimaba la boca y los ojos. Sentía una violenta punzada en el estómago, pero corría, corría sin parar. Llegaban ya a la esquina de Arsenal. Por un momento, Egoscue pensó en disparar de nuevo, pero no lo hizo. Comenzó a ver cómo la gente se dispersaba con rapidez al ver avanzar por la calle a dos hombres corriendo a toda velocidad, y uno de los cuales llevaba una pistola en la mano.

—¡Párate! —gritó Egoscue con todas las fuerzas de sus pulmones.

Pero el hombre iba ya por Arsenal, en dirección a la Terminal de Trenes.

Dos carros frenaron bruscamente cuando los hombres pasaron corriendo frente a ellos; una guagua patinó y casi le pega al hombre del cráneo con cicatrices.

Egoscue no lo pensó más: volvió a disparar.

El estampido de la Browning acalló por un momento los gritos y las voces de la gente, que luego se multiplicaron y empezaron a oírse con más fuerza. Pero el hombre cruzó la calle Cárdenas, corriendo sin detenerse.

Mordiéndose una gran bocanada de aire y haciendo un esfuerzo supremo, el sargento logró casi duplicar su velocidad. Puso en tensión cada uno de sus músculos y fue venciendo los metros que lo separaban del hombre. Ahora el

dolor en el estómago era insoportable: una violenta punzada que le subía desde el vientre casi hasta el pecho. Pero ganaba terreno; ya corría a pocos metros de su perseguido.

Egoscue apretaba la culata de la pistola con tanta fuerza que le dolía la mano; llevaba la boca abierta en una mueca, y su rostro parecía una dolorosa máscara de cera. El hombre que corría delante de él volvió por vez primera la cabeza; tenía el rostro contraído y los ojos muy abiertos, alrededor de la boca se le había formado un collar de espuma y Egoscue casi podía oír el ronco jadeo de su pecho.

Cruzaron Economía. Egoscue no podía gritar: hubiera salido de su garganta reseca un ronquido animal. El hombre corría a meaos de cinco metros de él. Si hubiera disparado, allí, tan cerca, el hombre probablemente se hubiera detenido por el terrible estampido de una pistola Browning a pocos metros de su cabeza. Pero Egoscue prefirió estirar, con un esfuerzo supremo, su brazo musculoso, y sus dedos se agarraron como una tenaza a la camisa del hombre.

Clavó los tacones en el suelo y se detuvo en seco. El hombre también se detuvo, arrastrado violentamente hacia atrás, y lanzó un grito sordo. Pero se proyectó de nuevo hacia adelante, y la camisa se desgarró de arriba a abajo; Egoscue perdió el equilibrio; cayó como un saco lleno de piedras contra el contén y rodó casi un metro por la calle mojada, con la pistola en una mano y un pedazo de tela empapado en sudor en la otra.

Desde el suelo, vio al hombre que corría de nuevo, cruzando Zulueta, hacia la Terminal de Trenes.

7:00 p.m.

La puerta se abrió. Un agente de uniforme entró en la sala de proyecciones con dos tazas de café humeante sobre una bandeja de aluminio.

Román se volvió hacia él y sonrió:

—¡Ah, ésa es buena! —dijo.

Se puso de pie a medias, cogió una taza y se la alcanzó a Viki por encima del proyector: luego tomó la otra para sí.

—Gracias, Marcos, viejo —dijo Román.

La muchacha bebió poco a poco su café y luego colocó la taza vacía en la bandeja. Román se bebió el suyo de un trago y puso también la taza. El agente salió, cerrando suavemente la puerta tras de sí.

Román encendió un cigarro, exhaló el humo por la nariz y dijo:

—Bien, seguimos.

7:03 p.m.

Cabada sintió claramente que el plomo se estrellaba contra la pared, a pocos centímetros de su cabeza. Pero él no hizo fuego.

Se encogió como un muelle y saltó hacia las cajas y las sillas que estaban apiladas a unos metros de él; en ese instante, un nuevo fogonazo salió del recodo, al final del pasillo.

Cabada comenzó a oír ruidos de puertas que se abrían y voces, en el piso superior.

Pero el piso donde él estaba permanecía oscuro y silencioso.

Cabada concentró toda su atención en el recodo en penumbra, y aguzó el oído. Allí estaba *Veinte Pesos*, y no tenía salida. Cabada sabía perfectamente que si hubiera tenido la más mínima oportunidad de huir, no habría disparado. Pero lo vio venir a él, a Cabada, avanzando hacia el sitio en que estaba agazapado y trató de derribarlo de un balazo.

El sargento asomó un poco la cabeza y miró hacia el recodo. A unos metros, entre el sitio en el que él estaba tendido y el recodo en el que estaba *Veinte Pesos*, había una ventana de hojas, medio abierta. Del otro lado, un vacío de doce o quince metros.

Cabada trató de distinguir algo en la oscuridad. Las voces en el piso superior eran ahora más fuertes, y se oía un rumor de pasos en la escalera.

—¡Tira el revólver y sal! —gritó. Y, volviéndose hacia la escalera, gritó de nuevo—: ¡Qué nadie se asome!

Los pasos que bajaban se detuvieron. Cabada esperó varios segundos.

—¡Tira la pistola y sal, o voy a buscarte! —volvió a gritar.

La respuesta fue un fogonazo, y luego otro, y otro. Cabada dio una vuelta sobre sí mismo y se volvió a meter tras los cajones; pero en ese instante, casi junto con el último disparo, sintió unos pasos rápidos por el pasillo. *Veinte*

Pesos había salido del recodo y, con agilidad increíble, había ganado de un salto la ventana.

Cabada se puso de pie y tuvo tiempo solamente para ver una pierna de *Veinte Pesos*, que desaparecía del marco. En cuatro zancadas llegó a la ventana; pero no se asomó de golpe, sino poco a poco. Y entonces vio al hombre, que corría por la azotea de la casa vecina, en medio de las sombras.

Cabada se guardó la pistola en el cinto, se quitó la capa en un dos por tres, la dejó caer y trepó a la ventana. Habría un par de metros de allí a la azotea, y Cabada no lo pensó un segundo.

Saltó.

Cayó en cuclillas, se puso de pie rápidamente, sacó la pistola y echó a correr.

7:10 p.m.

Egoscue había guardado la pistola y corría ahora bordeando el alto muro de rejas y columnas que rodeaba la Terminal de Trenes. Llegó a Zulueta y alcanzó a ver al hombre que corría, cada vez más despacio, y se perdía doblando por Egido hacia la entrada de la estación.

Egoscue apretó el paso. Cruzó el parqueo, avanzó por el portal lateral y ganó la puerta del viejo edificio de tejas verdes, muy iluminado. Miró hacia todas partes, buscando al hombre entre los pasajeros que colmaban el amplio salón alumbrado por enormes lámparas de bronce.

Sus ojos buscaban en cada ángulo. Dio algunos pasos en dirección a la cafetería.

Y de pronto lo vio.

Estaba sentado en un banco, simulando dormir. Pero Egoscue se dio cuenta de que algunas personas lo miraban extrañadas; miraban extrañadas a aquel hombre con cara de luchador, que llevaba la camisa desgarrada.

7:12 p.m.

—Un poco mayores —dijo Viki Carreras haciendo un giro con los ojos y mirando atentamente a la pantalla—; mayores y más así.

Viki se echó graciosamente las pequeñas orejas hacia adelante con las manos.

Al verla, Román pareció que iba a decir algo. Acaso un chiste. Pero se quedó súbitamente serio, y la sonrisa se le congeló en el rostro.

Bajó la vista y buscó un nuevo celuloide en la caja mientras murmuraba:

—En fin...

7:25 p.m.

Cabada se lanzó detrás de un tanque de agua en el instante justo en que sonaba otro disparo, sintió que su frente pegaba contra algo duro y casi enseguida que se le humedecía con su propia sangre. No se molestó en limpiarse. Se puso de pie y se asomó con cautela. A unos cuantos metros de él estaba *Veinte Pesos*, agachado detrás de otro tanque de agua más pequeño. Cabada se dio perfecta cuenta que lo tenía a tiro, pero gritó una vez más:

—¡Tira la pistola y sal de ahí!

No hubo respuesta.

Cabada había contado los disparos: cinco. Si tenía una pistola, le quedaban cinco balas; si tenía un revólver, una. Cabada se asomó de nuevo. Detrás de *Veinte Pesos* ya no quedaba espacio para correr. Estaba pegado al borde de la azotea y tenía que brincar hacia la azotea vecina. Pero ahora no iba a ser tan fácil: la otra azotea era uno o dos metros más alta.

Entonces *Veinte Pesos* hizo un nuevo disparo, que retumbó seco en la noche.

—¡Carajo! —murmuró Cabada apretando las quijadas, y de un salto salió al descubierto.

Pero no tuvo que disparar.

En ese instante *Veinte Pesos* salía de entre las sombras, con las manos en alto, pero retrocediendo en lugar de avanzar.

—¡No tire, compadre, no tire!

Cabada iba a gritarle que tuviera cuidado, pero la palabra se le quedó amarrada en la lengua.

En un segundo vio, con el rostro contraído, cómo los talones de *Veinte Pesos* chocaban con el pequeño muro de la azotea, y cómo el hombre perdía el equilibrio, y cómo desaparecía con un largo grito que se cortaba abruptamente.

Abruptamente, cuando el cuerpo se estrellaba quince metros más abajo.

7:10 p.m.

—Más rizado —dijo Viki.

—¿Más bien largo o corto? —preguntó Román.

—Así está bien —volvió a decir Viki.

Entonces llamaron a la puerta.

—Adelante —dijo Román.

La puerta se abrió y la luz que venía del exterior barrió la penumbra del cuarto de proyecciones. En la puerta había un agente alto y delgado, de cara alargada y cabello muy negro.

—Teniente, un minuto —dijo sin entrar.

—Sí, Luis —dijo Román.

Y, volviéndose hacia Viki, murmuró:

—Vengo enseguida.

La muchacha miró a la pantalla una vez más.

Aquel rostro era y no era el rostro del hombre que había visto con Teo. Era y no era. Había algo rígido impersonal en el dibujo: faltaba la expresión concentrada, hosca del rostro que ella había visto fugazmente y que casi había olvidado. Era y no era. Aún no tenía los ojos; tal vez los ojos fueran el detalle más significativo de aquel rostro.

Sí, eran los ojos.

Y, por unos segundos, a Viki Carreras le pareció verlos aparecer en la pantalla, mirándola, y tuvo un estremecimiento.

Román volvió a entrar en la sala de proyecciones. Recogió la gorra del respaldo de la silla y miró a Viki. En ese momento, entró el policía alto y flaco.

—Luis se va a quedar contigo terminando de armar la foto —le dijo Román a Viki—; ten ánimo, que vamos bien y nos falta muy poco.

Viki dijo que sí con la cabeza.

—Nos volveremos a ver —dijo Román, sonriéndole mientras salía.

—Después que terminen llévala a donde ella te diga, flaco.

7:40 p.m.

—Estás preso.

El hombre del cráneo con cicatrices abrió los ojos y vio ante sí el cuerpo macizo de Egoscue, que tenía una mano metida bajo el jacket, a la altura de la cintura.

Pero el hombre del cráneo con cicatrices no respondió enseguida; lo miró estúpidamente algunos segundos, basta que dijo:

—Yo no hice na’.

La gente se había ido apartando, y ahora formaba un círculo alrededor de ellos. El hombre seguía sentado, tenso; Egoscue lo miraba fijamente. De todas partes del salón comenzaban a llegar los curiosos.

—Párate —dijo Egoscue con firmeza.

—Yo no hice na’ —volvió a decir el hombre, mirando oblicuamente al sargento.

—Que te pares —dijo Egoscue sin alzar la voz y dando un paso hacia adelante.

El hombre hizo un gesto defensivo, pero la mano derecha de Egoscue salió disparada y se clavó en su hombro:

—¡Que te pares te estoy diciendo! —casi gritó el sargento, levantándolo por la camisa.

Y entonces el hombre del cráneo con cicatrices le pegó un fuerte puñetazo en el pecho que lo hizo retroceder trastrabillando, hasta que cayó bocarriba sobre unas maletas.

La gente se apartó rápidamente mientras el hombre se lanzaba en una veloz carrera hacia los andenes, derribando maletas y paquetes.

Pero Egoscue se había puesto de pie y corría tras él.

Entonces el hombre cometió un error. Miró hacia atrás, un segunde, lo suficiente para tropezar con unos bultos que se interponían en su camino y caer pesadamente al pulido suelo de granito.

Egoscue se lanzó por el aire con los brazos extendidos y cayó con fuerza sobre él.

Comenzaron a rodar por el pasillo de la estación. Los cortos y fuertes puños del hombre del cráneo con cicatrices se incrustaban en las costillas de Egoscue, que lo golpeaba a su vez.

De un salto, Egoscue cayó de pie frente al hombre. Tenía el rostro congestionado y estaba tenso, duro, macizo, como si hubiera sido tallado de una sola pieza. Entonces el hombre se puso de pie y le lanzó el puño derecho a la cara; Egoscue lo esquivó con increíble rapidez y, lanzando un grito seco, gutural, le descargó un golpe de karate en la clavícula con el borde de la mano. El hombre gimió y se le doblaron un poco las piernas, pero no cayó. Dio un paso atrás, se volvió y le tiró a Egoscue una pesada maleta que encontró a mano. Egoscue lanzó un nuevo grito y de dos cortos y rapidísimos golpes con los macizos puños evitó que lo tocara.

El hombre del cráneo con cicatrices trató de correr hacia la calle. Los gritos en el salón eran ensordecedores. Muchos de los curiosos se apartaron, pero algunos hicieron ademán de correr tras él.

Pero Egoscue corrió velozmente y lo alcanzó. Lo agarró con fuerza por el hombro, lo volvió y le hundió la rodilla en el estómago; el hombre se dobló un poco y entonces Egoscue le golpeó la nuca lanzando un nuevo y sordo grito y el hombre cayó de bruces.

El hombre del cráneo con cicatrices trató de incorporarse muy lentamente, sin fuerzas. Frente a él, con las ropas estrujadas, jadeando y la boca llena de sangre, el sargento Julián Egoscue lo miró un instante; luego, poniéndole las dos manos sobre los hombros, lo ayudó a incorporarse.

Cuando el hombre estuvo de pie, tambaleándose ligeramente, Egoscue lo sostuvo por un brazo con la mano izquierda, se sacó con la otra la Browning de bajo el jacket y, empujándolo hacia la puerta, le dijo:

—Andando.

7:55 p.m.

Aquéllos eran los ojos. Ahora Viki vio con claridad en su memoria aquel rostro que creía haber olvidado; aquellos rasgos duros y, sobre todo, aquellos

ojos que parecían estarla mirando desde el pasado.

Cerró los párpados.

Rebotando como un eco desde alguna parte de sus recuerdos, vio venir el rostro de Teo, intensamente blanco. Se estremeció. Vivo era como quería recordarlo; vivo. Pero el rostro que veía era el mismo que había identificado esa mañana en el necrocomio.

Un rostro sin vida, horriblemente pálido.

—Compañera —volvió a decir Luis, suavemente.

La había llamado dos veces, pero ella parecía no haberlo oído.

Viki abrió los ojos y volvió la cabeza.

—Disculpe —murmuró mirando al agente a través de las lágrimas.

—¿Es éste entonces? —dijo Luis.

Viki volvió a mirar hacia la pantalla.

—Sí —dijo con voz entrecortada y haciendo un esfuerzo para no echarse a llorar—. Es ése.

8:10 p.m.

El rostro que Luis y Viki habían visto en la pantalla, pero ahora vivo, brillante por la fina llovizna de invierno, miró hacia el final de la calle y se contrajo en una mueca.

Treinta o cuarenta personas estaban agrupadas frente al portón de la casa. Casi subida en la acera y con las puertas abiertas, había una ambulancia; en mitad de la calle, con las lámparas del techo encendidas, había dos Alfas de la policía.

El viento soplaba con regular fuerza barriendo la calle. Desde la esquina en la que estaba, el hombre miraba sin entender realmente qué pasaba; pero era su edificio, y él tenía que ver con todo aquello. Seguro. Acababa de llegar y se había encontrado con aquel gentío reunido alrededor del portón, con la ambulancia, con las perseguidoras.

Todavía pasaban corriendo junto a él algunos curiosos que iban hacia allá, para mirar por encima de las cabezas de los que ya estaban reunidos frente al edificio.

Viniendo en dirección contraria, desde Egido, vio avanzar un VW color hueso, que se detuvo frente a una de las perseguidoras. Vio bajarse de él a un policía, seguramente un oficial, con un grueso jacket verdeolivo; lo vio abrirse paso entre los curiosos y entrar en el edificio. Casi enseguida volvió a salir acompañado de otro hombre, vestido de civil; un mulato alto y corpulento que se sostenía sobre la frente un pañuelo lleno de sangre. Avanzaron por la acera en dirección a Cienfuegos y entraron en un pasaje, a unas dos puertas de la cuartería. Muchos curiosos se movieron hacia allá, pero no entraron al lugar.

Pasaron casi diez minutos. El hombre sabía que era peligroso estar allí, pero se sentía protegido por una gruesa columna y, además, sentía una inaplazable necesidad de tratar de ver, de saber más. Metió la mano en el bolsillo de la camisa, sacó un sobre de aspirinas y se echó dos en la boca. Comenzó a masticarlas.

Entonces vio, súbitamente, que la pequeña multitud se abría en abanico, dándole paso a dos hombres vestidos de kaki que transportaban en una camilla un cuerpo cubierto con una sábana.

El hombre palideció intensamente.

Dio media vuelta y echó a caminar a toda prisa por Someruelos, hacia Monte.

No sabía quién era el hombre que llevaban en la camilla, cubierto con una sábana; no lo sabía.

Pero acaso se lo imaginaba.

8:16 p.m.

El teniente Román estaba de pie junto al cuerpo desarticulado de José Ángel Chacón Morales, alias *Carragua*, alias *Veinte Pesos*. El hombre había caído desde la azotea contigua a la cuartería hacia un estrecho pasaje.

Junto a Román estaban Cabada, que se cubría la ceja derecha con un pañuelo manchado de sangre; el médico forense, un fotógrafo, que hacía funcionar su cámara, y dos camilleros. A la entrada del pasaje se agolpaban los curiosos.

—Tiene el cráneo hundido —dijo el forense mirando a Román—, debe estar destrozado interiormente.

—Muerte instantánea —murmuró Román.

—Así es —confirmó el médico mirando hacia lo alto—; la azotea debe de tener quince metros o más.

Cabada había comenzado a revisar los bolsillos de *Veinte Pesos*. El hombre llevaba encima ocho pesos y centavos, un pañuelo, un peine, cigarros, fósforos y una llave de candado. Cabada hizo un pequeño envoltorio con el pañuelo y lo guardó en uno de los grandes bolsillos de su capa; en el otro bolsillo guardó el dinero, el peine, los cigarros y los fósforos y le dio la pequeña llave a Román.

Cabada se abrió la capa y sacó de entre la camisa y la piel un objeto envuelto en papel de periódico. Lo abrió:

—Éste es el arma que tenía —le dijo a Román, mostrándole un revólver—; un Smith & Wesson treintaiocho especial de tiro.

—¿El de Zuaznábar? —preguntó Román.

—Sí —dijo Cabada—; es el de Zuaznábar; vi la numeración.

Román miró el revólver detenidamente.

—Está bien —dijo.

Cabada lo envolvió de nuevo. Román dio media vuelta y echó a andar hacia la calle seguido por Cabada, el fotógrafo y el forense; un poco más atrás, los camilleros, que habían acostado en la estrecha camilla el cuerpo sin vida de *Veinte Pesos*.

Ya en la acera, Román observó a un grupo de unas siete u ocho personas, que estaba justo enfrente a la gran puerta de la cuartería. Avanzó hacia él.

—Necesito localizar al presidente del CDR de esta cuadra —dijo Román hablando hacia todo el mundo—; ¿quién sabe dónde vive?

Fue un negro alto, flaco quien, sin decir nada, salió del grupo y fue directamente hasta una mujer que estaba mucho más atrás, mirando hacia la ambulancia; habló con ella brevemente y regresó al grupo, junto a Román.

—¿Usted dirá, compañero? —le dijo la mujer a Román.

Se llamaba Marta, Marta Vila, y vivía allí mismo en la casa de vecindad hacía casi veinte años. Sí, era la presidenta del CDR «Fundadora del Comité», como le dijo a Román con cierto dejo de orgullo.

—Acérquese, compañera —le dijo el teniente tomándola suavemente del brazo y llevándola hacia la ambulancia que estaba ahora a punto de partir.

La mujer avanzó junto a Román.

—Perdone, compañera; sé que no es agradable —se creyó obligado a decir Román—, pero necesito saber si usted lo ha visto antes, si lo conoce.

La mujer seguía avanzando.

—Bueno —dijo por fin—, si es por eso, no se preocupe, compañero; ya yo lo vi.

Román se detuvo y la miró sorprendido. La mujer se detuvo también.

—Lo vi antes de que usted llegara, ¿sabe? —dijo ahora como apenada—. Lo conozco, sí. Quiero decir, lo he visto otras veces, aquí mismo. Es amigo de *Millito*.

Román le hizo una seña a los camilleros, que se montaron en la ambulancia. El carro partió tocando el claxon y avanzando con dificultad entre la gente que se había arremolinado en la calle.

El teniente miró a la mujer que tenía enfrente con una levísima sonrisa de simpatía. Era muy pequeña y bien gruesa, de ojos achinados. En sus cabellos apenas si había canas, a pesar de que se veía a simple vista que debía tener algo más de cincuenta años. Sólo los espejuelos de armadura negra daban un toque adusto a su expresión.

—Vamos poco a poco —dijo Román con afabilidad—. A ver, ¿quién es *Millito*?

La mujer hizo una mueca de profundo desagrado.

—So llama Emilio, Emilio Duquesne; pero todo el mundo lo conoce por *Millito*.

La mujer hizo otra pausa; pero no esperó a que Román preguntara otra vez.

—Mala gente, compañero; ese *Millito* es mala gente. Vago, delincuente. Ha cumplido ya unas cuantas veces, pero no escarmienta. Siempre está en algo, y nunca en nada bueno. Y gusano a matarse, claro. Vive allí a dos puertas de mi cuarto. ¡Si lo conoceré yo!

Román se echó la gorra hacia atrás.

—¿Y usted dice que éste, el muerto, venía aquí a ver a ese *Millito* a menudo?

—Pues sí —dijo la mujer—; alguna «envolvencia» tendrían entre ellos.

Román sonrió al oír aquella palabra. La mujercita se apresuró a aclarar:

—Como dice la gente, teniente.

—¿Y dónde vive *Millito*? —preguntó Román—. A dos puertas tuyas, ¿no es así? ¿En qué piso?

—Suba la escalera y toque en la última puerta, al fondo del pasillo, a la derecha.

Román se volvió a hundir la gorra en la cabeza.

—¿Me acompaña? —le dijo sonriendo a Marta.

—Claro —dijo la mujer devolviéndole la sonrisa—. Venga.

Román llamó a Cabada y le dijo que subiera con un agente al segundo piso y que viera si había alguien en el último cuarto, al final del pasillo, a la derecha.

El sargento se fue a grandes zancadas hacia la escalera acompañado de un agente. En la acera los curiosos se habían ido acercando a Román y a Marta. El teniente tomó a la mujer por un brazo y juntos cruzaron el portón de la casa y empezaron a ascender lentamente las escaleras.

—Pues como le digo: aquí se reúnen varios a jugar dominó, sobre todo los domingos —dijo la mujer, y añadió con sorna—. Bueno, a jugar dominó y a otras cosas también, me imagino.

Román estuvo a punto de preguntarle qué quería decir exactamente, pero finalmente no lo hizo, porque se dio cuenta de que, en efecto, Marta sólo se lo imaginaba. De haber sabido algo, seguramente lo habría dicho.

—Ése era uno de ellos... pero hay otros. Hay otro fuerte, bajito, que parece un boxeador... Para mí que es medio anormal —dijo la mujer con cara de susto.

Cuando llegaron al primer piso vieron a Cabada y al agente que lo acompañaba, que venían caminando desde el fondo de uno de los pasillos.

—No hay nadie —dijo el sargento cuando ya estuvo a unos pasos de Román—; no hay nadie o no quieren abrir.

La mujer iba a decir algo en el instante justo en que Román se volvió hacia ella.

—Venga con nosotros, compañera —le dijo, y echó a andar hacia el cuarto de *Millito*. Todos lo siguieron.

Cuando llegaron junto a la puerta, Román miró recto a Cabada.

—Hay que entrar.

Entonces el sargento se ladeó y empujó violentamente la puerta con el hombro. La madera crujió, pero la puerta no se abrió.

—Yo estoy casi segura de que no hay nadie —dijo Marta.

Cabada le pegó un segundo empujón a la puerta, que cedió, abriéndose de par en par. Fue Román quien encontró el chucho de la luz, tanteando en la pared.

El cuarto era bastante amplio. Olía mal y era muy húmedo. Vieron una cama de hierro, sobre la que había una sábana amarillenta y arrugada, y una almohada sin funda. Frente a la cama, a un metro y medio de ella, aproximadamente, había una mesa cuadrada pintada de gris y cuatro sillas de diversos tipos. En la pared que quedaba justo frente a la puerta había un chiforrober también pintado de gris. Al pie de la cama había una mesita y sobre ella, un vaso con tres dedos de agua y un pomo de los que se usan para envasar compotas, lleno hasta la mitad de aspirinas. En la pared a la izquierda de la puerta había una vieja nevera y encima de ella una palangana esmaltada. El teniente mandó a abrir el chiforrober, pero no halló dentro nada que le pareciera importante: camisas, pantalones, medias, dos sábanas lavadas y otra sucia, dos pares de zapatos y algunas prendas de mujer: un reloj pulsera y un anillo de oro diez. Entre las sábanas había cincuenta pesos. En la parte baja del chiforrober encontraron un juego de dominó de fichas de madera, en cuya caja había marcada, con la incisión de una cuchilla, una letra M.

En la gaveta de la mesita apareció una navaja y varias cápsulas calibre 32 y 38, que Román guardó.

—Yo estoy segura de que *Millito* no ha venido desde ayer —murmuró la presidenta del Comité, como hablando para sí misma.

—¿Cómo lo sabe? —le preguntó Román.

La mujer miró al oficial. Sus ojillos brillaban detrás de los espejuelos.

—No quisiera equivocarme, compañero —dijo— pero me atrevería a apostar que anoche no durmió aquí. Yo me levanté tempranito y no lo vi salir; y *Millito* no es precisamente de los que madrugan. Y en el resto del día nada.

Salieron del cuarto. Marta, que apagó la luz, fue la última. Cabada y el agente se quedaron atrás cerrando la puerta, mientras Román y la mujer avanzaban por el pasillo, de nuevo hacia las escaleras.

—Si usted quiere que le diga la verdad —dijo Marta—, la última vez que lo vi fue ayer por la mañana, cuando vino el muchacho ese.

Sonrió de pronto, mirando a Román.

—¡Ah, mire, ése es otro!; otro de los que vienen a jugar dominó.

Hizo una pausa.

—Ése sí que me ha llamado la atención porque no se parece ni un poquito a los otros. Parece un muchacho decente; y yo me decía, ¿y qué hará ese muchacho con esta clase de elemento...? Aunque vaya usted a saber quién es el muchacho... A lo mejor es rinquincalla...

Román la miraba asombrado. De pronto, metió la mano en el bolsillo superior de su camisa, por la abertura del jacket, y sacó una pequeña libreta de notas. La hojeó y tomó entre los dedos una fotografía que mostró a Marta.

—¿Es éste? —le preguntó.

Marta lo miró como si Román acabara de efectuar un acto de brujería:

—¡Ése es! —le dijo asombrada—. ¡Ese mismito!

Román trató de disimular el ansia que lo consumía por saber todo lo que la mujer podía decirle.

—¿Cuándo dice usted que vino? —volvió a preguntar—. Piénselo bien, Marta.

—Ayer —dijo enseguida la mujer—; serían como las diez de la mañana, o algo así... Yo estaba trajinando, pero con la puerta abierta, ¿sabe?, por eso lo vi pasar al cuarto de *Millito*. Salieron los dos como media hora después.

—¿Y usted ya no volvió a ver más a *Millito*?

Marta quedó pensativa un momento y enseguida dijo:

—Bueno, ahora que me acuerdo, sí. Lo vi por la tarde, como a las tres y media o a las cuatro; iba a bañarse.

La mujercita hablaba con seguridad.

—Sí, señor, ésa fue la última vez que lo vi. Román la miró con admiración.

—¿Dónde piensa usted que pudiera haber ido *Millito*? ¿Se le ocurre alguna idea? ¿Sabe de algún ligar...?

La mujer lo miró con rostro apenado.

—¡Ay, no compañero; no puedo decirle! —. Él tiene sus cosas por ahí, claro está... y han venido algunas mujeres a verlo. Pero... yo no las conozco, francamente. No sé dónde pueda estar,

Román le estrechó la mano a la mujer y le dio las gracias. Ya Cabada y el agente, que habían cruzado junto a ellos, lo esperaban junto a la escalera. Los tres empezaron a descender hacia la calle, mientras Marta los observaba.

Entonces Román se volvió.

—Marta —le dijo sonriendo—, si algún día se embulla, tengo una plaza de investigadora para usted.

8:30 p.m.

El teléfono dio un timbrazo. Y otro. Y otro. Una mano lo descolgó en el cuarto en penumbras.

—¿Oigo?

Del otro lado de la línea una voz atropellada, incoherente empezó a decir:

—¿Eres tú? ¿Eres tú? Pasó algo; yo te lo dije que iba a pasar. La policía estaba en mi casa hace un rato. Creo que Veinte está muerto o herido. Yo lo vi; no lo vi bien, pero era él. Estamos jodidos, ¿tú me oyes? ¿Tú me oyes?

—Cálmate —dijo la voz; pero del otro lado, la otra voz, atropellada, llena de miedo, siguió hablando.

—¿Y ahora yo donde me meto? ¿Y yo qué hago ahora? ¿Y ahora...?

—Que te calmes te digo —dijo la voz—. Con esa pendejería no resolvemos el asunto.

Hubo un segundo de silencio.

—Pendejería nada, que tú sabes que yo me la rifo, coño —contestó irritada la otra voz.

—Escúchame bien —dijo la primera voz—: vete para casa de la mujercita que tenías por allá por La Lisa y no salgas de allí en cuatro o cinco días. Ni me llames. Yo te localizo. Déjame pensar. Dame cinco días para pensar. Pero no asomes la nariz a la calle.

—¿Allá? Tú estás loco, loco. Hace qué se yo qué tiempo que no me aparezco por allá. A lo mejor hasta tiene otro macho en la casa.

—Tienes que irte para allá —dijo, seca, la primera voz.
—No puedo —casi gimió la otra voz.
—No tienes otra salida, *Millito*.
Hubo un largo silencio.
—¿Qué vas a resolver en cinco días?
—Déjame eso a mí. Y acuérdate bien de esto: no se te vaya a ocurrir llamarme más y mucho menos venir por aquí. ¿Tú me estás oyendo bien?
—Sí, te estoy oyendo.
—Bueno. Cinco días. Yo te localizo.
—¿Tú sabes la dirección? —imploró la otra vez.
—No —dijo la primera voz—; pero yo te encontraré.
—¡Oye! —gritó *Millito*.
Pero ya habían colgado.

8:47 p.m.

Sierra vio a los tres hombres en la acera. Detuvo enseguida el Volga y se apeó.

Había tenido una tarde bien laboriosa: alrededor de las 4 había recibido una llamada urgente de Nicolás Carbonell; un chofer, Juan Sebastián Arroyo, había encontrado, casualmente, lo que a todas luces parecía ser el objeto contundente con el que habían ultimado a Erasmo Zuaznábar.

Sierra había llegado lo más rápidamente que había podido a Bejucal, casi volando por la carretera de Santiago de las Vegas.

«Sí», le había dicho Arroyo; «tuve una avería en la carretera, una bobería: la correa del ventilador que se rompió... y cuando abrí la caja de herramientas vi dos llaves en lugar de una... Me extrañó, y cuando fui a cogerla vi que estaba Benita de sangre seca... No, no es mi llave de claves: ésta es la mía, la conozco bien...»

Sierra todavía estuvo un rato en la unidad hablando con Carbonell; preguntó por Labrada, pero el jefe de personal había salido a una gestión en la Empresa, le habían dicho.

El sargento Miguel Sierra era —lo sabían muy pocos— un excelente químico. Había cursado la asignatura con calificaciones sobresalientes en el

Instituto Tecnológico, pero podía decirse que su conocimiento de la química sobrepasaba lo que había estudiado en sus cuatro años en el Instituto. Habitualmente, leía nuevos libros sobre la materia y alguna que otra revista especializada. Después de su ingreso en el DTI se había inclinado a los estudios de toxicología, a las varias facetas de la química que se relacionan con la identificación. Conocía bien, por ejemplo, los reactivos que permiten aislar y analizar la sangre humana, y diferenciarla de la sangre animal.

El hallazgo de la llave de clanes ensangrentada le había dado la oportunidad de sumergirse varias horas en un laboratorio, y llegar a conclusiones irrefutables; aquella sangre era del mismo tipo y factor que la de Erasmo Zuaznábar. Y en la llave había también sangre no humana, sangre de animal. La evidencia era total.

No encontró, sin embargo, impresiones digitales utilizables. Había numerosas huellas superpuestas, pero no se podía trabajar con ellas.

Había recordado y admirado la intuición de Román, la noche antes: «Lo que pasó es que Arroyo estaba de viaje», se dijo, «si no, el teniente la hubiera encontrado».

Cuando Sierra se había marchado de su oficina, él y Cabada dirigían la persecución de *Veinte Pesos*. Eran las tres y media de la tarde, más o menos. Cuando regresó, alrededor de las ocho de la noche, el flaco Luis García le había informado de la muerte del delincuente.

—Se cayó de una azotea en la calle Misión... Román salió para allá.

Ahora Román estaba allí, en la acera, acompañado por Cabada y un policía. Se saludaron y Román le dijo a Cabada:

—Vete en el Volga, que Sierra y yo vamos a ir a la Unidad de la PNR. Búscame a toda velocidad la ficha del tal *Millito*, y enseguida te vas a casa a dormir. Éstos son los datos —le extendió un papel—, yo voy en un rato para la oficina.

Mientras viajaban hacia la 1ra Unidad, en Dragones, Sierra le informó de su importante hallazgo. Román lo escuchó en silencio y luego dijo:

—Es lo que menos podía haberse imaginado el pobre Lavigne.

Sierra no comprendió enseguida. Arrugó las cejas y miró fijo a Román extrañado. De pronto, su expresión se hizo nuevamente relajada.

—Entonces, usted cree...

—Sí, Sierra —lo interrumpió Román—. Tenía que ser la llave de clanes que Lavigne había estado usando. ¿Recuerdas?

—Claro —dijo Sierra dándose una palmada en la frente—, nos dijo que había estado asegurándole los clanes a unos camiones y que cuando llegó Zuaznábar... —Hizo una pausa—. Lo que me extraña es que no notara la ausencia de la llave.

—Puede que no lo haya notado porque fuera una de las tantas llaves que hay en el taller de Mantenimiento. —Y añadió con voz grave—. De veras que resulta extremadamente cruel que haya sido ese el objeto que usaran para matar a Zuaznábar.

Román torció para tomar la calle Dragones.

—¿Y a qué vamos a la PNR, teniente? —preguntó Sierra.

—Con *Veinte Pesos* había otro —dijo Román en voz baja—. Se dio a la fuga también, pero Egoscue finalmente logró capturarlo en la Terminal de Trenes. Hizo mucha resistencia. Lo trajo aquí.

En ese momento, Román detuvo el VW frente al edificio gris de la Unidad. Franquearon la entrada, saludando al policía que montaba guardia.

Enseguida vieron a Egoscue, que llevaba un jacket sucio y estropeado, y la marca de un fuerte golpe en el labio superior. Con su habitual parquedad, les contó cómo había sido la persecución y captura del sujeto.

—Vete a descansar, Egoscue —dijo Román—. Ha sido un buen trabajo, de veras.

Román le estrechó la mano y Egoscue esbozó una sonrisa que el traumatismo del labio le impidió completar.

—Ah —le dijo Román, cuando Egoscue ya casi llegaba a la puerta—, a ver si te llevan a casa, que no estás nada presentable.

Unos minutos después, Román y Sierra llegaban, acompañados por un sargento de la Unidad, ante la celda donde estaba, enfurruñado, el hombre del cráneo con cicatrices. Lo hicieron salir y avanzó con su andar de oso, sólo que ahora mucho más lento, más cansado. Ya lo habían curado. Tenía un esparadrapo sobre la ceja derecha. A Sierra se le antojó la imagen de un boxeador después de haber perdido una pelea terrible. Tenía ambos pómulos tremendamente inflamados. Lo que había sido su camisa, era ahora unos cuantos jirones colgantes.

El sargento de la Unidad los dejó, y los tres hombres entraron en un pequeño cubículo donde no había más que dos sillas y una mesa.

—Siéntate —le dijo Román al hombre—. ¿Cómo te llamas?

—Genaro —dijo el hombre con voz tropelosa. Tenía la cabeza baja.

—¿Genaro qué? —volvió a preguntar Román.

—Solís —dijo el hombre sin levantar la cabeza—. Genaro Solís La Rosa.

Román se había sentado en una esquina de la mesa, pero el hombre permanecía de pie. Detrás del hombre estaba Sierra, casi junto a la puerta.

—Siéntate —volvió a decirle Román, y el hombre se dejó caer en la silla frente a él.

—Tú también estuviste en lo de Bejucal, ¿eh? —le espetó.

—Yo no sé na' de Bejucal —dijo—, hace una tonga'e tiempo que yo no he estao en Bejucal. No sé de qué me habla.

Román lo miraba fijamente.

—¿Entonces por qué corraste? ¿Por qué resististe de ese modo? —le preguntó recalcando cada una de las palabras.

El hombre levantó la vista.

—Porque estaba escapao, por eso —dijo, atropellando las palabras y mirando estúpidamente a Román—; esta misma madrugá voy en fuga de la granja y na' más que hago llegar a La'bana... Ni un día he durao en la calle —dijo en un tono recriminatorio casi pueril, como si su detención hubiera sido una falta de consideración imperdonable.

Román se dio cuenta de que el coeficiente de inteligencia de aquel hombre debía de estar bien por debajo de lo normal. Fue Solís quien siguió hablando.

—Ni doce horas llevaba en La'bana y tengo que venir a encontrarme con ese cabrón de *Carragua*, que no sé ni qué cono habrá hecho...

—Cállate —le ordenó Román con voz tan firme que el hombre hizo silencio y volvió a bajar la cabeza—. ¿Cuándo fue la última vez que viste a *Millito*?

—¿A *Millito*? —Solís lo miraba con cara de asombro.

El teniente le lanzó una mirada irritada.

—Sí, a *Millito* —le replicó con dureza— a Emilio Duquesne, al que tú conoces perfectamente.

—Bueno... yo, yo he ido a su casa, antes... porque yo hace casi tres meses que estoy guardao y desde... desde entonces más o menos no lo veo...

—¿Por qué estabas preso? —volvió a preguntar el teniente.

En la cara del hombre apareció una sonrisa idiota.

—Una bronca ahí —dijo, sonriendo—, una piñacera que se armó... botellazos, sillas rotas... Por poco acabamos con el café.

Román cambió el tono y le dijo, sonriendo él también:

—Te gustan las peleas, ¿eh, Solís?

El hombre sonrió torpemente y bajó la cabeza, entre satisfecho y avergonzado.

—Es que yo era boxeador, ¿sabe? Y bueno verdá. Quince peleas gané de un tirón, y casi todas por cao. Hasta a la Yuma me querían llevar.

Se había entusiasmado tremendamente.

—Si usted me hubiera visto pelear entonces... Y na' de eso de fajador na' má'. Yo le sabía un mundo al boxeo. Y rápido que era, gordo y to', cuando me encaramaba en la lona...

Se puso súbitamente de pie y ensayó un pasillo de boxeo, pero de pronto hizo una mueca de dolor y se llevó una mano a la espalda.

—Ay, coño —gritó—, ese hombre me ha soltado muerto...

Solís volvió a sentarse trabajosamente, mientras Sierra casi tenía que taparse la boca para no reír.

—Bueno, pues así mismo era —volvió a decir el hombre, a quien innegablemente le encantaba su historia de boxeador...— *Mariposa* me decían... *Kid Mariposa*... Volaba por el rin.

Sierra señaló un pequeño tatuaje en el cuello del hombre. Un tatuaje que Román, desde donde estaba, no alcanzaba a ver.

—Eso es de entonces, ¿no? —preguntó el sargento.

—Sí, mire —sonrió el hombre, feliz de que Sierra hubiera descubierto ese testimonio de su gloria, y le mostró al teniente una pequeña *Mariposa* encerrada en un círculo—. Si así me dicen todavía: *Mariposa*.

Román lo estaba mirando detenidamente y pensó que lo último que le habría evocado aquel hombre era justamente una *Mariposa*, pero en el largo conocimiento que tenía de la delincuencia, se incluía también algo sobre apodos y sobrenombres. A veces, un alias denunciaba una característica del

individuo, una manía o el lugar donde había nacido, o donde vivía. Pero muchas veces resultaba absolutamente irónico; a un tipo flaco y desgarrado le decían *Tarzán*, al que tenía un pie enorme, *Cenicienta*; y a este hombre de andar torpe, como el de un oso, le decían *Mariposa*.

—*Mariposa* —le preguntó Román—, ¿a dónde puede ir a dormir *Millito* fuera de su casa?

La expresión de la cara de Solís se transformó. Ya estaba otra vez en guardia.

—Yo qué voy a saber —dijo, tratando de sonreír.

—¿Él tiene alguna mujer? ¿Tú la conoces? —volvió a preguntar el teniente.

Mariposa lo miraba con aturdimiento.

—Yo no sé na' de eso... *Millito* siempre ha tenido dos o tres al retortero, es un buen jodedor —miró a Román como disculpándose por la palabra—; pero yo no sé na' de eso, ni quiénes son, ni na'.

Román lo observaba cuidadosamente.

—Mira, *Mariposa*, con la verdad vas a salir mejor. ¿Tú me vas a decir que nunca has visto a ninguna de esas mujeres en casa de *Millito*, ni sabes el nombre de ninguna, ni dónde vive ninguna?

Mariposa hizo una mueca de disgusto.

—Yo no sé na'... Es verdá que yo iba a veces a casa'e *Millito* a jugar dominó, pero yo no sé na' de sus mujeres... Es la verdá, la pura verdá...

Román sacó de su bolsillo una foto-carné y se la mostró al hombre.

—¿Me vas a decir también que no lo conoces? —le dijo a *Mariposa* en voz muy baja.

Mariposa miró la foto y enseguida a Román, un poco atemorizado.

—Sí —le dijo— ése es Teo, un socio de *Carragua* que a veces va también a casa'e *Millito* a jugar. Pero yo no sé na' de él. Lo he visto allí jugando y más na'.

Román se guardó la foto en el bolsillo.

—¿Dónde vive *Carragua*? —le preguntó.

—Yo no sé —dijo con voz lastimera *Mariposa*—, yo conozco a *Millito* y él me invitaba a veces a jugar dominó en su casa. Pero yo no sé na' más que eso. A *Carragua* y a Teo los conozco de allí. Yo no sé dónde vive.

—Vivía, *Mariposa* —le dijo Román sin mirarlo, mientras encendía un cigarro—. *Carragua* murió. Se cayó de una azotea, huyendo, después de dispararle seis tiros a un policía. Fíjate —lo miró y se echó hacia adelante— a ti te conviene decir la verdad. La cosa es fea, mucho más fea de lo que tú te imaginas.

—Ya le he dicho to' lo que sé —murmuró el hombre sin mirar a Román—. Yo estaba guardao en Matanzas, ¿qué iba a saber? Pregunte en la granja pa' que vea.

Román se puso de pie y le hizo una seña a Sierra, que salió al pasillo y llamó al sargento de la Unidad. Román le dio las gracias, después de decirle que había terminado su interrogatorio. El sargento se alejó llevando a *Mariposa* de regreso a su celda, mientras Román y Sierra iban en busca del auto.

—Es muy bruto —dijo Sierra.

—Sí, es bruto —concedió Román—, pero es un gato viejo. No ha dicho ni la mitad de lo que sabe.

Sierra lo miró arrugando el entrecejo.

—A mí no me parece que esté complicado.

—Ni a mí —dijo el teniente mientras metía la llave en la puerta del VW—. Lo de la granja debe de ser cierto; no creo que vaya a mentirnos en algo que podemos averiguar en un dos por tres. Pero me atrevería a jurar que sabe dónde vivía *Carragua* y que puede saber a qué lugar ha ido *Millito*.

—Es muy posible —dijo Sierra, acomodándose en el auto mientras Román encendía el motor.

¿Usted observó que le dice *Carragua* y no *Veinte Pesos*? Es el alias más viejo. Debe de conocerlo desde tiempo.

Román asintió con la cabeza, pero no dijo nada. Echó a andar el auto.

9:35 p.m.

Román y Sierra estaban sentados el uno frente al otro, en el buró del teniente, que se había transformado en mesa de comer. Acababan de devorar, después de la agotadora jornada que se había extendido de la tarde a la noche, unos bocaditos y dos botellas de yogurt. El sargento se servía ahora un poco

de café de un termo, mientras Román fumaba ya uno de sus Populares, reclinado en su silla, disfrutando de aquel excepcional momento de calma.

Sierra tenía, ciertamente, cosas que discutir con Román, pero pensaba que el teniente se merecía, necesitaba aquellos escasos minutos de reposo físico, y sobre todo de reposo mental. Que necesitaba, aunque fuera por unos instantes, no oír hablar de aquel caso que lo hacía trabajar sin tregua desde hacía casi 48 horas. Porque, además, Sierra sabía que aquel descanso era precario; que en cualquier momento entraría alguien, sonaría el teléfono y Román se levantaría de su silla, como siempre. Sabía que el honor de ser un combatiente del Ministerio se pagaba entregando al cumplimiento del deber cada minuto que fuera necesario.

Fue el propio Román quien rompió el silencio. Y el descanso.

—Tenemos cosas pendientes —le dijo al sargento mientras exhalaba el humo de su cigarro.

Sierra se sentó y sacó una libreta de notas. Empezó a hojearla, buscando la página precisa.

—Sí —replicó—, en eso mismo pensaba. Una es el chequeo de *Cuco Mazorra*. Lo fuimos a ver esta mañana a ese taller de Infanta.

—¿Quién? —preguntó Román.

—Salazar —dijo Sierra—, él le hizo la visita, o sé quién chequearía. De todos modos, el informe es de Salazar. Pero bueno, el caso es que vio a *Cuco* como a las once, y parece que el hombre se asustó. Confirmó la declaración de Felo Cárdenas, dice que lo dejó sobre las diez de la noche más o menos con la tal Reina en el portal del Inglaterra. Pero tampoco sabe nada de Reina ni cómo localizarla.

—Entonces nada —murmuró Román incorporándose en la silla y haciendo unos trazos sin sentido en una hoja de papel.

—Algo, teniente, algo —dijo Sierra significativamente—, porque *Cuco* salió como a las doce y media del taller, cogió una 54, se bajó por el Parque Central y caminó por Prado hacia Malecón.

El teniente miraba ahora a Sierra con interés.

—Dobló por Virtudes y luego se metió en una casa de huéspedes que hay ahí en Zulueta, casi en la misma esquina de Virtudes. Allí estuvo como media hora.

Hizo una pausa y pasó la página de la libreta.

—Cuando salió siguió por Zulueta hacia el Parque Central, y en el primer teléfono que encontró llamó un par de veces. Después llegó hasta el Parque y por allí deambuló un rato. Su buena media hora. Después se fue a su casa, al cuarto de la calle Rayo y de allí no ha salido en toda la tarde. No volvió al trabajo.

Román iba a decir algo, pero en ese momento sonó el teléfono. El teniente descolgó al segundo timbrazo.

—Ordene —dijo.

Oyó la voz de Cabada.

—Teniente, anote ahí: Emilio Duquesne Ruiz, alias *Millito* alias *Aspirina*. Blanco, de 32 años, natural de Guanajay. Una condena por fumar marihuana, otra por tráfico y otra por robo con fuerza. Es el de la foto-tipo.

—Muy bueno, Cabada —dijo Román, dictándole a su vez los datos a Sierra.

—Voy a sacar algunas fotos del sujeto. Ahorita las tiene ahí. ¿Ok? — volvió a decir Cabada.

—Bien, tráelas y te vas a descansar. Te espero.

Román miró a Sierra mientras colgaba.

—Por poco lo mata hoy ese *Veinte Pesos* —dijo, poniéndose de pie; se levantó ligeramente la gorra para alisarse el cabello—; manda a circular a este hombre con las patrullas. ¿Hay suficientes copias de la foto-robot?

—El flaco mandó a hacer veinte o treinta —dijo el sargento—. Ahí están.

—Basta con éstas —dijo Román—. Cuando tengamos la real la cambiamos, pero que empiecen a buscarlo ya. Aclara que va armado, que tengan cuidado. Y que traten de agarrarlo vivo, por todos los medios. Recálcalo bien, Sierra, por todos los medios.

Sierra iba a salir. Estaba ya ante la puerta del despacho. Y la puerta se abrió antes de que el sargento pudiera poner la mano en el tirador. En el vano, apareció la figura de un soldado muy joven.

—Perdone —se turbó, porque no esperaba encontrar a Sierra parado justo frente a él—, pero ahí hay una mujer que quiere ver al teniente.

—¿Quién es? —preguntó Román desde su buró.

—No quiere decir, quiere hablar personalmente con usted —dijo el joven—. Dice que es urgente.

Román arrugó el entrecejo.

—Dile que pase —murmuró.

Sierra salió, y la mujer entró en la oficina casi cruzándose con él. No podía decirse que fuera propiamente bella. Tenía unos ojos negros muy hermosos, y un cabello también negro y muy brillante, pero acaso tenía la boca demasiado gruesa, o la nariz demasiado pequeña, o el óvalo del rostro demasiado pronunciado. No, decididamente aquella mujer no habría ganado un certamen de belleza, porque además, pesaba más de lo requerido. En cambio, resultaba extremadamente sensual, extraordinariamente atractiva.

Debía tener, a lo sumo, 24 años, aunque el rostro maquillado acaso añadiera dos o tres más para la mirada de un observador poco perspicaz. Llevaba un pulóver azul claro, muy ceñido, y una pequeña falda de un azul mucho más oscuro, casi una cuarta por encima de las rodillas. Tenía una piel de un color semejante al de las mujeres de Arabia, o al de ciertos violines.

—Siéntese —le dijo Román indicándole una silla frente a su buró. La mujer avanzó y se sentó mientras sonreía.

—Usted dirá —le dijo el teniente.

La mujer estaba ligeramente nerviosa, aunque no parecía turbada en absoluto. Tal vez sólo un mínimo temblor en sus manos, que Román apreció cuando sacó una cajetilla de Dorados y encendió uno, fuera el único rasgo que delataba alteración en ella.

—Mire —le dijo a Román, exhalando una bocanada de humo—. Yo vine por un amigo que está detenido.

De pronto, el teniente recordó a la mujer que Felo Cárdenas había descrito.

—Ah —dijo—, usted es Reina.

La mujer sonrió, entre sorprendida y halagada.

—Para servirle —dijo—. Bueno, así me dicen, aunque no es mi nombre. Me llamo Caridad, Caridad Betancourt González.

Hizo una pausa.

—Mire, el caso es que me dijeron que este amigo mío, Felo, está preso, que se le acusaba, y que la cuestión era saber dónde había estado

antenoche...

La mujer había dejado de sonreír. Román iba a interrumpirla, acaso para hacerle más fácil su declaración, pero ella misma prosiguió:

— Él estuvo conmigo. A mí todo este trajín me cae muy mal, como usted comprenderá; es muy desagradable, pero ante un caso así, a una no le queda más remedio. —Miró ligeramente hacia un lado—. Estuvimos juntos toda la noche.

Román encendió un cigarro.

—Bien —le dijo a la mujer—, fue de las diez a las cinco más o menos, ¿no?

Ella asintió con un gesto.

—Bueno —volvió a decir Román—, vamos a hacer una verificación y eso es todo. Espere afuera unos minutos, por favor.

La mujer volvió a sonreír, se levantó de la silla y salió de la oficina cerrando la puerta tras sí, suavemente.

9:40 p.m.

La boca de *Millito* recorría el cuello tibio de la mujer.

—Déjame cerrar la puerta —murmuró ella sonriendo y apartándolo un poco.

Pero él la abrazó más fuerte y trató de besarla en la boca. Ella echó la cabeza hacia atrás, riendo.

—Déjame cerrar anda —volvió a decir.

Él la soltó y, como si hubiera perdido de pronto todo interés, se tiró en la cama. Ella se cerró apresuradamente los botones de la bata, se acercó a la puerta y pasó el pestillo. Se volvió hacia *Millito*, que tenía la vista fija en el techo.

—Quítate los zapatos, mi vida, que vas a ensuciar la sábana —dijo con un tono que pretendía ser cariñoso, pero en el que realmente se sentía el reproche.

Él pareció no oírla. Seguía con las manos cruzadas bajo la nuca.

—Hazme café —le dijo secamente, sin mirarla.

Ella se puso seria apenas un segundo, pero enseguida volvió a aparecer una sonrisa en su boca y volvieron a asomar sus fuertes y grandes dientes.

Terminó de abrocharse la bata que él le había abierto un poco antes, cuando tocó a la puerta y ella le abrió y él entró sin hablar y comenzó a besarla y a manosearla con furia, con avidez, como sólo lo había hecho las primeras veces que se acostaron, hacía ya casi diez meses. Y ella lo dejó hacer. Le gustaba, le gustaba mucho, y mientras él le zafaba los botones de la bata y la cubría de besos, ella había olvidado los reproches que le tenía reservados: hacía dos semanas que no venía a verla, que no sabía de él.

Y ahora se había tirado en la cama, como si estuviera hastiado.

Ella se acercó y empezó a quitarle los zapatos.

—Aquí la que lava soy yo, mi hijito.

Le quitó los mocasines y los colocó al pie de la cama. Los pies le olían a sudor, pero a ella le gustaba cualquier olor que fuera de él.

Se puso de pie, se echó el pelo muy crespo hacia atrás y, poniéndose las manos en la cintura, lo miró fijamente, diciéndole con un tono entre retador y burlón:

—Coño, llegas con mucho embullo y mucha besadera y luego pran, te tiras a descansar como si ya hubieras acabado.

Él se limitó a mirarla, y la sonrisa desapareció de los labios de ella. Él volvió entonces a fijar la vista en alguna parte del techo descascarado, y ella, encogiéndose de hombros, se fue a un rincón del cuarto, donde tenía una mesita con una cocina de luz brillante.

Comenzó a preparar el café. Tenía por lo menos diez años más que él, y su rostro iba con su edad. Se veía que no había sido un rostro bello, aunque tampoco era desagradable. Ahora, algunas arrugas le acentuaban la dureza natural de los rasgos. Sus ojos eran pequeños y su boca, grande, había perdido la frescura. Era el rostro de una mujer de casi cuarenta y cinco años, que había trabajado mucho, o sufrido mucho, o las dos cosas. Sin embargo, su cuerpo era asombrosamente joven. Sus senos se mantenían firmes y su vientre liso. Sus muslos y sus piernas no tenían várices, ni marcas muy ostensibles.

Puso a hervir el agua con el polvo y regreso a la cama. *Millito* estaba fumando. No había cambiado de posición. Seguía con la vista fija en el techo.

Ella se quedó de pie junto a la cama, esperando a que él la mirara.

—¿Será que ya no te gusto? —dijo de pronto.

Él no respondió.

Entonces ella, lentamente, se zafó los botones de la bata y la dejó correr por sus hombros hasta el piso.

—Emilito —murmuro.

Él volvió el rostro hacia ella.

Entonces ella se tomó los senos con las manos, se los miró y elevando enseguida sus ojos hacia él, dijo sonriendo:

—¿Ya no te gustan?

Millito arrojó el cigarro al piso, se incorporó en la cama y de un tirón la echó en el lecho.

En la cocinita, el café había comenzado a hervir.

10:00 p.m.

El hombre que entró era muy alto y flaco, de piel blanca y pelo muy negro. Tendría muy poco más de treinta años, y un andar lento y desgarrado. Estaba serio, y franqueó la puerta de la oficina sin pronunciar palabra.

—Espere un minuto —le dijo Sierra, y salió.

Román lo observaba desde su buró, pero el flaco alto y desgarrado prefería mirar hacia otro lado, con los brazos cruzados sobre el pecho.

Entonces entró Sierra y detrás de él entró Reina. Pero el flaco alto y desgarrado no volvió la cabeza. Fue preciso que Román le dijera, señalando a la mujer:

—¿La conoce?

El flaco alto y desgarrado volvió la cara y aquella cara se convirtió en otra cara.

—Bueno, la verdá —dijo sonriendo— sí, la conozco, algo así no se olvida tan fácil...

La mujer lo miró con seriedad, pero el flaco alto y desgarrado no se inmutó.

—No hace ni dos días... A ver... sí, antenoche estuvo allá —dijo mirando alternativamente a Román y a la mujer—. Yo estaba en la carpeta

y...

De pronto el flaco alto y desgarbado se quedó mirando a la mujer con los ojos muy abiertos. Volvió el rostro asombrado hacia el teniente y dijo, chasqueando los dedos:

—¡Teniente, por su madre! —alzó la voz y movía mucho sus largos brazos—. ¡Si ella iba con el hombre... Con ése que yo vine a ver ayer! ¡Y yo que dije que no me acordaba de haberlo visto! Qué pena tengo con ese hombre. Pero ahora sí estoy seguro, ellos estuvieron antenoche allá y se fueron por la mañana, un poco antes de que yo terminara el turno... Seguro.

Hizo una pausa y repitió, hablando consigo mismo:

—Pero qué pena tengo con ese hombre.

Román se echó hacia atrás en su silla, sonriendo.

—Bien —dijo—. Creo que todo está claro. Pueden retirarse los dos.

Reina y el flaco alto y desgarbado salieron, y Sierra cerró la puerta tras ellos, echándose a reír.

—Eso es lo que se llama una memoria selectiva —dijo entre carcajadas.

—No te rías más, Sierra —dijo Román riendo a su vez— y haz que pongan en libertad a Felo Cárdenas. Que le echen una buena reprimenda y que lo pongan en libertad.

—Seguro que *Cuco Mazorra* estaba buscando a Reina —dijo Sierra riendo aún, mientras descolgaba el teléfono.

—No cabe duda —dijo el teniente—. Salió a buscar a la mujer fantasma y la encontró.

Sintieron el sonido de la cerradura de la puerta y vieron entrar a Cabada.

—Aquí están —dijo, entregándole un pequeño sobre a Román.

—Perfecto —dijo el teniente mientras lo abría. Dentro estaba el hombre de la foto-tipo. Sólo que la cara de esta foto, la verdadera, tenía ese indefinible toque de realidad que ninguna foto-tipo es capaz de conseguir. Aquí la cara del hombre era más huesuda y sus ojos más torvos. Se apreciaba en su rostro la sombra de una barba cerrada. Era uno de esos rostros que jamás parecen limpiamente afeitados.

—Con esto estamos completos —murmuró Román pasándole el sobre a Sierra.

Román encendió un cigarro mientras se ponía de pie.

—Cabada, ve a dormir, que mañana vamos a tener trabajo. Y bastante.
Se volvió hacia Sierra.

—Averígueme el teléfono de Labrada, que ya es hora de que me explique algunas cosas.

Cabada había avanzado algunos pasos hacia la puerta, pero se paró en seco y dio media vuelta para mirar fijamente a Román.

—Teniente —dijo mientras avanzaba hacia él —se me había olvidado, con todo el lío de esta tarde se me había olvidado, pero ahora voy a matar dos pájaros de un tiro.

Román lo vio meter la mano en el bolsillo de la camisa y sacar de él un papel.

—Éste es el teléfono de Labrada —dijo el sargento, extendiéndole el papel a Román.

El teniente lo tomó mirando con asombro a Cabada. Pero antes de verlo, ya había comprendido que el número de Ciro Labrada era el 30-9107, el mismo que había aparecido escrito en un trozo de papel rayado, en las ropas de Teo Gómez.

10:30 p.m.

Ella estaba acostada junto a él. Sentía frío, pero estaba desnuda, con los brazos cruzados sobre el pecho. Él estaba cubierto a medias por una sábana, mirando al techo y fumando.

La única luz era la que venía del pequeño baño. Afuera, en el pasillo del edificio, se sentían de cuando en cuando algunas voces y pasos.

—Emilito —dijo ella volviéndose un poco sobre sí misma y mirándolo.
Él no contestó.

—Mi vida, ¿qué te pasa?

—A mí na' —respondió él sin mirarla.

—Algo te pasa —insistió ella—. ¿Por qué no me lo dices?

Millito le dio una última chupada al cigarro y lo tiró al piso. Se puso de pie y caminó hasta el baño. Ella lo sintió orinar y luego lavarse las manos y enjuagarse la boca. Regresó a la cama y se dejó caer en ella de nuevo.

—¿Hay algo de jamar?

—¿Quieres que te prepare algo? —preguntó ella dulcificando la voz.

—Cualquier cosa.

—¿No me vas a decir qué te pasa? —murmuró ella pasándole la mano por la cara.

Pero él le apartó la mano bruscamente.

—Te he dicho que no me gusta que me toquen la cara —le dijo con violencia—. Y tú lo signes haciendo.

Ella hizo una mueca, se puso de pie y se puso la bata.

—¿Huevo, arroz y plátano? —preguntó, molesta.

—Cualquier mierda —respondió él, sentándose en la cama y empezando a ponerse los zapatos.

Ella lo miró un instante y luego comenzó a buscar en un estante que tenía junto a la cocinita de luz brillante un par de plátanos verdes. Tomó uno y empezó a pelarlo con el cuchillo.

A veces, como aquella, sentía unos violentos deseos de no verlo más. En otras ocasiones no, pero cuando se ponía así recordaba siempre a Adelfa, su amiga más íntima, que se lo había dicho: «Ese hombre te va a desgraciar.» Pero a ella le gustaba aquel hombre, aunque sabía que su amiga tenía razón. Y ahora, después de muchos días sin venir, se aparecía para decirle que se quedaba en el cuarto un tiempo. Y venía con un revólver. Ella nunca lo había visto armado, aunque sabía la clase de gente que era *Millito*. Violenta, muy violenta. Pero quizá era aquella violencia lo que a ella le gustaba. Nunca lo había sabido del todo. *Millito* terminó de ponerse los zapatos y se metió en los pantalones. Entonces se volvió hacia ella y sin rodeos le dijo, casi le gritó:

—Me están buscando por matar a un tipo.

Ella no se volvió enseguida. Sus manos no pudieron seguir pelando el plátano. Comenzaron a temblar. Pero tratando de hablar normalmente, le dijo:

—¿Por qué no me lo dijiste antes?

Entonces él estalló. Estaba alterado y estalló.

—¿Pa qué, pa' echarme pa'lante?

Ella se volvió y lo vio con el rostro congestionado, como no lo había visto en su vida.

—Pa' echarme pa'lante, ¿eh? —gritó él otra vez.

—Los vecinos, Emilito... —empezó a decir ella, pero él la cortó.

—Me tocan los cojones los vecinos —gritó—. Tú lo que querías era echarme pa'lante, ¿verdá?

Caminó hacia ella que retrocedió asustada. —Por Dios, Emilito, cálmate...

—Qué era lo que ibas a hacer, ¿eh? —le gritó él sacudiéndola, por los hombros, fuera de sí, con el rostro contraído—. ¿Qué, qué?

—Tú estás loco —gimió ella.

—¡Cabrona! —gritó él y le cruzó el rostro con una bofetada.

Volvió a golpearla otra vez y ella cayó al suelo, arrastrando la mesita en la caída y dando un grito.

—Te has vuelto loco —gritaba ella llorando, mientras retrocedía arrastrándose por el piso.

—Te voy a matar, maricona —gritaba él mirándola con los ojos enrojecidos y siguiéndola lentamente.

El rostro de ella tenía ahora una expresión de espanto.

—Cabrona —jadeó él y le lanzó una patada que le acertó en las costillas. Ella lanzó un grito agudo.

—¡Auxilio, que me matan, auxilio! —comenzó a gritar ella, histérica, desesperada.

—Cállate, coño —gritaba él más alto que ella, mientras le volvía a pegar.

«Lala, ¿qué te pasa? Vieja, Lala» —se oía afuera. Empezaron a golpear la puerta, cada vez con más fuerza.

Entonces *Millito* reaccionó, volvió en sí. Miró extrañado a Lala que gritaba en el piso, y estuvo a punto de preguntarle qué hacía allí.

En ese instante, la puerta se abría con estrépito y varios hombres irrumpían en la habitación. Detrás, todo el edificio, hombres y mujeres, miraban hacia adentro.

—¿Qué es eso de pegarle a una mujer cabrón? —gritó un negro alto y fuerte que venía delante, avanzando hacia *Millito* con los puños en alto.

Pero *Millito* dio un salto y agarró su revólver de encima de la cama.

—AL que dé un paso lo mato —gritó, temblando.

Se hizo silencio. Los hombres se quedaron como clavados en el piso, mirándolo fijamente.

—Déjenme pasar cono, déjenme pasar —dijo caminando hacia la puerta. Le fueron abriendo paso y él, con el revólver en la mano y la camisa medio abierta, salió al pasillo.

Algunas mujeres comenzaron a gritar, pero *Millito* se lanzó corriendo hacia las escaleras.

Cuando había bajado ya hasta el segundo piso sintió detrás de sí los pasos y las voces de «ataja».

Disparó hacia alguna parte y el estampido retumbó terriblemente en la caja de la escalera. Las voces se acallaron y él siguió bajando de dos en dos los escalones.

Salió a la calle. Había mucha gente alrededor del edificio, que, al verlo, corrieron en distintas direcciones.

Millito echó a correr hacia la Calzada, enloquecido, sin que se le ocurriera guardar el revólver con el rostro lleno de sudor a pesar del intenso frío.

Volvió a oír detrás de sí los gritos y las voces de «ataja» y trató de acelerar el paso. Faltaba una cuadra para la Calzada de La Lisa.

La calle por la que corría estaba demasiado iluminada, y a su paso veía rostros asombrados, gente que retrocedía, puertas cerradas con fuerza.

Media cuadra para la Calzada. Y entonces, vio al patrullero que detenía la moto, desfundaba la pistola y la montaba. No lo había visto doblar y ahora ya no había tiempo para nada.

Millito se detuvo en seco y se volvió. Hacia él avanzaban, por el otro lado, ocho o diez hombres que corrían. Se volvió de nuevo. El patrullero corría hacia él con la pistola en alto. «Suelta el arma» le gritaba.

Millito retrocedió un paso, instintivamente. Entonces levantó el revólver en dirección del policía y disparó.

El policía cayó, pero casi enseguida se agarró con fuerza la muñeca de la mano en la que llevaba la pistola y disparó a su vez.

Millito cayó de bruces. Debajo de él se empezó a formar un charco de sangre.

11:25 p.m.

—Me imagino que usted me explicará a qué se debe esto —dijo Ciro Labrada con aire ofendido.

Estaba sentado frente al buró de Román y, por primera vez, el teniente conseguía ver sus ojos pardos. «Al menos de noche se quita los espejuelos», pensó Román.

—Creo que me he mostrado dispuesto a cooperar en todo lo que me ha pedido y ha estado en mis manos —siguió diciendo Labrada, mirando ahora con irritación a Nelson Barrero, que estaba de pie junto a él—; pero este compañero me ha traído aquí como si yo, realmente...

Labrada no terminó la frase. Acaso porque esperaba que Román hablara; pero Román no dijo nada. Ni siquiera lo miró. Consultaba, con desaprensión, un expediente.

El teniente sentía, tal vez ahora más que nunca, la inexplicable sensación de molestia que aquel hombre le producía. Pero sabía también que lo que estaba en juego era infinitamente más importante que eso. Lo que estaba en juego era descubrir o no la verdad; poner o no en manos de la justicia a un criminal sin escrúpulos. Como sabía, además, que tenía ante sí a un hombre astuto hábil. Siguió hojeando desganaadamente el expediente. «Bueno vamos allá» pensó. Y levantó la vista.

—Lo que ocurre, Labrada —dijo con toda tranquilidad— es que hay algunas evidencias que lo acusan a usted y que es imprescindible dilucidar. Y cuanto antes, mejor, ¿no le parece?

—Por supuesto —dijo Labrada—. Mi disgusto era simplemente por una cuestión formal... de método. Y en cuanto a esas... *evidencias*, quisiera saber en qué consisten, porque estoy seguro de poder explicar cualquier cosa.

Labrada extrajo del bolsillo de la fina camisa un paquete de Aromas, y del bolsillo más pequeño del pantalón, un encendedor de gas.

—Encienda con éstos —le dijo Román—. ¿No son suyos?

El teniente dejó caer sobre el buró una caja de fósforos de cuadros azules y blancos. Labrada hizo un leve gesto de sorpresa y se irguió ligeramente para verla bien, pero no hizo ningún ademán de cogerla. En la caja, estaba la L, escrita a tinta de bolígrafo.

—No, no son míos —dijo por fin—. Yo no uso fósforos, como usted ve, pero cuando los usaba nunca marqué mis cajas. Esa L no es de Labrada,

puede estar seguro.

Accionó el encendedor. Hubo un chasquido y la fina llama azul brotó rápida, recta. El hombre prendió un cigarrillo, apurando una larga bocanada de humo.

Román se echó hacia atrás en su silla.

—Labrada —dijo despaciosamente—, explíqueme bien qué hacía usted en la base antes de anoche

Hizo una pausa.

—Porque usted, precisamente usted, fue la persona que quedó allí con Zuaznábar cuando lo mataron.

Labrada reaccionó con apuro, pero seguramente.

—No, no diga eso, yo...

—Usted estaba allí —lo interrumpió Román—. A usted lo vieron allí.

—Sí, estuve trabajando allí hasta las diez o diez y cuarto y a esa hora me fui. Vi a Erasmo al salir y...

Román lo interrumpió nuevamente.

—Me gustaría muchísimo saber, Labrada —dijo con sequedad— por qué no me había dicho que usted estuvo allí esa noche.

Nelson Barrero permanecía de pie, detrás de Labrada. Pero Sierra, y Cabada —que no había querido irse a dormir sin asistir al interrogatorio— habían arrimado dos sillas al costado del buró de Román y seguían con atención el diálogo.

Labrada dio una larga chupada a su cigarro.

—Mire, la verdad, fue un lapsus —dijo con tono seguro—. Pero también fue que no me pareció importante, no se me ocurrió... Como yo me fui sobre las diez y el forense dijo que a las doce...

Volvió a fumar.

—¿No dijo que a Erasmo lo mataron entre doce y una poco más o menos?

—Eso dijo —asintió Román.

—Pues por eso no creí que fuera importante mi presencia allí —volvió a decir el jefe de personal—. Cuando me fui todo estaba normal, como cualquier noche.

Román encendió un Popular.

—¿Usted acostumbra a trabajar hasta esa hora, Labrada? —preguntó.

—No siempre, claro —dijo el hombre—. A veces. Usted sabe cómo es eso. Hay días en que uno tiene algo importante que hacer y se queda hasta tarde. Antes de anoche, precisamente, estaba trabajando en un proyecto de reestructuración del personal.

—Salió entre diez y diez y cuarto de la unidad —murmuró Román, mirando a un punto indefinido, por encima de la cabeza de Labrada—. Salió entre diez y diez y cuarto...

De pronto, miró a Labrada, recto a los ojos

—¿Y a dónde fue?

Román creyó ver un casi imperceptible asomo de satisfacción en el rostro del jefe del personal. El hombre fumó morosamente, exhaló el humo y empezó a hablar mientras aplastaba el cigarro en el cenicero de cristal que tenía delante.

—A casa de Carbonell, el director. Llegué allí sobre las once —dijo— ¿Sabe?, quería mostrarle el proyecto, y se me ocurrió...

—Y usted, claro, también acostumbra a visitar a Carbonell para discutir planes y proyectos —dijo Román con sorna—. La cosa era urgente, ¿no? o podía esperar al otro día.

Cabada hizo un mínimo gesto de aprobación. De veras, no podía imaginarse a Labrada agrediendo él mismo a Zuaznábar. No: si este hombre tenía participación en el crimen, tenía que ser una participación de otra índole, más indirecta, más sutil más taimada. Y si era así, con toda seguridad que se habría preparado una buena coartada.

—Bueno —Labrada dudó unos segundos—. No, no era urgente, pero se me ocurrió... Estuve varias horas trabajando en eso, y como Carbonell se había interesado en el proyecto, pensé que le gustaría verlo enseguida. Lo llamé y fui para allá. No era la primera vez que lo hacía, por supuesto.

Román aspiró el humo de su cigarro y lo exhaló mientras volvía a hablar.

—¿Dónde vive Carbonell?

—En Kohly —respondió Labrada—. Estuve allí hasta las doce y media y fui para mi casa. Puedo probarlo, porque coincidí a la entrada con un vecino del edificio. Porrúa, Rafael Porrúa, que vive en el segundo piso. Sería la una, o algo así.

Román se echó hacia adelante en su silla giratoria, y descansó los codos sobre el escritorio.

—Labrada —dijo en voz baja—, cuénteme por qué estaba usted enemistado con Zuaznábar.

Por primera vez, Román vio una expresión de inquietud instalarse en el inexpresivo rostro del hombre. Su voz, sin embargo, sonó perfectamente apacible.

—Bueno, ya le dije otra vez que Erasmo tenía su modo de ser... Muy mal carácter, diría yo... Y no hacíamos buena liga, es cierto. Pero de ahí a hablar de enemistad, vamos...

—No mienta, Labrada —lo cortó Román—. Va a ser peor.

Era difícil adivinar en la mirada del jefe de personal algo más que una profunda sorpresa.

—Usted y Zuaznábar tuvieron una violenta discusión e incluso dejaron de hablarse —dijo Román con suavidad.

Labrada lo miraba, acaso preguntándose hasta dónde sabía Román y hasta dónde fingía saber. El teniente había visto, en sus ya numerosos años de trabajo, muchísimos hombres nerviosos. Hombres de todas clases, de los más variados temperamentos; y a pesar de que la voz de Labrada no temblaba; a pesar de que sus respuestas eran cuidadosas; a pesar de que dominaba cada uno de sus gestos, Román sabía que aquel hombre estaba nervioso, terriblemente nervioso.

—Mire, teniente —dijo por fin— yo no sé... No sé lo que puedan haberle dicho a usted. Yo, en efecto, tuve una discusión hará tres o cuatro semanas con Erasmo, porque... me faltó el respeto... Un problema de trabajo. La cosa no pasó de ahí.

Román hizo una mueca y se puso de pie, como si aquel juego empezara a aburrirle.

—Labrada —dijo lentamente—, trate de entender. Sustraer unas cuantas piezas de un almacén es un delito menor. Un asesinato es una cosa muy seria.

Cabada miró al jefe de personal. La frente de Ciro Labrada estaba perlada por el sudor a pesar del frío y el penetrante aire que entraba en la oficina a través de la ventana entornada.

—Usted no pretenderá —dijo, atropellando por vez primera las palabras — que yo maté... usted no... Eso es una locura, teniente, eso no tiene pies ni cabeza...

Román fumó por última vez de su cigarro y lo dejó caer en el cenicero. Se inclinó y abrió una de las gavetas de su buró. Sacó un expediente y empezó a hojearlo. Y hojeándolo se sentó, sin mirar a Labrada.

—Usted sabe que mataron a Teo Gómez.

Labrada pareció aliviado cuando Román cambió de tema.

—Sí, claro —dijo—, nos enteramos hoy en la unidad.

Hizo una pausa y enseguida murmuró:

—Jamás me lo habría imaginado.

—¿No se habría imaginado qué? —inquirió Román.

—Que estuviera metido en lo de Zuaznábar y... —se interrumpió súbitamente—. No me vaya a decir que cómo lo sé... Yo no sé nada, pero es obvio. Hasta un tonto se da cuenta.

—No crea, Labrada —dijo el teniente—, no es tan fácil. Pero no voy a preguntarle eso. Quiero que me diga cómo eran sus relaciones con Teo Gómez.

—Normales, como con cualquier otro chofer de la base.

—¿Usted no mantenía relaciones de otra índole con él? ¿Relaciones personales?

Labrada lo miró con asombro.

—¿Relaciones personales? —repitió Labrada subrayando la interrogación—. Ninguna. En absoluto.

Román extrajo un papel del expediente que tenía ante sí y se lo extendió al hombre.

—Es su teléfono. El de su casa, ¿no?

El jefe de personal miraba a Román como si no acertara a comprender.

—Sí, sí, claro —respondió.

—Entonces, Labrada, es difícil, muy difícil creer que usted no tenía con Teo más relaciones que las de trabajo. Porque ese teléfono apareció en la cartera que llevaba cuando lo asesinaron... El único número telefónico que llevaba consigo era el de la casa de usted.

Labrada sonrió nerviosamente, como si fuera evidente que Román daba excesiva importancia a algo que no tenía ninguna.

—Teniente —dijo—, muchos empleados conocían mi teléfono. Muchos trabajadores me han llamado a casa cuando ha sido necesario. Yo mismo les he dado el número a muchos.

—No se trata de muchos —dijo Román terminantemente—, se trata de Teo Gómez, exclusivamente. ¿Usted le dio el teléfono? ¿Tenía que llamarlo él por alguna razón?

—Yo... —Labrada miraba fijamente a la pared, como tratando de recordar—. No... no recuerdo habérselo dado a él en especial. Pero cualquiera pudo dárselo.

—Eso quiere decir que Teo Gómez nunca lo había llamado a su casa, ¿estamos?

—No —admitió Labrada—, nunca me ha llamado.

Ahora el jefe de personal estaba encendiendo otro cigarro. Los labios de Labrada temblaban ligeramente. Román lo dejó exhalar una ansiosa bocanada de humo.

—Labrada —preguntó subrayando cada palabra—, necesito saber qué hizo usted anoche, de ocho a once. Necesito saberlo con precisión.

Cabada sacó uno de sus Vegueros y lo encendió. Sí, Labrada estaba terriblemente nervioso. Pero también él, Cabada, esperaba con ansiedad la respuesta del hombre.

—¿Anoche? Fui al concierto de la Sinfónica, en el Amadeo Roldán.

Hizo una pausa. Miraba un punto impreciso, como tratando de ordenar sus recuerdos.

—Déjeme ver... Sí, llegué al Carmelo de Calzada antes de las ocho y comí allí. Sería ya un poco más de las ocho y media cuando entré en el teatro. A las nueve en punto empezó el concierto.

—¿Fue acompañado al concierto? —preguntó Román.

—No, fui solo —respondió Labrada, fumando nerviosamente.

—¿No encontró allí ningún amigo, ningún conocido? Si usted es asiduo a los conciertos de la Sinfónica, seguramente conocerá a otros.

—No, no me encontré con ningún conocido —dijo el hombre, y enseguida: —Yo no soy asiduo a los conciertos, teniente. Me gusta la música

y voy cuando puedo, pero no soy un habitual. Pero puedo decirle que el programa...

Román lo miraba recto a los ojos, sin pronunciar palabra.

—El programa... Tocaron la Obertura de *Oberón* y la *Eroica* de Beethoven, la *Tercera Sinfonía*...

—No es suficiente, Labrada lo interrumpió Román—. No es suficiente para probar que usted estaba allí. Y es importante que lo pruebe, porque a Teo Gómez lo mataron de un balazo en la cabeza entre las ocho y las diez de la noche.

Labrada iba a protestar, pero su gesto se transformó en una mueca de cansancio. Comprendía que necesitaba algo más que puras palabras.

—Yo estaba en el Roldán, teniente —dijo con humildad—, de veras que estaba.

De pronto se animó.

—Aquel hombre... Sí, aquel hombre me vio... Un hombre que estaba sentado delante de mí. Un hombre muy curioso. Tenía un forúnculo, un grano muy desagradable en la parte trasera del cuello, junto a la nuca. A cada rato se volvía y miraba hacia atrás, como si estuviera esperando a alguien. O como si temiera que alguien lo viera.

—¿Usted sabe quién es? ¿Puede localizarlo? —preguntó Román.

—No —dijo Labrada—. En el intermedio se me acercó. Fue en el vestíbulo. Me pidió candela y luego hablamos unas palabras. Seguía mirando para todas partes, como si lo estuvieran persiguiendo.

Sierra hizo un gesto que quería decir «eso no sirve para nada». Labrada lo observó. Por primera vez pareció fuera de sí.

—Sí, ya sé que eso no prueba nada —dijo atropelladamente, con un innegable tono de desesperación—, pero es así, así mismo... Muchas veces sale uno a la calle y va a lugares y no puede probarlo después. Pero así fue, así mismo fue.

Román se echó hacia adelante en su silla y apoyó los codos en el buró.

—Labrada —dijo— ¿usted conoce a un individuo al que le dicen *Carraguo* y también *Veinte Pesos*? Su nombre es José Ángel Chacón.

—No —dijo el hombre con seguridad—. No sé quién pueda ser.

—¿Está seguro? —insistió Román—. ¿Tampoco sabe nada de *Millito Duquesne*?

Labrada puso cara de quien oye hablar de algo totalmente desconocido.

—Primera vez que oigo hablar de cualquiera de los dos.

—¿Nunca los ha visto? —le preguntó—. Piénselo bien.

Labrada observó detenidamente las dos caras.

—Labrada —dijo Román bajando la voz y dándole una intención persuasiva a sus palabras—, dígame la verdad, que es por su bien; ¿qué sabe usted de Teo Gómez?

—Nada de particular —dijo enseguida el hombre—, le aseguro que nada que no le haya dicho.

—¿Con quién andaba Teo en la base? ¿Con quién se relacionaba? —volvió a preguntar Román.

Labrada quedó pensativo unos segundos.

—Mire, yo no sé mucho de eso. Teo no era un tipo muy sociable que digamos —apagó u Aroma en el cenicero—. Yo no lo veía con nadie así en especial. A veces... con Marcos Ochoa, un chofer viejo él, que vive por Infanta. Otras veces lo he visto con Abreu, el chofer que descubrió el crimen, ¿recuerda?

Román asintió con un gesto.

—Hace unos días lo vi con Carlos Quintana, un mecánico que entró en la base más o menos cuando entró el mismo Teo.

Román se puso de pie.

—Labrada —dijo—, usted queda detenido.

El hombre iba a decir algo, pero Román continuó:

—Mañana hablaremos otra vez. A ver si se le aclara la memoria.

El jueves 21 de diciembre de 1973

12:55 a.m.

Román saludó levemente al hombre que custodiaba la entrada del Hospital Militar, que le respondió con un gesto semejante.

En unos pocos segundos el VW atravesó la calle que conducía, bordeando el vasto parque que esta' frente al edificio principal del hospital, al Cuerpo de Guardia.

Había varios carros estacionados allí: ambulancias, yipis, taxis; Román bajó del auto y penetró descendiendo unos pocos escalones, en el vestíbulo lleno de gente. Consultó su reloj y comprobó lo tarde que era, pero se dio cuenta de que en aquel sitio todas las horas eran idénticas. Como el implacable ritmo de la vida y la muerte, allí la actividad no cesaba jamás.

Un hombre de unos veintitantos años, médico o tal vez estudiante, que vestía un pantalón verdeolivo y una bata de un verde más claro y mucho más brillante, se acercó al teniente, que miraba en derredor como buscando a quién dirigirse.

—¿Viene por el caso de La Lisa? —le preguntó— ¿El herido de bala?
El teniente asintió.

—Venga, venga por aquí para que el profesor Rodríguez Perera le explique.

El joven echó a andar por un pasillo interior, seguido de Román.

—Murió —le dijo al teniente, volviendo ligeramente la cabeza, mientras caminaba.

El joven abrió una puerta y Román vio a un médico de unos 45 años que escribía sentado a una pequeña mesa de hierro pintada de blanco. Llevaba una bata más blanca que la propia mesa. El médico alzó la vista.

—Profe —dijo el joven—, el teniente viene por el caso de La Lisa.

El profesor se puso de pie, quitándose los espejuelos d armadura negra. Era bastante alto, grueso, de cabello negro, en el que se veían escasas canas, y tez blanca. Le estrechó la mano a Román con una sonrisa y enseguida lo invitó a pasar al fondo del cubículo.

El profesor describió una cortina de un verde semejante al de la bata del joven, que acababa de marcharse. Román vio una cama de hierro con ruedas y sobre ella un cuerpo totalmente cubierto por una sábana manchada de sangre.

—Llegó cadáver —dijo Rodríguez Perera levantando la sábana—. Fue un solo disparo, pero le interesó la aorta. Una hemorragia enorme. La muerte sobrevino en pocos minutos.

Román observó aquel rostro, el mismo que esa tarde había logrado revivir en la memoria de Viki Carreras. El rostro de *Millito* Duquesne. Era curioso, pero ahora se parecía más a la foto-tipo que a la auténtica. Tal vez por sus ojos cerrados, que ya no podían mirar de aquel modo torvo. Acaso por la extraña placidez que la muerte había dado a los rasgos de su cara.

—Ya avisamos al patólogo —dijo el profesor— para que redacte un informe completo. Mañana mismo puede tenerlo.

El médico miró su reloj.

—Digo, hoy —sonrió.

Román procedió a vaciar los bolsillos del hombre, y tomó el reloj que llevaba en la muñeca izquierda. «Lo mismo de siempre», pensó cuando tuvo todos los objetos en sus manos. Mecánicamente los dejó caer en un bolsillo de su jacket.

Se despidió del profesor y afuera se encontró nuevamente con el joven.

—¿No ha venido nadie a interesarse por él? —le preguntó.

El joven señaló a una mulata que estaba sentada en un banco del vestíbulo.

—Esa es una —le dijo a Román.

Román le dio las gracias al joven y se acercó a la mujer.

—Perdone —le dijo—. ¿Tiene usted algún parentesco o relación con Emilio Duquesne?

—¿Yo? No —replicó la mujer rápidamente—. Lala es... su mujer. Yo vine acompañándola. Soy su vecina. Ella fue... —señaló de pronto hacia la

puerta del Cuerpo de Guardia—. Ahí viene, mire.

Román se volvió.

El rostro de Lala mostraba un profundo cansancio. Tenía un hematoma en el pómulo derecho.

—Buenas —dijo al llegar junto a su vecina y el teniente.

—Buenas —dijo Román—. ¿Cuál es su nombre, por favor?

—Eulalia, Eulalia Santos.

Lala respondió claramente a todas las preguntas de Román. No, no conocía a los amigos de *Millito*. No, no sabía quién era *Carragua*. Ni Teo Gómez. No, no sabía nada de lo de Bejucal, salvo tal vez aquella frase, aquella frase que le había escuchado esa tarde a *Millito*: «me andan buscando por matar a un tipo». Nada más.

Román pensó que aquel rostro, el rostro de Eulalia Santos, le parecía conocido. Pero no pudo recordar de dónde.

—Deme su dirección —le pidió a la mujer—. Seguramente tendremos que hablar con usted.

La mujer fumaba nerviosamente un cigarro que el teniente le había encendido. Le dio los datos.

Entonces Román extrajo del bolsillo de su camisa la caja de fósforos marcada con la L.

—¿Es suya?

Lala lo miró sorprendida.

—Sí —dijo—, es mía. Yo le hago esa marca a mis cajas. Mire.

Tomó la cartera que estaba en el banco y sacó otra caja, de cuadros blancos y amarillos, marcada con una L idéntica.

2:10 a.m.

Román estaba sentado en la silla giratoria de su buró. Su rostro era el de un hombre agotado. Agotado acaso más por la contrariedad que por el arduo trabajo del día. El hilo estaba roto, no había manera visible de continuar la investigación y el caso no estaba resuelto. Porque *Millito* tenía un revólver calibre 32, un Colt, pero la bala que el forense había extraído del cadáver de Teo Gómez había sido disparada por una pistola 32. El asesino estaba libre

pues, indignantemente libre. Sierra y Cabada se habían marchado después del interrogatorio a Labrada, pero él había decidido quedarse unos minutos más. Y entonces lo habían llamado para informarle que Emilio Duquesne había disparado contra un policía en La Lisa y que el policía le había pegado un tiro. Cuando salió del Hospital Militar pensó que iría a dormir un rato. Pero, casi maquinalmente, había regresado a su oficina. Para sentarse allí, frente a su buró, agotado, molesto.

Tenía ante sí una hoja de papel y con el bolígrafo había trazado, abstraído, casi sin mirar, cuatro círculos, uno junto al otro. Teo, escribió en uno; *Veinte Pesos*, en otro; *Millito*, en el tercero. Pero el cuarto círculo quedó en blanco. Indignantemente en blanco.

Se levantó para servirse un poco de café cuando sintió un peso terrible en los bolsillos. «Me he pasado el día recogiendo cosas», pensó. Sacó del bolsillo izquierdo del jacket, la llave de candado que encontrara en el pantalón de *Veinte Pesos*, y de allí mismo, las cápsulas 32 y 38 que estaban debajo del colchón de *Millito*, y la navaja. Del bolsillo derecho sacó el pañuelo rojo de *Millito*, un sobre de aspirinas, un reloj y su llavero. Entonces se dio cuenta. Tomó el llavero en sus manos y observó una por una las llaves. Eran 4, pero una de ellas era una llave de candado. Román, con ansiedad, la colocó junto a la que había pertenecido a *Veinte Pesos*.

Sí, eran pasmosamente iguales.

2:35 a.m.

—Trajín, jodedera... En la granja por lo menos se dormían bien —dijo el hombre entre dientes, mientras salía de la ceiba con sus torpes pasos de oso.

Mariposa tenía cara de sueño. Estaba profundamente dormido cuando le dijeron que iban a interrogarlo nuevamente. Avanzó por los pasillos como un autómata. Sin darse apenas cuenta estuvo sentado frente al mismo hombre que lo interrogara unas horas antes. *Mariposa* lo miraba con su habitual expresión estúpida, ahora acentuada por la somnolencia.

—Te las vas a ver negras, *Mariposa* —le dijo Román, sin preámbulos—. Negras.

Mariposa lo miró como si no lo hubiera oído. Se frotó los ojos.

—¿De dónde venías cuando te reuniste con *Carragua* en el Prado? —le preguntó Román.

La voz de *Mariposa* sonaba más ronca y más tropelosa que nunca.

—Yo andaba por la calle, ya se lo dije... Me había escapao por la madrugada y...

Román lo interrumpió con violencia.

—¿Y al mediodía? ¿Dónde estabas? ¿Quieres que te lo diga?

Mariposa lo observó estupefacto.

—Estabas en casa de *Carragua*... Tú estuviste en lo de Teo Gómez —dijo Román con firmeza—, tú eres cómplice del crimen.

Los ojos de *Mariposa* se abrieron desmesuradamente, a pesar del esparadrapo que llevaba en las cejas.

—¿Yo? —gritó, y enseguida tosió para aclararse la garganta—. Yo no he estao en ningún lao... Yo me encontré con *Carragua* en el Prado, de casualidá...

—Estuviste en su casa, *Mariposa* —volvió a decir Román, imperturbable—. Me querías engañar para que yo creyera que no sabías nada de él, que no sabías ni dónde vivía. Tú, que lo conoces desde hace tiempo.

Mariposa habló ahora con desesperación.

—Yo no he matao a nadie, ni tengo na' que ver con na'... Si hace cuatro meses que estaba encana.

Miró al piso con amargura.

—Lo que me cago un millón de veces en la hora en que se me ocurrió escaparme, coño... Una salación es lo que me ha caído arriba...

Había un tono casi pueril en su voz. Como si no entendiera en absoluto la trama en la que se veía envuelto. Alzó la vista y se encaró otra vez con Román.

—Le juro que yo no tengo na' que ver con lo que usté dice... Si hace ocho o nueve meses que yo no voy por Santa Fe... Ocho o nueve meses por lo menos...

Román suspiró.

—*Mariposa* —le dijo suavemente—, tú me vas a decir ahora mismo en qué lugar de Santa Fe vivía *Carragua*. Si no me lo dices yo lo voy a encontrar de todos modos, pero va a ser mucho peor para ti.

Mariposa volvió a bajar la vista.

—En Santa Fe —murmuró.

—¿En qué lugar de Santa Fe? —preguntó Román con dureza.

—En... en una caseta de madera, al final del pueblo, en el monte que hay al final del pueblo... Cerca de la costa —alzó la vista—. Pero yo he ido ahí dos veces na' ma' y hace una tonga'e tiempo... Ya ni me acuerdo bien.

2:53 a.m.

—Miguel... Miguelito.

Volvieron a tocar a la puerta. Sierra abrió los ojos y se incorporó a medias en la cama

—¿Eh?

—¿Miguel?

Sierra reconoció, del otro lado de la puerta, la voz de su suegra.

—Sí, Josefa.

—Teléfono. Te llaman.

—Ya voy, gracias.

Sierra se sentó en la cama, se restregó los ojos y terminó de desperezarse. Cogió el reloj pulsera de encima de la mesita de noche y vio que eran las 2 y 58 minutos.

El piso estaba frío y Sierra caminó unos pasos apoyándose sólo en los talones. En una silla estaba un pantalón. Se lo puso, se metió en un sweater y salió del cuarto, cerrando suavemente la puerta.

El teléfono estaba casi al lado de la puerta del cuarto, en un pasillo. Por lo general, Sierra oía el teléfono, aunque durmiera. Pero estaba demasiado cansado, tan cansado que no había oído nada.

—¿Sí? —dijo con voz pastosa.

Reconoció enseguida la voz de Román. Vendría a recogerlo en media hora. Sierra colgó el teléfono y regresó a su cuarto. La suave penumbra invitaba al sueño, y Sierra miró con envidia a su mujer, que se había hecho un ovillo debajo de la colcha y dormía, respirando acompasadamente.

Comenzó a vestirse. Afuera llovía con fuerza: a través de la ventana entreabierta entraba en el cuarto un vaho a tierra húmeda. Román no le había

dicho a dónde irían, ni cuánto demorarían, por lo que decidió ponerse una camiseta enguatada, para no resfriarse demasiado.

Cuando estuvo vestido se echó al hombro su capa de agua y se puso el zambrán con la pistola. Pensó avisarle a su suegra —que se había vuelto a acostar— que tenía que salir, pero finalmente desistió de hacerlo. Volvió a mirar el reloj, que ahora tenía puesto. Si era puntual como siempre, Román estaría allí en diez minutos,

Sierra tomó un poco de café en la cocina y bajó lentamente los tres pisos de su edificio. A medida que bajaba, el aire frío iba siendo cada vez más cortante y molesto. Al llegar a la puerta del edificio, Sierra se estremeció ligeramente y se frotó las manos.

La calle B estaba desierta. Como una fina pero tupida cortina caía el agua sobre el asfalto, empujada a intervalos por las batidas del aire. Sierra no pudo evitar el evocar lo tibias y agradables que habían sido las noches del verano.

Román llegó con un minuto de retraso. Sierra vio doblar el VW por 15 y luego detenerse frente a él. La puerta del carro se abrió y Sierra echó una veloz carrera para entrar en la tibia atmósfera del pequeño auto, que arrancó sin ruido casi al instante.

—¿A dónde vamos? —preguntó Sierra, mientras limpiaba con el dorso de la mano el parabrisas empañado.

—A Santa Fe —le respondió Román mirándolo de reojo—. Sentí ganas de bañarme en la playa y me dije: voy a invitar a mi amigo Sierra, sí señor. ¿No estabas durmiendo, supongo?

—Qué va. Estaba cogiendo sol en la azotea. ¿No se lo dijo mi suegra?

Doblaron por Paseo y bajaron hasta Malecón. El mar batía por encima del muro y el agua salpicaba de trecho en trecho el carro. Avanzaban a gran velocidad.

Román le contó a Sierra lo de las llaves y la nueva declaración de *Mariposa*. Le dijo que a la entrada de Santa Fe los estaban esperando un par de móviles. Y los perros.

En diez minutos estuvieron en la rotonda de la Playa. Cruzaron frente al Coney Island en penumbras, pasaron el antiguo Cinódromo y siguieron a toda velocidad hacia la entrada de Santa Fe. Sierra miró varias veces a Román: se veía agotado, un poco desencajado por el exceso de trabajo y las tensiones de

los dos últimos días, y por la falta de sueño. Pero pensó que, si se hubiera mirado en un espejo, habría visto un rostro semejante.

En la entrada de Santa Fe, un poco después del Club 66, estaban, en efecto, estacionadas dos vagonetas Volga. Román aminoró la marcha y finalmente parqueó junto a ellas.

El teniente le hizo una seña a Sierra para que bajara un poco la ventanilla y le gritó al chofer de una de las vagonetas:

—Vengan detrás de mí.

Román volvió a la carretera y enfiló lentamente hacia el pueblo. El teniente conocía bien Santa Fe. A la entrada misma vio la Playita, un pedazo de mar muy pedregoso, donde apenas si se podía uno bañar, pero que a Román le traía recuerdos, buenos recuerdos de tiempos idos.

La calle se iba pegando más al mar. Pasaron el Policlínico. *Mariposa* le había dicho que al final del pueblo, cerca de la costa. «Por donde apareció el cadáver de Teo», había pensado Román desde el primer momento.

Román torció por un camino de tierra a la derecha de la carretera. Más allá, se oía el ruido sordo del mar. Detuvo el carro e inmediatamente se detuvieron también las vagonetas.

—Vamos a bajarnos aquí —le dijo a Sierra.

Se desmontaron bajo la lluvia. Las puertas de las dos vagonetas se abrieron, y cinco agentes descendieron. Adentro, gemían inquietos dos pastores alemanes.

Estaba muy oscuro. Apenas se veía un débil resplandor hacia el mar. Román abrió el maletero de su VW, sacó un paquete y dos linternas. Le alargó una a Sierra y le entregó el paquete a uno de los agentes, que estaba embutido en su capa verdeolivo.

—Las ropas —le dijo—. La cosa es por aquí, hacia el mar.

Dos hombres fueron a las vagonetas, abrieron las puertas traseras y los perros saltaron con un ruido de collares, pero no ladraron. Cada uno de los hombres asía fuertemente a un perro con una gruesa cadena. Los acercaron a una de las vagonetas y el agente de la capa de agua sacó del paquete una camisa estrujada y un pantalón, y comenzó a pasarlos frente a los negros y largos hocicos de los pastores, que comenzaron a olisquearlos y a gemir.

Bajo el agua, todos esperaban en silencio que los perros se impregnaran del olor. Por fin, uno de ellos alzó la cabeza, paró las orejas y se quedó mirando a un punto en la oscuridad. El otro hizo lo mismo. Y casi de golpe echaron a correr. Pero los agentes los sostenían firmemente y ahora los perros ladraban, parándose en dos patas, hacia aquel punto.

—Vamos —dijo Román.

Echaron a andar. Delante, los dos agentes con los perros; más atrás, Román, Sierra y el policía de la capa de agua. Los otros dos agentes se quedaron junto a las vagonetas.

El terreno era resbaladizo. Un fango arenoso se pegaba a las botas, y los hombres avanzaban con dificultad. Las linternas barrían las sombras en dirección a la costa. Los perros marchaban rápidamente, jadeando y con las orejas muy paradas.

Iban en línea recta hacia la costa. Ahora tenían que esquivar pequeños islotes de mangle y charcos de un agua salada, empozada y pestilente. Los perros seguían tras el rastro, sin vacilaciones, y detrás avanzaban los hombres, con los rostros bañados por la fría llovizna que caía.

Y de pronto, las linternas se concentraron sobre una casucha de madera, pedazos de zinc y restos de viejos anuncios de metal. Los perros ladraban y trataban de seguir hasta ella, pero ya no era necesario.

Román les ordenó a los dos agentes que permanecieran allí con los perros. Él, Sierra y el hombre de la capa de agua comenzaron a avanzar en abanico, lentamente, hacia la casa.

Dentro no había luz. El agua sonaba contra los pedazos de zinc del techo y el viento batía algunos trozos de latón que pegaban secamente en las tablas.

Román sacó la pistola y la montó. Sierra y el hombre de la capa de agua hicieron lo mismo. Cuando estaban a menos de cinco metros. Román le hizo una seña a Sierra para que diera la vuelta y se colocara al fondo de la casucha, mientras él y el hombre de la capa de agua avanzaron hacia la puerta, que miraba al mar.

Se acercaron tratando de no hacer ruido. Habían apagado las linternas, pero ahora Román encendió la suya. Una gruesa cadena cerraba la puerta. Sus puntas estaban unidas por un candado.

Román se metió la mano en el bolsillo mientras sostenía la pistola bajo el brazo y sacó las dos llaves. Apagó su linterna y se la metió en uno de los bolsillos del jacket. Pero el hombre de la capa de agua avanzó y enfocó con la suya: el candado quedó bajo el chorro de luz.

Román metió suavemente una de las llaves en la ranura estriada, le dio una vuelta y el candado saltó con un ruido seco.

Román quitó la cadena cuidadosamente y se echó el candado en el bolsillo todavía con la llave encajada. Dio un paso atrás y empujó la puerta con el pie. La puerta cedió con ruido de bisagras.

Román y el hombre de la capa de agua entraron rápidamente en la casita, iluminando todos los rincones con sus linternas. Unos segundos después entraba Sierra.

En la única pieza había una mesa, dos sillas, varios cacharros al lado de una cocina de alcohol, un escaparate hecho de tablas sin pulir. El piso estaba lleno de cristales rotos y sobre la mesa había varios vasos y algunas botellas de bebida vacías. Por los rincones se veían objetos, muchos y muy diversos, como en el cuarto de utilería de un teatro. Y nada más.

9:32 a.m.

Hacía mucho, muchísimo tiempo que el teniente Héctor Román no había dormido tan mal. Llegó a su casa después de las 4 y media de la madrugada, terriblemente cansado. Se había bañado había comido algo y e había acostado. Laura, su mujer, le había servido a esa hora, a pesar de que Román la había instado a volver a la cama. «Mañana tienes que estar temprano en el trabajo», le había dicho él. «Pero así al menos te veo un rato», le había respondido ella. Román había sonreído y le había dado un beso. Le había contado algo muy poco del caso, porque estaba extenuado, con muchísimos deseos de dormir. Y, sin embargo, su sueño había sido intranquilo. Y a las siete se había despertado. A la hora de todos los días. «La costumbre», pensó. Pero sabía bien que no era sólo la costumbre.

A las nueve y cuarto llegó a su oficina y allí encontró a Sierra, que había entrado apenas veinte minutos antes.

Ya estaba listo el informe de Santa Fe. Los técnicos se habían ido a allá a las 7 de la mañana. Manchas de sangre relativamente frescas' en el piso de cemento, huellas de *Millito* en un vaso con dos dedos de aguardiente, huellas de *Veinte Pesos* en muchos sitios. Y muchas huellas confusas, unas sobre otras, viejas, indescifrables. Nada más.

Había sin embargo una gran noticia, según Sierra. Cabada se había ido a Bejucal bien temprano esa mañana para chequear con Carbonell la coartada de Labrada. Los datos proporcionados por el jefe de personal eran exactos, pero Cabada había tenido una intuición: le había preguntado a Carbonell si Labrada poseía algún arma. Y sí, la tenía. «Creo que la guarda en su buró», le había dicho el director, y en una gaveta la habían encontrado. Era nada menos que una Star calibre 32. Cabada había hablado con Sierra sobre las nueve para comunicarle el hallazgo y luego había llevado el arma personalmente al técnico en balística.

Sierra parecía satisfecho, pero Román había escuchado impasiblemente sus informes. Pocas cosas parecían haber capaces de animar a Román esa mañana.

—¿Y esa cara, teniente? —le dijo por fin Sierra—. Si ya estamos cerca de la solución.

—Te has levantado muy optimista hoy, Sierra —replicó Román haciendo una ligera mueca con los labios.

—No, es que la cosa se ha aclarado muchísimo —dijo el sargento—. Mire, es obvio que Teo, *Veinte Pesos* y *Millito* estaban ligados. Es decir, que se ha probado lo que usted decía desde el principio: que los asesinos eran varios, y que por lo menos alguno de ellos era de la base.

El sargento hizo una pausa.

—Por otra parte, tenemos el arma del crimen, la llave de clanes y...

—¿Y el arma con que mataron a Teo? —lo cortó Román.

—¿Qué le parece a usted la pistola de Labrada? —preguntó a su vez Sierra.

Román encendió uno de sus Populares antes de responder.

—Sierra —dijo despaciosamente—, te confieso que nada me extrañaría tanto como que me dijeran que la pistola de *Ciro Labrada* disparó el proyectil que mató a Teo Gómez.

Sierra arrugó el entrecejo.

—Sin embargo, anoche, usted mismo...

—Sí, yo mismo anoche —dijo Román—, y parece que lo hice bien, por lo que veo.

Román se había puesto de pie, mientras daba una larga chupada a su cigarro. Sierra iba a decir algo, pero prefirió callarse, porque sabía que Román se iba a explicar y nada le interesaba tanto ahora como conocer el punto de vista del teniente.

—Los elementos contra Labrada no se sostienen —dijo Román terminantemente—. Y si quieres los analizamos. Estamos en que Teo, *Millito* y *Veinte Pesos* son los autores del hecho, ¿no?

—Eso está clarísimo —respondió Sierra—. *Veinte Pesos* tenía el revólver de Zuaznábar; *Millito* tenía la caja de fósforos con la L, la de la mujer esa, ¿cómo me dijo que se llamaba?

—Lala —dijo Román.

—Ésa. Y Teo estuvo en casa de *Millito* a la mañana siguiente del crimen. Además...

—Sí —lo interrumpió Román—, por donde quiera que lo mires están ligados y son los autores del hecho. ¿Y qué móvil les atribuyes?

—Bueno, yo diría... Por los antecedentes de *Millito* y *Veinte Pesos*, que robo, aunque...

—El móvil fue robo —dijo Román—, estoy seguro de eso, a pesar de que no se robaron nada. Hay que descartar la posibilidad de que hayan ido a matar a Zuaznábar, porque *Millito* tenía un revólver, y en su casa encontramos además una navaja, y al sereno lo mataron con un arma circunstancial, con una llave de clanes que estaba olvidada allí, en el piso. El arma a la que se echa mano en un momento crítico, difícil. Su muerte no fue algo planeado, puedes estar seguro.

—Sí, tiene razón —admitió Sierra.

—Repara en otra cosa —prosiguió Román—: *Millito* y *Veinte Pesos* eran delincuentes, pero no habían matado nunca. Y Teo ni siquiera tenía antecedentes. Un muchacho inmaduro, ambicioso, con malas influencias, que se presta a la cosa.

Hizo una pausa y aplastó el consumido cigarro contra el cenicero.

—No me imagino el plan completo —siguió diciendo— no puedo saberlo, pero deben de haber tratado de intimidar al sereno y el hombre no se dejó intimidar. Supongamos que reacciona con violencia y entonces lo matan... Pero como no habían ido a matar, como nunca habían matado, se acobardan... Por eso no roban, Sierra. Y Teo a todas luces se convirtió luego en un obstáculo. Iba a hablar, parece, y lo liquidaron. Pero no lo mató *Veinte Pesos*, ni *Millito*.

Entonces Román vio sobre su buró el papel en el que la noche anterior había dibujado los cuatro círculos. Se sentó en su silla, mientras golpeaba el trozo de papel con el índice.

—Aquí está la cosa Sierra —dijo enfáticamente—, en el cuarto círculo. Éste es el hombre que falta. El asesino de Teo, el peor de todos, el hombre de la pistola 32...

—¿Y por qué no Labrada? —insistió el sargento.

—Porque no —dijo Román—. ¿Qué podría suponerse? Que Labrada se vincula al trío para deshacerse de Zuaznábar y de paso aceptemos, para beneficiarse con el robo de unos cuantos miles de pesos. El dinero del pago, ¿no?

—Podría ser —dijo Sierra.

—Pero es que no fueron a matar a Zuaznábar, Sierra. Y el hecho de que usaran un arma accidental lo prueba. Y ése es el único móvil que podemos atribuirle a Labrada: deshacerse del sereno para evitar que descubriera sus manejos de piezas.

Hizo una pausa.

—Y si hubieran ido a matar, dispuestos para lo peor, ¿no habrían robado? —prosiguió Román—. Y si Labrada no está vinculado con la muerte de Zuaznábar, como creo que no lo está, no hay razón alguna para atribuirle la de Teo, porque ésta es una consecuencia de la otra.

—Entonces, usted anoche...

Román sonrió.

—Si lo apreté un poco fue únicamente porque quería que me informara absolutamente todo lo que sabía, y Labrada es un tipo astuto, muy astuto, que dice exclusivamente lo que le conviene. Y en este caso tenía buenas razones para mentir.

—Estaba bien nervioso —dijo Sierra.

—Pero por lo de las piezas —afirmó Román—. Malversación, ni más ni menos. Y por eso sí deberá responder. A mí, te confieso que me asombró tremendamente que el teléfono que apareció en las ropas de Teo fuera el de Labrada. Pensé que tenía relaciones personales con él, que sabía más cosas de Teo que las que nos había dicho, y por eso traté de hacerlo hablar claramente. Pero el teléfono no prueba nada.

Román volvió a sonreír y miró a Sierra fijamente.

—Ahora bien, esperemos el análisis que mandó a hacer Cabada —le dijo—, pero si da positivo, voy a tener que dedicarme a otra cosa, Sierra.

El sargento se quedó pensativo unos instantes.

—¿Y cómo cree usted que entraron los delincuentes en la base? —le preguntó a Román, de pronto.

Román se alisó los cabellos, alzando ligeramente la gorra.

—He pensado mucho en eso, y sólo se me ocurre una respuesta —dijo el teniente—. ¿Recuerdas la historia del caballo de Troya?

Sierra arrugó el entrecejo.

—¿El qué? —preguntó, extrañado.

—Hombre —sonrió Román—, la guerra de griegos y troyanos. ¿No has leído la Ilíada?

Sierra miraba a un punto indefinido, como tratando de recordar.

—Ah, sí... En el Instituto estudiamos algo... —dijo, y de pronto reaccionó—. Claro, el camión de Teo.

—Exacto. Teo guiaba y los otros dos venían escondidos. O los otros tres. Por eso Zuaznábar abrió la puerta —dijo Román—. Sólo así habrían logrado entrar. Zuaznábar le abrió a un chofer de la base. A los otros no los vio.

—¿Y cómo salieron del camión sin que Zuaznábar los viera, sin que el perro ladrara? —preguntó Sierra.

—Tienes toda la razón, Sierra —admitió Román—. A mi hipótesis le falta algo. Porque los troyanos dormían cuando los griegos salieron del caballo de madera, y Zuaznábar estaba despierto.

Quedó en silencio unos segundos y enseguida dijo con energía:

—Tiene que haber habido algo... Algo que yo no sé, por supuesto... Que no puedo saber... Algo, un ardid, una trampa. Algo que fue para Zuaznábar

como el sueño para los troyanos.

Hizo una mueca de disgusto.

—Qué sé yo... Es posible que nunca lo sepamos. No hay modo de proseguir la investigación. Todas las vías están cortadas.

Entonces sonó el teléfono. Sierra descolgó. «Ordene», dijo. Y después «sí», dos veces. Miró a Román. «Sí, se lo diré», dijo y colgó.

—Por esta vez no lo perdemos —le dijo al teniente.

—¿Qué? —preguntó Román, sin entender.

—Que no va a tener que dedicarse a ninguna otra cosa —sonrió Sierra—. La pistola de Labrada no disparó la bala que mató a Teo Gómez.

8:30 p.m.

De una ola a la otra hay el tiempo de la

[vida

De sus olas a mis ojos hay la distancia

[de la muerte

VICENTE HUIDOBRO

El viento había ido haciéndose más y más frío. Ahora el mar estallaba con furia en los arrecifes. A la derecha, a la altura del Parque Maceo, se abrían grandes bocas de agua y se veía temblar el litoral.

Sólo algunos autos cruzaban velozmente por la avenida. El agua, como una cosa viva y oscura, arremetía infatigablemente, una y otra vez, contra el muro. El aire traía hasta el auto de Román una nube de minúsculas gotas heladas. El parabrisas empañado irisaba las luces del alumbrado; desde su asiento, el teniente veía a través del húmedo cristal, los destellos de la farola del Morro.

Las olas continuaban desplomándose sobre el asfalto metódica, brutalmente.

Pero Román parecía no escuchar la ciega batalla del mar y la tierra. Otra batalla, entre la luz y las tinieblas, entre la vida y la muerte, dominaba su pensamiento; una batalla silenciosa, obstinada, cruel. Y él debía vencer en esa batalla. Vencer al mal, a las tinieblas, a la muerte.

El teniente se pasó una mano por el rostro, como tratando de borrar la expresión de intensa fatiga que había en él. Llevaba casi una hora allí, sentado frente al timón. Su auto estaba aparcado a unos metros del Hotel Nacional, que se alzaba ante el mar como una mole de contornos imprecisos, envuelta en una fina cortina de agua.

El teniente intentaba ordenar sus ideas, abrirse paso por un camino que a todas luces parecía cerrado.

El día había sido agotador. Había sido necesario empezar otra vez; lanzarse a buscar nuevos datos, a seguir nuevas pistas que llevaran al asesino escondido. Al hombre del cuarto círculo. Pero esas pistas, esos datos, no existían aún.

Entre las once y las doce del día, Román hizo dos breves visitas: una, a Viki Carreras; otra, a Eulalia Santos, la mujer de *Millito*. De una a dos de la tarde se reunió con Cabada, y verificó con él una buena porción de datos que no arrojaron nueva luz sobre el asunto. Estuvo en la base de camiones de Bejucal y, hacia el anochecer, visitó a Marta, la presidenta del CDR de la casa de vecindad donde había vivido *Millito*. El teniente no había almorzado y, apenas una hora antes de detener su carro en el Malecón, había hecho un alto en El Recodo para comer alguna cosa.

Ahora estaba allí, con su propia batalla, entre el mar y la ciudad recogida, entre lo que sabía y lo que ignoraba, a unos pasos de una cortina de tinieblas que no podía descorrer

Eran casi las nueve.

Román encendió un cigarro y se preguntó por dónde podía continuar, cuál nuevo mecanismo se podía mover en aquella maquinaria que parecía no marchar ya. Había que encontrar un camino hacia el cuarto círculo, hacia el hombre que se estaba riendo de la justicia desde la oscuridad. Pero, ¿dónde estaba ese camino? ¿Qué se podía hacer ahora?

El seco estampido del cañonazo de las nueve lo sacó de sus laberínticas meditaciones. Apagó el cigarro en el cenicero de la pizarra del auto. Abrió un poco la ventanilla y un golpe de aire frío y salado lo alcanzó en el rostro.

Su mano derecha giró sobre la llave de arranque y el motor del VW echó a andar.

El auto avanzó unos metros y dobló lentamente por la calle 23.

Detrás, quedaba el mar, batiendo con sus olas el tiempo de la vida, la distancia de la muerte.

El viernes 22 de diciembre de 1973

9:17 a.m.

Cuando Román entró en su oficina, Sierra estaba sentado en una de las sillas que había frente al amplio escritorio; en la otra, una mujer delgada, de unos cincuenta años, que fijó en el teniente unos ojos pequeños y expresivos.

Román miró a Sierra, mientras se sentaba en su silla giratoria, detrás del buró.

—Esta compañera —empezó a decir Sierra haciéndole a Román una seña, casi imperceptible, pero en la cual éste leyó que su ayudante tampoco sabía a fondo qué quería la mujer— desea hablar con usted.

—¿Sobre? —preguntó Román sin mirar a la mujer, que había creído necesario colocarse en la punta de la nariz unos espejuelos de aros de carey y ponerse muy tiesa en el sillón.

—Verá usted, teniente —comenzó a decir, mirando de hito en hito a Sierra—... yo... ¿Podríamos hablar en privado?

Román reprimió una sonrisa al ver la cara de Sierra.

—La compañera no me ha querido decir de qué se trata, teniente.

—Bien —dijo Román mirando a Sierra—, espérame afuera; tengo algunas cosas para ti. No te vayas sin verme.

Sierra se puso de pie, suspiró, y salió del despacho.

—Usted dirá —murmuró Román, sacando un cigarro y mirando fijamente a la mujer mientras lo encendía.

La mujer carraspeó un par de veces, se ajustó los espejuelos a la nariz y como si alguien pudiera oírla, se inclinó hacia adelante y le dijo a Román en un susurro apenas audible.

—Yo soy la telefonista de Santiago de las Vegas, teniente.

Román se inclinó también hacia adelante.

—Perdone, compañera; no la oigo; puede hablar en voz alta, aquí no hay nadie: ¿Dice usted que usted es?

—La telefonista de Santiago de las Vegas —dijo la mujer un poco más alto, y miró de reojo hacia la puerta. Volvió a mirar a Román, que esperaba pacientemente a que continuara—. Tengo algo que decirle.

—Sí, sí, la escucho —dijo Román—. Diga, la escucho.

—Se trata —dijo la mujer haciendo una mueca con la boca— de un asunto importante.

—Diga, pues —dijo Román, tratando de que no se transparentara en su rostro la ligera molestia que sentía con aquellos rodeos.

—Como ya le dije, yo soy la telefonista de Santiago de las Vegas. Se lo dije, ¿no?

—Sí, sí, me lo dijo —murmuró Román apagando su cigarro con fuerza en el cenicero.

—Ah, bien. Es decir, soy una de las telefonistas. Somos varias: Maricusa Gutiérrez, Idalia Lima y una servidora, Angélica Torriente y Sánchez. Pues bien, aquella noche... es decir, la noche del crimen; o sea, el 18 de diciembre, es decir, la madrugada del 19, yo estaba de turno, como ya le dije.

—No, no me lo había dicho —dijo Román con un suspiro.

—Ah, ¿no se lo había dicho? Bueno, pues como le digo, yo estaba en el turno de madrugada cuando se produjo la llamada.

—¿Qué llamada? —preguntó Román, que tuvo necesidad de encender otro cigarro para no perder la calma.

—La llamada, la primera. Pero vamos por partes. Hubo dos llamadas, ¿sabe usted? Una primera llamada y una segunda llamada.

—Una primera llamada y una segunda llamada —dijo Román mirando por unos segundos al techo—; muy bien, compañera ¿a dónde?

—¿A dónde qué? —dijo la mujer mirando sorprendida a Román.

—¿A dónde fueron las llamadas? —dijo Román pronunciando lentamente cada sílaba y deseando intensamente no perder ni un átomo de paciencia.

—¿No se lo dije? —murmuró la mujer con cara de ingenuidad.

—No, no me lo dijo, compañera —dijo Román.

—Pues a la base, a la base de camiones. Cosa muy rara, por otra parte, ¿no le parece a usted?

Román sintió de pronto un vivo interés por aquella mujer, por lo que estaba diciendo, por las llamadas; la sensación de molestia desapareció. Se inclinó aún más hacia adelante, apoyándose en el buró:

—Explíquese bien, por favor. ¿Dice usted que hubo dos llamadas a la base..., de noche?

—Exacto —dijo la mujer sonriendo triunfalmente.

—¿A qué hora? Tal vez usted recuerde...

—Perfectamente —dijo la mujer con cierto orgullo—. Tengo una excelente memoria. Pero incluso, lo anoté. Sí señor. Lo anoté. ¡Fue tan extraño!

Buscó en el fondo de una pequeña cartera negra que estaba en sus piernas y sacó una libretica de notas.

—Aquí está —dijo, abriendo la libreta—. Veamos. A las doce y veinte minutos hubo una llamada a la base, desde La Habana. Contestaron el teléfono. Y luego...

—Un momento —dijo Román que se había puesto ligeramente pálido—. ¿Está usted segura de que fue a esa hora?

—Segurísima. Yo siempre anoto las llamadas en mi turno, ¿sabe usted? Quiero decir, algunas llamadas. Y aquella era tan rara. Cómo decirle, casi nunca llaman de noche a la base. Y, además, como a las tres empezó el montón de llamadas a la policía, al DTI...

Una idea le daba vueltas en la cabeza a Román. Aquella era la hora del crimen.

Con el cabo del cigarro encendió otro, y miró intensamente a la mujer.

—¿Y la otra?

—Ahí está el detalle —dijo la mujer, que había captado el vivo interés que despertaba ahora en el teniente lo que estaba diciendo.

—¿Qué ocurrió? —dijo Román sin poder reprimir un cierto tono de ansiedad.

—Sí. Ahora viene lo más extraño, teniente.

Román casi contuvo la respiración. La mujer hizo una pausa, y luego continuó:

—Cuando se produjo la segunda llamada también desde La Habana, dicho sea entre paréntesis, el teléfono estaba ocupado.

—¿Ocupado? —murmuró Román, y cerró los ojos unos segundos, tratando de ordenar un montón de ideas que le estallaban en la cabeza—. Un momento, un momento. ¿A qué hora fue la segunda llamada?

—Aquí está —dijo la mujer leyendo en la libreta—. A las dos y dieciocho minutos.

Román se puso de pie casi de un salto. Pero se controló. Miró a la mujer y le dijo:

—Ha sido muy útil lo que usted me ha dicho, compañera.

La mujer se puso de pie, se quitó los espejuelos y suspiró satisfecha, como si acabara de quitarse un gran peso de encima.

—Yo no estaba muy segura de que pudiera servir. Estuve decidiéndome a venir dos días. Supe lo del crimen y... Bueno, me dije, voy o no voy. Estuve dos días pensándolo.

—Hizo muy bien en venir —murmuró Román—. Gracias. Muchas gracias. La acompaño.

Román salió de detrás de su buró y acompañó a la mujer hasta la puerta. Afuera estaban Sierra y Cañada.

—Cabada, acompaña a la compañera hasta allá abajo. Y muchas gracias, compañera —agregó, dándole la mano a la mujer.

—No hay de qué teniente; era mi deber.

—Ven —le murmuró a Sierra y se metió en la oficina.

Sierra notó a Román alterado.

—¿Pasó algo? —preguntó.

—No puedo explicarte ahora —dijo Román un poco atropelladamente—. Quédate aquí y no te muevas pase lo que pase. No te muevas de aquí hasta que yo te llame.

Y saliendo de la oficina, echó a caminar a grandes pasos hacia el elevador.

Desde la puerta de la oficina, Sierra lo miraba perplejo, rascándose la cabeza.

11:45 p.m.

El pesado camión GAZ atravesó la entrada de la base y se detuvo en medio del parqueo.

Hacía frío y caía una fina llovizna. El viento arrastraba papeles humedecidos por el parqueo en penumbras.

El chofer apagó el motor y entonces todo quedó en silencio. Observó la caseta del sereno que estaba iluminada pero donde no se veía a nadie. Entonces, una silueta se recortó en el umbral.

Elpidio Abreu sintió frío. Abrió a medias la puerta del camión y, asomando la cabeza, dijo con voz insegura:

—¿Teniente Román?

Pero no hubo respuesta.

La figura que estaba en el umbral comenzó a avanzar lentamente hacia la luz que proyectaban los faros del camión.

Abreu no tuvo necesidad de volver a preguntar: allí, frente al camión, bajo la lluvia, estaba el teniente Héctor Román.

Lentamente, muy lentamente, Abreu descendió del vehículo. Se alzó el cuello del jacket y echó a andar.

Román no avanzó a su encuentro; lo esperó frente a las luces.

Elpidio Abreu le tendió una mano helada y Román le ofreció la suya.

—Me alegro de que haya sido puntual, Abreu —dijo el teniente consultando su reloj.

—Pues, bueno —dijo el chofer sonriendo—, trabajo me costó, no crea. Con la lluvia, la carretera está malísima.

Hubo unos segundos de silencio entre los dos hombres, que, por fin, rompió Abreu:

—Usted dirá en qué puedo serle útil.

Román no respondió inmediatamente. Giró sobre sí mismo y echó a andar hacia la puerta de la caseta. Abreu lo siguió.

—Verá, Abreu —dijo Román sin mirarlo—. Necesito precisar algunas cosas, algunos detalles: qué decirle, algunos puntos que hay que clarificar.

—Pues aquí me tiene —dijo Abreu vivamente.

Se cobijaron bajo el alero de la caseta. Los ojos de Román buscaron los de Elpidio Abreu.

—Podemos empezar —dijo el teniente— reconstruyendo lo que hizo usted la noche, o la madrugada, del martes 19.

—Bien —dijo Abreu frotándose las manos para ahuyentar el frío—; si a usted le parece necesario...

—Absolutamente necesario —le dijo secamente Román.

El teniente sacó del bolsillo de su jacket una caja de Populares y le ofreció uno al chofer; extrajo otro para sí y con su fosforera encendió los dos.

—Comencemos.

Abreu le dio una larga chupada a su cigarro.

—¿A qué hora llegó usted?

—¿A dónde? —preguntó Abreu.

—Aquí, a la base.

El chofer miró al teniente con una ligera aprehensión.

—Bueno, ya eso yo lo dije: eran como las tres.

—¿Y qué ocurrió?

—Me extrañó que la puerta del parqueo estuviera abierta, pero entré. Me bajé del camión, por allí, poco más o menos —dijo señalando hacia un lugar de la pista, a unos metros de donde ahora estaba detenido su camión.

—¿Después? —preguntó Román sin dejar de mirarlo.

—Pues, llamé a Zuaznábar una o dos veces. Me extrañó no verlo aquí en la caseta, ¿sabe?

—¿Una vez o dos veces?

Abreu vaciló unos segundos. Luego dijo:

—Dos o tres veces.

Román aguardaba.

—Entonces —continuó el chofer— vine hasta la caseta.

—¿Entró? —preguntó Román.

—Sí, claro; eso también lo dije ya.

—¿Y qué hizo?

—Creo que... Sí, tomé café.

—¿Nada más?

—Nada más —respondió Abreu despaciosamente

Abreu le dio dos chupadas al cigarro y lo arrojó al piso. Román había dejado consumir el suyo sin fumarlo. Lo lanzó hacia la pista húmeda.

—Prosiga —dijo el teniente.

—Entonces creo que fui... Sí, salí de la caseta y volví al camión. Toqué el claxon varias veces. Pero, como usted sabe, no respondió nadie. Entonces... Bueno, entonces pensé que algo estaba ocurriendo.

—¿Algo?

—Algo sí; qué sé yo. Algo.

Román se metió las manos en los bolsillos del jacket; pero casi enseguida sacó la mano izquierda y miró la hora; eran las once y cincuenta y nueve minutos.

—¿Y?

—Entonces fue cuando cogí mi linterna y me puse a buscar por el parqueo.

—¿Por dónde? —dijo Román echando a caminar hacia la lluvia—; muéstreme.

Elpidio Abreu salió tras él y se le adelantó.

—Por aquí. Allí había un camión, allí otro, más para allá otro.

Caminaban lentamente, mientras Abreu iba explicando su recorrido.

—Llegué hasta aquí... Bueno, un poco más allá. Entonces sentí al perro.

—¿Dónde estaba el perro?

—Allí, debajo de un camión.

—¿Seguro?

—Hombre, sí, seguro. Allí.

—¿Y luego?

La llovizna había apretado y el viento batía con más fuerza. El jacket verdeolivo de Román se había vuelto más oscuro.

—Luego...

Pero Abreu no terminó la frase. Un golpe seco, a sus espaldas, lo hizo volverse sobresaltado.

La puerta del almacén estaba abierta y el viento la mecía.

—¿La puerta del almacén estaba abierta, ¿verdad? —preguntó Román.

Elpidio Abreu se pasó una mano por el rostro húmedo. Sentía frío.

—Sí —dijo—; estaba abierta.

—¿Y usted qué hizo?

—Yo...

La voz de Elpidio Abreu tembló ligeramente.

—Hace frío —murmuró Román mirando hacia el cielo.

Miró de nuevo al chofer.

—Prosiga.

Abreu demoró unos segundos en continuar hablando.

—Eché a caminar hacia allá, hacia el almacén.

—Venga —dijo Román dando unos pasos hacia la nave.

Abreu no se movió de inmediato.

—Venga —repitió Román—. Continúe.

Abreu comenzó a caminar lentamente.

—Avancé hasta la puerta del almacén y... Bueno, ya usted sabe lo demás.

El teniente llegó hasta la puerta del almacén, pero no entró. Se volvió de pronto y le dijo a Abreu:

—Usted encontró el cuerpo de Zuaznábar y salió a pedir ayuda, ¿no es eso?

Abreu estaba nervioso. Había un ligerísimo temblor en sus labios.

—Sí... Así mismo. Salí... —el chofer vaciló unos segundos—. Grité y corrí hacia la calle. Entonces vi a los del CDR que pasaban de recorrido y los llamé. Vinieron corriendo y...

—¿Fueron ellos los que llamaron a la policía?

—Uno de ellos —respondió Abreu—. Creo que el de los espejuelos... El otro se quedó conmigo.

Abreu hizo un gesto y señaló hacia el almacén.

—Ahí dentro... Se quedó conmigo ahí dentro.

El teniente volvió a mirar su reloj y echó a andar hacia la puerta de la caseta, seguido por Abreu.

Román avanzaba mirando el pavimento mojado, sin pronunciar palabra. Hasta que llegó al umbral. Entonces se volvió hacia Abreu.

—A su declaración le falta algo —le dijo despacio, mirándolo fijamente—. Usted tiene una memoria excelente, Abreu, y sin embargo, a su declaración le falta algo. Y algo importantísimo.

—¿Algo? —dijo Abreu con ansiedad—. ¿Qué?

Román no respondió.

—¿Qué? —volvió a preguntar Abreu.

Román se frotó las manos y su rostro se contrajo.

—Yo voy a decirle lo que pasó esa noche aquí, Abreu. Todo lo que pasó.

Los ojos de Abreu se empequeñecieron. Una gota de agua le resbalaba por la frente.

—Sobre la medianoche —empezó a decir Román subrayando las palabras — llegó un camión que manejaba Teodoro Gómez. Erasmo Zuaznábar le abrió la puerta del parqueo y lo dejó pasar. Teodoro Gómez parqueó el camión por aquella zona.

Román señaló hacia el sitio donde ahora había otro camión, pero Elpidio Abreu no se volvió para mirar; sus ojos estaban fijos en los del teniente.

—Entonces descendió y vino al encuentro del sereno. Se conocían bien; incluso me atrevería a decir que Erasmo Zuaznábar le tenía afecto a Teo Gómez. Hablaron. El muchacho debía de estar muy nervioso, demasiado nervioso. Y era explicable. Era explicable porque dentro del camión venían escondidos sus cómplices: Emilio Duquesne y José Ángel Chacón; es decir, *Millito y Veinte Pesos*.

Elpidio Abreu tuvo un escalofrío; pero no bajó la vista. Estaba tenso, y sus ojos oscuros escrutaban el rostro impenetrable del teniente.

—El plan era sencillo, y a la vez complicado. No era fácil sorprender a un hombre como Zuaznábar. Había que buscar algo que distrajera su atención; algo que no podía hacer Teo, ni tampoco los otros dos. Pasarían unos minutos. Ocho, diez. Todo estaba calculado. Y entonces, ocurrió.

El teniente alzó lentamente el brazo, y con rápido golpe de vista, miró su reloj: eran las doce y dieciocho minutos.

Bajó el brazo muy despacio y fijó sus ojos en el rostro pálido de Abreu.

—Ocurrió —repitió Román.

Hubo unos segundos de espeso silencio.

—Entonces intervino el cuarto hombre. Fue el cuarto hombre quien distrajo a Erasmo Zuaznábar.

Román calló; sus últimas palabras quedaron como suspendidas en la noche.

Y entonces, desde el silencio, estalló como un relámpago el timbre del teléfono.

Fue un timbrazo largo, áspero, hiriente. Y luego otro. Y otro más.

Elpidio Abreu perdió su rostro; lo que había allí, frente a Román, era una máscara de miedo, de odio, de desconcierto.

El teniente le dio la espalda y fue hacia el teléfono.

Lo descolgó.

—Oigo.

Y luego, extendiéndole el receptor al hombre, le dijo:

—Es para usted, Abreu.

Abreu dio un paso atrás ahogando una frase, un grito. Y de pronto, se volvió y echó a correr bajo la lluvia.

Román lo vio alejarse.

Y vio también, allá en la puerta, a los dos hombres armados que le cerraban el paso al hombre del cuarto círculo

El sábado 23 de diciembre de 1973

10:32 a.m.

—Lo que hice ayer al salir de aquí, Sierra, fue ir a ver a Santana.

El teniente Héctor Román se echó hacia atrás en su silla giratoria y encendió un cigarro.

—Juan Santana, ¿recuerdas? —insistió—, uno de los cederistas que acudieron a los gritos de Abreu cuando encontró el cadáver de Zuaznábar. El que telefoneó a la policía.

Sierra hizo un gesto de asentimiento. Escuchaba atentamente cada palabra de Román, a pesar de que tenía sueño. Había asistido esa madrugada, al interrogatorio de Elpidio Abreu. El asesino había confesado. Ahora por la mañana, el teniente había querido cerrar el caso explicándole a Nicolás Carbonell lo ocurrido.

Allí estaba en efecto, serio, sentado frente al escritorio de Román, el director de la unidad de carga por camiones de Bejucal. Y, a su lado, el sargento Manuel Cabada.

—La información de la telefonista fue decisiva, claro —siguió diciendo Román—. Era la pieza que faltaba al engranaje. Nos preguntábamos cómo los delincuentes habían logrado distraer a Zuaznábar y, sin duda la llamada de las doce y veinte es la respuesta.

Estiró el brazo y golpeó dos veces con el índice su cigarro, para que la ceniza cayera en el cenicero de cristal que estaba sobre el buró.

—Entonces, ¿el móvil fue robo? —preguntó Carbonell.

—Exactamente —respondió Román, volviendo los ojos hacia él—. El robo de los veintitantos mil pesos que se guardaban en un archivo de metal

una vez al mes. El día anterior al pago.

—Un grave descuido de la Empresa —volvió a decir el teniente, mirando fijamente a Carbonell—. Como lo es también el suyo, al permitir que Labrada ejerciera en la unidad un control bastante mayor del que le correspondía.

Carbonell pareció querer decir algo, pero no lo hizo. Se quedó mirando, pensativo, hacia la ventana entreabierta.

—El plan lo concibió Abreu, que a la larga lo que quería era disponer de unos cuantos miles de pesos para tratar de pagar a alguien que lo sacara del país. —Román le dio una fumada a su cigarro—. Abreu concibió el plan y persuadió a Teo Gómez de que participara en él. Teo lo comentó con *Veinte Pesos y Millito*, y ellos le dieron el empujón que le faltaba.

Carbonell volvió a preguntar:

—¿Y Abreu confesó también cómo era el plan?

—Sí —dijo Román—. Y también lo que pasó en la base, porque *Millito* se lo contó. Efectivamente, como pensábamos, Teo debía llevar, a eso de las doce, a *Veinte Pesos* y a *Millito* escondidos en su camión, tapados con una lona. Zuaznábar les abriría y Teo charlaría con él unos minutos. Hasta las doce y veinte exactamente, cuando Abreu haría la llamada desde La Habana.

—¿Abreu se identificó cuando llamó? —preguntó Cabada.

—No, por supuesto —dijo Román—. Pero no era necesario hacerlo para retener durante un par de minutos la atención del sereno. Eso siempre puede hacerse al inicio de cualquier conversación telefónica. Qué sé yo: preguntas sobre el número, quién habla. En fin, la cosa era ganar tiempo para que *Veinte Pesos* y *Millito* salieran del camión enmascarados con medias de mujer. Y para que Teo se tirara en el suelo y los otros le ataran las manos, hasta que Abreu le dijo a Zuaznábar que quería hablar con Teo Gómez, si estaba allí.

—Y afuera —intervino Sierra pasándose la mano por los cabellos—, afuera *Veinte Pesos* y *Millito* se habían apostado a ambos lados del umbral de la caseta, para apresar a Zuaznábar cuando saliera, y amordazarlo. Lo encerraban a él y a Teo en el almacén y estaban libres para entrar en la oficina, romper el archivo y apoderarse del dinero.

—Claro —dijo Carbonell— así Teo quedaba libre de sospecha.

—Exacto —dijo Román—. *Millito* y *Veinte Pesos* se llevaban el dinero para Santa Fe y luego a repartírselo los cuatro. Abreu debía llegar sobre las tres y «descubrir» el atraco.

Román hizo una brevísima pausa.

—Y la cosa marchó —dijo enseguida—. Hasta el momento en que debieron amordazar a Zuaznábar.

—Subestimaron al sereno —dijo Cabada.

—Y de qué modo —reafirmó el teniente—. Imagínense ahora lo que ocurrió en verdad.

El silencio era absoluto en el cubículo. Román aplastó su cigarro en el cenicero de cristal y volvió a hablar.

—Zuaznábar salió de la caseta a decirle a Teo que lo llamaban, tal vez algo extrañado por aquella llamada, a aquella hora. Seguramente que no se había percatado de nada de lo que pasaba en el parqueo. Porque estaba hablando por teléfono, y porque estaba confiado; afuera estaba Teo, velando por él. Y cuando sale, cuando ya está en el umbral ve a Teo en el piso del parqueo... ¿Golpeado o herido? ¿Acaso muerto...? Él no lo sabe.

Román se echó hacia adelante y apoyó los codos sobre su escritorio.

—Piensen —volvió a decir— que esto ocurre en segundos, porque enseguida siente que dos hombres se abalanzan sobre él y lo golpean. Erasmo recibe el primer golpe, pero inmediatamente reacciona. Era un hombre fuerte, muy fuerte, y logró liberarse momentáneamente de ellos. *Veinte Pesos* intenta pegarle nuevamente y es Zuaznábar quien lo alcanza a él con un golpe en el pecho que hace caer al delincuente. Entonces *Millito* ataca al sereno, pero el perro se arroja sobre él y Zuaznábar intenta extraer su revólver.

—Y si disparaba, los delincuentes estaban perdidos —acotó Sierra.

—Sin duda —reafirmó Román—. Incluso aunque disparara al aire. Solamente tenía que dar la alarma, y los tres estaban perdidos. Fue entonces que *Veinte Pesos*, caído al piso del parqueo, reparó en la llave de clanes que Lavigne había olvidado allí, junto a uno de los camiones. Le echó mano y golpeó a Zuaznábar en la cabeza, por la espalda. Erasmo cae. El perro se lanza contra *Veinte Pesos* y el delincuente lo golpea, también, lleno de miedo y de furia. El animal se arrastra, sangrante, debajo de uno de los camiones.

Carbonell, Sierra y Cabada miraban con absoluta atención al teniente.

—Y bien —siguió diciendo Román— todo el plan está deshecho. La valentía de Zuaznábar lo ha hecho fracasar rotundamente. Y ahora Teo está horrorizado. Pregunta si han matado al sereno y los otros lo mandan a callar y le dicen que no, que sólo está herido. *Veinte Pesos* y *Millito* arrastran el cuerpo de Zuaznábar, fuerzan la puerta del almacén, lo dejan allí y abren las llaves de la gasolina y el kerosene. Ellos también están muy nerviosos. La muerte de Zuaznábar no entraba en sus planes. Y Teo está fuera de sí. Deciden irse, sin robar. Meten la llave de claves en la caja de herramientas de uno de los camiones, buscan la llave de la puerta de la cerca, salen y se van. Ya en La Habana, le encargan a Teo que vaya al otro día a trabajar a la hora de siempre. Que no falte por ninguna razón.

Román apoyó las manos en los brazos de su silla giratoria y se puso de pie.

—Lo demás es claro —siguió diciendo—. Teo no fue a trabajar, sino que se fue a casa de *Millito* a decirle que iba a hablar. Que iba a ir a la policía. Que *Veinte Pesos* había asesinado a Zuaznábar. En fin... Imagínense. *Millito* llamó a Abreu, y Abreu le dijo que lo citara a las siete de la noche en Santa Fe, para discutir lo que se iba a hacer. Y allí lo mataron. Teo insistió en hablar; él y *Millito* se fueron a las manos. Y cuando Teo estaba en el piso, Abreu lo golpeó con un madero y luego le dio un balazo en la cabeza. Entre los dos lo metieron en un saco y lo echaron al agua. Luego la marea lo arrastró mar afuera.

Cabada había prendido uno de sus Vegueros y miraba fijamente al teniente.

—Pero, teniente —dijo al fin—. Hay algo que yo no sé, y que creo que Sierra y el compañero saben. ¿Cómo supo usted que el asesino era Abreu?

—Estimado Cabada —dijo Román sonriendo— gracias a esa excelente mujer que se llama Angélica Torriente y Sánchez, la telefonista de Santiago de las Vegas.

Cabada lo miró intrigado, pero no dijo nada.

—La llamada de las doce y veinte reveló el ardid del hombre del cuarto círculo, pero la llamada de las dos y dieciocho reveló su nombre —dijo Román con seguridad—. Porque cuando llamaron a la base a las dos y dieciocho, el teléfono estaba ocupado.

—¡Descolgado! —dijo Sierra chasqueando los dedos.

—Ni más ni menos —asintió Román—. Zuaznábar estaba muerto y los delincuentes se habían marchado casi dos horas antes. Allí no podía haber nadie hablando, porque Abreu llegó a las 3, sino que el teléfono estaba descolgado. Quedó descolgado cuando Zuaznábar salió a avisarle a Teo que lo llamaban, y tenía que estar descolgado cuando llegó Abreu.

Román dio unos pasos y volvió enseguida sobre ellos, para situarse otra vez frente a los tres hombres.

—Cuando fui a ver a Juan Santana, le hice una sola pregunta. Le pregunté si cuando él llamó a la policía desde la caseta, el teléfono estaba descolgado. Y me dijo que no, que estaba colgado.

—Claro —dijo Cabada—. Tuvo que ser Abreu.

—Abreu fue, en efecto —volvió a decir Román—, la única persona que entró en esa caseta entre las dos y dieciocho y el momento en que Susana llamó a la policía. Fue él quien colgó el teléfono, de eso no hay duda. Sólo podía haber sido él. Y no lo había dicho en su minuciosa declaración. ¿Por qué? Y entonces recordé otra declaración... ¿Recuerdas cuando se entrevistó contigo, Sierra?

Román se volvió hacia el sargento.

—Su coartada era perfecta para probar que no había estado en la base. Pero esa noche salió de su casa a las doce, por unos minutos. A la farmacia de Zanja, al doblar, dijo él. Y allí fue, efectivamente. A hablar por teléfono desde el aparato que hay junto a la farmacia.

—Sí, claro —dijo Sierra—. Si la muchacha del CDR me dijo que lo había visto hablando...

—Cosa que él se guardó muy bien de decirte —anotó Román—. Y yo fui a ver ese teléfono ayer por la tarde, Sierra. Y es un teléfono de larga distancia. De los de franja amarilla.

Román volvió a sentarse en su silla.

—Ya no me cupo duda. Y decidí citar a Abreu en la base, esa misma noche. Allí, en el lugar del crimen, a la hora del crimen. Pero todavía le pedí que repitiera su declaración, para ver si mencionaba lo del teléfono. Y nada.

Román miró a Sierra.

—Tenía que hacerlo así, Sierra —dijo—. Jugar contra los nervios de Abreu, a ver hasta dónde daba. Mostrarle lo que sabía, que ya era bastante. Y, finalmente, el golpe de la llamada. Por eso te pedí que me telefonaras exactamente a las doce y veinte, allá, a la base.

Sierra sonrió.

—Bien intrigado que me tenía —dijo.

Fue Carbonell quien habló ahora.

—¿Y no fue una torpeza de Abreu ocultar lo del teléfono? —le dijo más que le preguntó a Román—. Si no...

—Sí, en efecto, lo fue. Pero podía no haberlo sido.

Carbonell lo miró con cara de no entender y Román volvió a hablar.

—En primer lugar —dijo—, es cierto que Abreu estaba nervioso después de hallar el cadáver de Zuaznábar. Porque él esperaba encontrar al sereno y a Teo amordazados; y en vez de esto, encuentra a un hombre muerto... con todas las implicaciones que esa muerte tenía para él.

El teniente hizo una pausa.

—Era lógico, por otra parte —siguió diciendo—, que tratara de evitar cualquier mención al teléfono. Es la reacción normal en estos casos. Mucho más cuando, en verdad, era difícilísimo que se supiera que él había llamado y que luego había colgado el teléfono. Y a no ser por esa llamada de las dos y dieciocho...

Carbonell, Sierra y Cabada permanecieron silenciosos por unos segundos. Fue el director de la base quien habló primero.

—¿Y quién pudo hacer esa llamada? —preguntó, como quien no espera que se le responda. Pero Román respondió.

—Yo tengo una idea sobre eso... Una hipótesis, claro —dijo, y quedó pensativo un instante—. Pienso que fue Teo Gómez.

Los tres hombres lo miraron con sorpresa.

—Sí, eso creo —dijo Román, como polemizando con las miradas extrañadas de Carbonell, Sierra y Cabada—. *Millito* y *Veinte Pesos* le habían dicho que Zuaznábar no había muerto y acaso él, en su desesperación quiso creer que esa posibilidad existía y llamó a la base a ver si Zuaznábar respondía. O si respondía alguien. Alguien que le dijera que el sereno vivía. Piensen que Teo no era un delincuente profesional ni mucho menos. Era su

primer delito. Se dejó arrastrar por los otros, pero su actitud posterior demostró que aún era salvable, que no estaba enteramente corrompido. Por eso lo mataron.

—Entonces... —fue a decir Carbonell, pero Román volvió a hablar.

—Es una hipótesis, simplemente —dijo—. La vieja historia del criminal que regresa al lugar del crimen por remordimientos. Teo volvió... telefónicamente.

El sargento Manuel Cabada se quedó pensativo. Se puso de pie y fue hacia uno de los burós que había al fondo de la oficina.

—Teniente —dijo sacando un libro de una de las gavetas—, permiso para retirarme.

—Puedes —le dijo Román, mirándolo con afecto—; y descansa, que buena falta te hace.

Cabada se despidió de Sierra y de Carbonell con un gesto y salió de la oficina con el libro debajo del brazo. El libro de carátula naranja que le había prestado el doctor del Pino.

El teniente Román se puso de pie, y Sierra y Carbonell lo imitaron.

—En fin —dijo el teniente—, después de todo no es más que una hipótesis. Quizá no fue Teo quien hizo esa segunda llamada. Nunca se sabrá, me imagino.

Guardaron silencio.

Afuera, después de muchos días, reaparecía el sol. Eran las once y cuarenta y dos minutos de la mañana del sábado 23 de diciembre de 1973

Al lector

La Editorial le quedará muy agradecida si recibe de usted su opinión acerca de esta obra, de su presentación y diseño, así como de los títulos editados por esta Colección. Le agradecerá también cualquier otra sugerencia. Nuestra dirección es: Editorial Letras Cubanas, Calle G No. 505, El Vedado, Ciudad de La Habana

Índice

Prólogo

El martes 19 de diciembre de 1973

El miércoles 20 de diciembre de 1973

El jueves 21 de diciembre de 1973

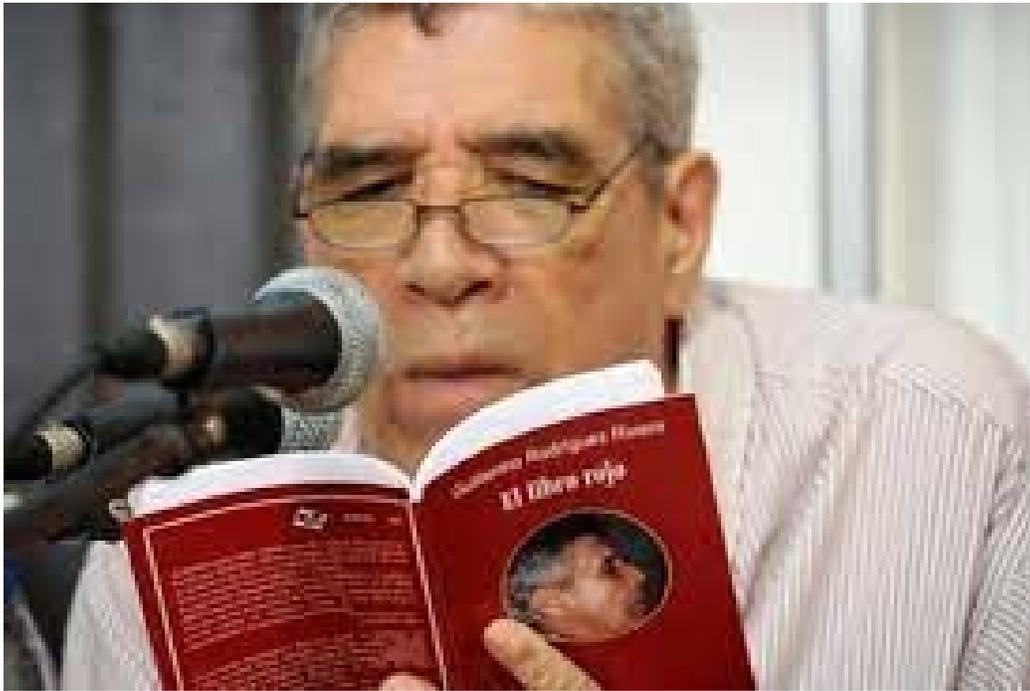
El viernes 22 de diciembre de 1973

El sábado 23 de diciembre de 1973

SOBRE LOS AUTORES



LUIS ROGELIO NOGUERAS (La Habana, 1944) es graduado de Letras en la Universidad de La Habana. Ha publicado **Cabeza de Zanahoria** (Premio «David», 1967), **Y si muero mañana** (Premio «Cirilo Villaverde», 1977) y **Las quince mil vidas del caminante**. Trabaja en una editorial del Ministerio de Cultura y escribe para el cine.



GUILLERMO RODRÍGUEZ RIVERA (Santiago de Cuba, 1943) es graduado de Letras en la Universidad de La Habana. Publicó en 1966 el poemario **Cambio de impresiones**. Ha colaborado como ensayista y crítico en publicaciones nacionales y extranjeras. Es profesor de la Facultad de Filología de la Universidad de La Habana.

Es El cuarto círculo una novela policiaca que nos mantendrá vivo el interés de principio a fin, y en la que sus autores han sabido manejar todos los recursos del suspenso dentro de un acabado balance estilístico, logrando así que la obra cumpla a cabalidad los objetivos de tener un carácter didáctico y ser, a la vez, estímulo a la prevención y vigilancia de todas las actividades antisociales o contra el poder del pueblo. En una fábrica dan muerte al sereno y al fiel perro que siempre lo acompañaba; se inicia la investigación y las sospechas recaen en varios

empleados, y así estalla el enigma al insinuarse el avance de varios círculos incógnitos. Sucesivamente van despejándose (y complicándose) las preguntas, y el interés se mantiene mediante una tensa distribución de efectos. Un profesor —cederista activo— habla de que el asesino vuelve al lugar del crimen y el equipo, que encabeza el teniente Héctor Román, apoyado en las organizaciones de masas, y mediante métodos científicos, llega finalmente al cuarto círculo, probando los móviles y atrapando a los culpables...

Luis Rogelio Noguerras (La Habana, 1944) es graduado de Letras en la Universidad de La Habana. Ha publicado Cabeza de Zanahoria (Premio «David», 1967), Y si muero mañana (Premio «Cirilo Villaverde», 1977) y Las quince mil mil vidas del caminante. Trabaja en una editorial del Ministerio de Cultura y escribe para el cine.

Guillermo Rodríguez Rivera (Santiago de Cuba, 1943) es graduado de Letras en la Universidad de La Habana. Publicó en 1966 el poemario Cambio de impresiones. Ha colaborado como ensayista y crítico en publicaciones nacionales y extranjeras. Es profesor de la Facultad de Filología de la Universidad de La Habana.